



DIRECTOR PROPIETARIO, D. EDUARDO ASQUERINO.—COLABORADORES ESPAÑOLES: Sres. Amador de los Ríos, Alarcón, Albistur, Alcalá Galiano, Arias Miranda, Arce, Arboleya, Srta. Avallana, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Ayala, Bachiller y Morales, Balaguer, Baralt, Becker, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Borrego, Calvo Asensio, Calvo y Martín, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Corradi, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Darca, Eguiluz, Elias, Escrivá, Escosura, Estévez Calderón, Estrella, Fernández Cuesta, Ferrer del Río, Fernández y González, Figueroa, Flores, Forteza, García Gutiérrez, Gayangos, Geaer, González Bravo, Graells, Guel y Rená, Hartzbusch, Jauer, Jiménez Serrano, Lafuente, Liorente, López García, Larra, Larrañaga, Lasala, Lobo, Lorenzana, Luna, Madoz, Madrazo, Montesola, Mañé y Flaquer, Martos, Mora, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Olozaga, Olozabal, Palacio, Pastor Díaz, Pasaron y Lastra, Pérez Calvo, Pezuela (Marqués de la), Pi Margall, Poe, Reinoso, Ribot y Fontseré, Ríos y Rosas, Retortillo, Rivas (Duque de), Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz Rosa González, Ros de Olano, Ramírez, Rosell, Ruiz Aguilera, Saco, Sagaminaga, Sánchez Fuentes, Selgas, Simonet, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Santos Alvarez, Trueta, Vega, Valera, Viedma.—PORTUGUESES.—Sres. Biecher, Brederode, Bulhao, Pato, Castilho, César Machado, Herculano, Latino Coelho, Lobato Pirés, Magalhães Continho, Mendes Leal Junior, Oliveira Marreca, Palmeira, Rebelo da Silva, Rodrigues Sampaio, Silva Tullio, Serpa Pimentel, Visconde de Gouvea.—AMERICANOS.—Alberdi Alemarte, Barros Arana, Ballo, Vienna Mackenna, Calcedo, Corpancho, Gana, Gonzalez, Lastarria, Lorente, Matta.

SUMARIO.

Revista general, por M.—Los primeros defensores de una idea, por D. Emilio Castelar.—Santo Domingo.—Méjico.—Chile.—Honduras.—San Salvador.—Nueva-Granada.—Reforma administrativa de la isla de Cuba, por D. Félix de Bona.—Recuerdos de un anciano: cómo se pasaba bien el tiempo en una ciudad sitiada, (continuación) por D. Antonio Alcalá Galiano.—Bibliografía extranjera, (art. 2.º) por D. José Joaquín de Mora.—Noticias acerca de sucesos de la guerra de la Independencia, (conclusion) por D. José Arias Miranda.—La muerte de César, tragedia en cinco actos de D. Ventura de la Vega, por D. Gerónimo Borao.—Sueltos.—A. M. Vazquez, mi señor, por Miguel de Cervantes.—Apólogo, por D. Antonio Ros de Olano.—A la memoria de D. Francisco de Arango, por D. Faustino Abascal.—El rizo y la flor, por don Eduardo Asquerino.—Isla de Cuba, (Art. IV), por D. José Antonio Saco.—Indagaciones acerca de la dominación de España en Malta de 1285 á 1580, por D. Plácido de Jove y Hevia.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 12 DE MAYO DE 1863.

REVISTA GENERAL.

Vanas serian todas las esperanzas que podrian alimentar los amigos de la humanidad con respecto á la pacificación de los Estados del Norte de América. El partido de la union está tan lejos de reconocer la superioridad de sus contrarios, como de renunciar al designio de someterlos. Ni las grandes y continuas derrotas de sus tropas de mar y tierra, ni el descontento que ya empieza á manifestarse en los importantes Estados llamados la Nueva Inglaterra, ni el inminente riesgo de que las formidables poblaciones del Oeste unan sus armas á las del Sur, ni la extrema penuria del tesoro y el peso de una deuda enorme que ha de traer forzosamente en pos de sí una ignominiosa bancarrota, nada, en fin, basta á calmar la sed de venganza que agita á los partidarios de la guerra. Mientras mas descalabros sufren, mas se obstinan en sus desatentados propósitos. Por desgracia, para reemplazo de las incalculables bajas que continuamente desminuyen la fuerza numérica de sus filas, cuentan con los emigrados irlandeses que no cesan de llegar á sus puertos, los cuales, unos excitados por el hambre y la desnudez, y otros por odio á los ingleses, se agolpan á las oficinas de alistamiento, y componen actualmente la mayor parte de la infantería de la Union. Este celo en favor de una causa ajena enteramente á sus intereses y á sus tradiciones, les ha merecido los mas altisonantes elogios del general Mac-Clellan, en el discurso que pronunció hace pocas semanas en una reunion pública de Nueva-York. De su contexto es lícito inferir, que si no estuviere inundado aquel territorio de sangre hibernica, hace mucho tiempo que la guerra habria cesado.

El último episodio de aquella horrorosa lucha ha sido uno de los mas importantes que en toda su duracion han ocurrido, y bastaria por sí solo para demostrar la imposibilidad de la empresa que los yankees han acometido. Desde el principio de las hostilidades conocieron ellos la necesidad de apoderarse de alguno de los grandes centros de poblacion en que ondeaba la bandera del Palmito. Un golpe de mano los hizo dueños de la Nueva Orleans, capital de la Luisiana, una de las ciudades mas opulentas y comerciantes del mundo. Quedaban otras muy populosas y muy ricas, de donde continuaban sacando los confederados cuantos recursos en hombres, dinero, víveres y materiales de guerra les eran necesarios para la preservacion de su independencia. La principal de ellas era Charleston en el Estado de la Carolina del Sur, puerto de mar en las costas del Atlántico, admirablemente defendido por la naturaleza, y perfectamente colocado bajo el punto de vista de la navegacion mercan-

til (1). El gobierno del Norte resolvió la conquista de aquella ciudad, sitiándola por mar y por tierra, y por espacio de mas de un año ha estado haciendo gigantescos preparativos, y construyendo, con este solo objeto, una escuadra de vapores de coraza. Las tropas de tierra se presentaron ante los muros hace algunos meses; mas no comprometieron lances importantes, y se limitaron á un bloqueo pasivo. Los habitantes, como en señal de desprecio, se entregaron á convites, bailes y toda clase de diversiones, y las señoras se asomaban frecuentemente á las murallas, para hacer burla de los sitiadores á su vista. Las operaciones en grande debian empezar cuando llegase la escuadra, y así se verificó en los primeros dias del pasado Abril. Tenemos á la vista una detallada y bien escrita relacion de esta frustrada empresa, de la que vamos á dar una sucinta idea á nuestros lectores, porque la creemos digna de ocupar un lugar preeminente en la historia contemporánea.

La bahía de Charleston, desde la ciudad hasta la barra de la embocadura, mide 10 millas de longitud. Su anchura varia de una y media á cinco millas, siendo su parte mas estrecha la que media entre el fuerte Sumter y las dos islas de Morris y Sullivan. Todos estos puntos y otros, en lo interior del puerto, estaban erizados de baterías, con cañones de grueso calibre. Estas construcciones, cuyos fuegos debian cruzarse en todos sentidos, han sido admiradas por los mismos marinos de la Union, como obras maestras de la ciencia del ingeniero. Los federales tenian noticia de todos estos medios de resistencia, pero no de los estorbos que se habian dispuesto para obstruir la entrada de la bahía, á fin de detener su progreso y colocarlos bajo los fuegos de las baterías. Estos obstáculos consistían en un enorme cable, mantenido á flote por barricas vacías, y del cual colgaban redes, garfios de hierro, y otros amaños destinados á enmarañarse en las alas de los tornillos de los buques invasores; en un sistema de estacas clavadas en segunda línea, mas en lo interior del puerto; en otra línea de estacas, sirviendo de parapeto á los buques de coraza de los confederados, dispuestos á recibir á los enemigos, dado el caso de que hubiesen salvado todos aquellos impedimentos. Contra todos estos inconvenientes tenia que luchar el almirante Dupont, y lo hizo con notable arrojo: pero sus esfuerzos fueron vanos. La historia militar no recuerda una derrota mas completa, que la que puso término al conflicto. La escuadra unionista se componia de nueve vapores blindados de diversas construcciones, y provistos algunos de ellos de torres de hierro giratorias; mas, cinco cañoneras, á las que se dió orden de permanecer fuera de la barra. El 6 de Abril, hallándose reunidas todas las fuerzas navales del enemigo, el vapor Keokuk quiso penetrar y reconocer la bahía, habiéndolo conseguido á medias y con suma dificultad. Al dia siguiente se dispuso la columna de ataque, abriendo la marcha el Ironsides, que montaba el almirante. Seguian los otros buques á distancia de un cable uno de otro. En esta forma pasaron la barra, sin que disparasen un solo cañonazo los fuertes de la embocadura. Cuando todas las fuerzas se hallaron dentro del canal, empezó una escena de desgracias y confusion que no es posible describir con exactitud. Uno de los buques, el Weehowken, que iba de vanguardia, se detuvo en lo mas estrecho del canal, no habiendo podido romper el mencionado cable, impidiendo de este modo el paso al resto de la escuadra. El Ironsides encalló, despues de haber chocado con otros dos vapores y recibiendo grandes averías. Entretanto las baterías del Sumter y de los otros fuertes, vomitaban torrentes de fuego, y hacian terribles estragos. Muy en breve quedaron fuera de combate cin-

(1) La poblacion actual de Charleston se calcula en 50,000 habitantes. Es residencia de un obispo protestante y de otro católico. Son célebres sus establecimientos públicos y sus edificios, entre los cuales se distinguen el palacio del gobierno, la escuela de medicina, el teatro, la cárcel, la iglesia de San Miguel, la biblioteca pública, y las sociedades de botánica, de literatura, de filosofía, de agricultura y otras.

co de los nueve vapores. El Keokuk se fué á pique. La accion duró media hora, al cabo de la cual, toda la fuerza estaba en retirada. El almirante en su parte oficial confiesa que: «no pudo pasar de la entrada del puerto, y que, aun habiendo penetrado en él, tenia, antes de atacar la plaza, que exponerse al fuego de una línea de baterías de tres millas de estension.» Los vapores se retiraron acerbillados de balazos. Cuatro mil fueron los disparados, de los cuales un solo vapor recibió noventa y uno, y ninguno bajó de treinta.

Las torres y toda la obra muerta quedaron en añicos, y si el número de heridos y muertos no fué considerable, se debió á los parapetos de las bordas, hechos con sacos de arena, y cuyo espesor no bajaba de tres pies. Entretanto, las tropas sitiadoras, por el lado de tierra, no hicieron el menor movimiento para llamar la atención de los sitiados. El general Hunter que las mandaba, sabia que la guarnicion estaba dispuesta á darle una leccion severa, dado que emprendiese la menor hostilidad. Informado del mal éxito del ataque marítimo, levantó el sitio y se retiró á Port Royal, en cuya bahía anclaron, antes de su llegada, las desmanteladas fuerzas al mando del almirante Dupont.

Poco sabemos de los otros puntos estratégicos. Hasta el 22 de Abril último, los federales no adelantaban en el sitio de Vicksburgo, habiendo tenido que abandonar la obra del canal que habian empezado á construir para inundar la plaza. Esta se hallaba provista de viveres para dos años. Su artillería constaba de 225 piezas de grueso calibre, y, aunque la guarnicion no pasaba de 5,000 hombres, este número se creia suficiente para frustrar los designios de los sitiadores.

A petición del Congreso del Sur, el presidente Davis Jefferson habia expedido una proclama dirigida á los ciudadanos de la Confederacion. En ella, despues de recapitular los sucesos de la guerra, y de declarar que la situacion actual del Sur es tal, que debe inspirar confianza en el buen éxito de la causa que defiende, dice: «no hay mas que un peligro que inspira recelos al gobierno, y para evitarlo, apelo al recto juicio de la nacion. La cosecha del último año ha sido escasa, especialmente en la parte del Norte de la Confederacion, donde son mas necesarias las subsistencias para el mantenimiento de las tropas. Si se continúa sembrando algodón y tabaco en lugar de trigo, las consecuencias pueden ser en alto grado desastrosas.» Despues de dirigir saludables consejos á los labradores sobre el cultivo que deben dar á las tierras, termina con las siguientes palabras: «No temo que la nacion desconozca los motivos en que fundo estos avisos, ni que los desprecie. No hay duda que si la nacion se une en el cumplimiento de los deberes que las circunstancias le imponen, nuestra soberania y nuestra independencia quedarán para siempre aseguradas.»

De Méjico no sabemos casi mas que lo que permiten los franceses que sepamos. Si son ciertas las noticias insertas en los periódicos de París, Puebla debe estar á la hora de esta en manos del general Forey, haya ó no capitulado. Si es cierto lo que escriben de la Habana acerca de haber volado en Guadalupe una mina, dispuesta por los mejicanos, con gran pérdida de los franceses, podria suponerse en los primeros un plan concertado y una seria resolusion de defenderse hasta lo último. Sin embargo, el sistema de encerrarse en una plaza fortificada, y de arrostrar en ella las penalidades de un asedio, emprendido por tropas valientes y provistas de todos los amaños que para semejantes operaciones ha descubierto la ciencia moderna, este sistema decimos, ha merecido la desaprobacion de hombres inteligentes, afectos á la causa mejicana y conocedores de las peculiaridades morales y topográficas de aquel pais. Los 10 ó 12 mil hombres, si no es mayor su número, encerrados ahora en los muros de Puebla, podrian ser infinitamente mas útiles y prestar servicios mucho mas importantes, divididos en guerrillas, y empleados estas en interceptar correos, atacar partidas sueltas, récuas y convoyes, defender pasos difíciles, multiplicar obstáculos en las líneas

del tránsito, y en otras operaciones análogas; hostilidades á las cuales nada pueden oponer el valor mas denodado, la táctica mas sabia y la mas severa disciplina. Los periódicos ingleses han publicado cartas de lo interior de la República, que pintan á lo vivo el desaliento de los soldados franceses, privados de vino y de aguardiente de ajenos, irregular é insuficientemente racionados, obligados á emprender marchas penosas por ásperas soledades y por intransitables caminos, y sobre todo, aterrados por las hostilidades de enemigos invisibles de cuyas manos reciben la muerte, como si fuese producto del rayo. De todos modos, como tantas veces hemos dicho, la ocupacion de Puebla y la de la misma capital de la República, no bastan á resolver la cuestion; no tendrá el menor influjo en la sumision de los pueblos; no hará mas que exasperarlos y engrandecer el partido de Juárez.

La insurreccion polaca está lejos de desfallecer ante la superioridad de las fuerzas destinadas á comprimirla. Los periódicos de Cracovia y de Berlin, abundan en pormenores de encuentros diarios entre las bandas de los patriotas y las tropas rusas, las cuales por lo general, se retiran de los combates, diezmadas y muy frecuentemente perseguidas. Los campesinos, á quienes se ha procurado por todos los medios posibles indisponer contra los hacendados, han respondido á estas excitaciones, arrojándose de hoces y cuchillos, presentándose en las guerrillas y peleando con tanto denuedo como los mas valientes de las clases superiores. El área de la rebelion se ensancha de día en día, y abraza en la actualidad toda la extension del antiguo reino de Polonia. De este modo, quedan facilitadas las comunicaciones con Galitzia, el ducado de Posen, Podolia y Lituania, de cuyas fronteras no cesan de salir partidas armadas, que van á juntarse con las que pelean en lo interior. Las ventajas de que estas disfrutan con respecto á sus opresores explican la nulidad de sus esfuerzos y sus frecuentes derrotas. Las bandas de los patriotas obran aisladamente, segun las circunstancias se presentan, aprovechando ocasiones oportunas, sin aguardar órdenes de una autoridad central, sin necesidad de paga, de comisarios, de respuestos ni de organizacion. Un sentimiento comun los anima; un solo impulso los mueve; cada cual sabe lo que todos desean, y á su logro se encamina cada cual por los medios que están á su alcance, y que mas asequibles les parecen. La mayor parte de las tropas enemigas que ocupan el territorio de Polonia, se compone de cosacos y kalmucos, pueblos medio salvajes, cuya fidelidad no se obtiene sino es abriéndoles la mano para que cometan toda clase de excesos, y esta circunstancia es igualmente favorable á la causa nacional, porque engendra nuevos odios al recuerdo de las casas incendiadas, de las arcas vacías, y de las hijas y esposas ofendidas. Los mismos generales rusos que mandan estas gavillas, se ven en la imposibilidad de reprimir sus atentados, y como no hay autoridad civil en los puntos ocupados por el ejército, el asesinato, el saqueo, la violacion y los actos de violencia perpetrados contra personas inocentes, gozan de la mas completa impunidad. Por todas estas razones, no parece verosímil que la guerra esté acercándose á su término. Es opinion generalmente admitida que los polacos esperan asegurar su independencia por medio de la guerra que declaren á la Rusia las grandes potencias de Europa. Sin embargo, una sola, que no se clasifica entre las de primer orden, se halla dispuesta, ó mas bien arde en deseos de medir sus armas con las del autócrata: tal es Suecia, de cuya memoria no se borra la injustificable usurpacion de Finlandia. La cooperacion de este gobierno, dado que Inglaterra y Francia se presentasen armadas en defensa de Polonia, sería no solo importante, sino decisiva. Pero ni Inglaterra ni Francia intervendrán por medios hostiles en la cuestion pendiente. En las correspondencias diplomáticas que sobre ella han mediado en estas últimas semanas, y muchas de las cuales han visto la luz pública, hay mas cumplimientos que razones, y mas consejos que exigencias. Estamos muy lejos de censurar este sistema de comedimiento y de moderacion; pero ello es que la corte moscovita no ha debido descubrir en las notas francesa, inglesa y austriaca el mas ligero peligro en negarse á sus benévolas insinuaciones. Nunca pudimos explicarnos la ansiedad con que se aguardaban las respuestas del ministro Gortschakoff, porque no creíamos que podrían ser otras que las que se han visto, ni era de esperar que un plan de operaciones, sólidamente arraigado en el ánimo del mas absoluto de los monarcas, cediese repentinamente á las frases cultas y á las cautelosas reticencias de la diplomacia. El gobierno de las Tullerías ha manifestado oficialmente en las columnas del *Moniteur* la satisfaccion con que ha recibido la contestacion á su nota, descubriendo en aquella indicios favorables á la causa polaca. A nadie puede ocultarse lo que este optimismo significa, sin embargo de contrastar notablemente con el lenguaje hostil á la Rusia, que emplean los diarios imperialistas, y sobre todo *La Patrie*, uno de los mas dóciles instrumentos del ministerio. El de la Gran-Bretaña se muestra algo mas descontentado. No solamente en la primitiva nota dirigida á la Rusia habló con mas energia y en términos mas severos que Austria y Francia, sino que despues de recibida la contestacion, lord Russell ha declarado en un documento público, que no le satisfacen las palabras, sino los hechos, y aunque esta expresion no envuelve una amenaza belicosa, indica la posibilidad de una medida significativa de severa censura. Lo que parece mas verosímil habrá de ser la retirada de los agentes diplomáticos, medida que nosotros hemos indicado en nuestra última *Revista*, y que ya empiezan á patrocinar los diarios de Londres. No nos parece posible que, una vez manifestada la predileccion de las grandes potencias en favor de una nacion oprimida, se satisfagan con las vagas promesas del opresor. Algo mas exige de ella la causa de la humanidad, aun dejando aparte la conveniencia política y el equilibrio de las naciones europeas.

En Italia, fuera del viaje del rey Victor Manuel á

Toscana, y la probabilidad de que se extienda hasta Nápoles, nada muy notable ha ocurrido en estos últimos días, sino la entrada del célebre padre Cassaglia en el Parlamento de Turin. Sabido es que este distinguido eclesiástico, de cuya ortodoxia no puede dudar el que haya leído sus escritos en favor de la Inmaculada Concepcion de la Virgen, incurrió en la censura de la corte pontificia por haberse negado á reconocer la legitimidad del dominio temporal del Papa. Despues de haber tomado posesion de su asiento, como miembro de la representacion nacional, pronunció un discurso en justificacion de su conducta, terminándole con la proposicion de una ley, por la cual los obispos que suspendiesen á *divinis* á un eclesiástico de su diócesis, sin mas motivo que el haber obedecido las órdenes de su gobierno, quedasen obligados á proveer á la subsistencia de los suspensos. A la salida del correo que nos trae los últimos periódicos de Turin, aun no habia terminado la discusion sobre este grave asunto. Por lo demás, el liberalismo italiano permanecia en esa noble y tranquila actitud que le ha granjeado la admiracion de los que se interesan en el triunfo de los buenos principios. Los italianos se han resignado á la condicion que les impone una voluntad irresistible, y solo se ocupan por ahora en afianzar su independencia, en familiarizarse con la práctica de las nuevas instituciones que los rigen, y en hacerse dignos de tener por capital, la que, en otros tiempos, lo fué del mundo conocido.

Las elecciones para el cuerpo legislativo que han de hacerse en Francia á fines del mes actual, ocupan toda la atencion de los hombres políticos. El gobierno tiene miedo del resultado de esta operacion, y no ha sabido disimularlo, con lo cual ha dado impulso á las pretensiones de la oposicion, dividida actualmente en borbonistas, orleanistas y republicanos. Es muy probable que salgan electos algunos de los corifeos de los tres partidos, y sería absurdo creer que hayan solicitado el favor de los electores, para enmudecer cuando tomen posesion de sus asientos. Aunque las sesiones de aquel cuerpo se celebran á puerta cerrada, y aunque el público no sabe nada de lo que allí se dice, sino por el órgano poco digno del *Moniteur*, se ha propagado un extracto de una de las últimas sesiones, en que el diputado liberal Mr. Jules Favre sostuvo un diálogo algo mas que animado con el presidente, Mr. Baroche. Huvo mútuas reconvencciones, ataques directos al gobierno, y se lanzaron contra el emperador expresiones que no nos atrevemos á copiar. El *Journal des Debats* ha recibido una amonestacion por haber dicho que los electores debian enviar á la cámara diputados independientes, fundándose el decreto en que de estas expresiones podria colegirse que no son independientes los diputados actuales. ¿Y cómo han de serlo si la gran mayoría de ellos ejercen cargos públicos? El gobierno ha resuelto emplear todos los medios de que puede disponer para evitar las elecciones de los nuevos candidatos. Cuenta con el influjo del clero, del cual puede disponer segun le plazca, con tal que las tropas francesas permanezcan en Roma, y si non, non... Este influjo es irresistible en Francia; penetra en todos los ramos del servicio público, en todas las instituciones, en todas las familias. El clero es mas poderoso en la actualidad que en los tiempos de Carlos X. La academia francesa, que hasta ahora se habia sustraído á su prepotencia, acaba de sometersele, con motivo de la eleccion para una de las sillas vacantes. Habíase presentado como candidato el eminente humanista Mr. Littré, autor de un Diccionario de la lengua francesa, obra maestra de paciencia y erudicion, en que el autor ha trazado la etimología y la historia de cada palabra, señalando la época fija de su introduccion en el idioma, sus diversas acepciones en épocas sucesivas, sus usos gramaticales, con otros datos no menos curiosos que instructivos. Mr. Littré habia tenido la desgracia de atraerse la animadversion del clero, y apenas se supo que los académicos se le mostraban favorables, el infatigable obispo de Orleans, Mr. Dupanloup publicó en forma de folleto una acusacion tremenda contra aquella candidatura, obra de furiosa intolerancia, á la que el mismo Torquemada habria podido poner su firma. La consecuencia fué que Mr. Littré no salió electo.

En Inglaterra, todo el interés del público se concentra en las disputas pendientes con el gobierno federal de la América del Norte. Estas disputas giran sobre infracciones del Derecho Internacional, de que reciprocamente se acusan los dos gobiernos. Buques apresados por cruceros americanos en alta mar, como sospechosos de rompimiento de bloqueo, armamentos de buques en los puertos ingleses, por cuenta del gobierno del Sur, é interceptacion de la correspondencia pública hallada á bordo de los buques apresados: tales son los puntos que dan lugar á mútuas reconvencciones, á difusas y ágras correspondencias, y por parte de los oradores y periodistas americanos, á un encarnizamiento de injurias y dicterios en que parece haberse agotado el diccionario del mas puro yankeísmo. Los tres problemas son de fácil solucion, y ya se acercan á ella los dos gobiernos contrincantes, haciéndose reciprocas concesiones, y allanando el camino á una satisfaccion completa. El ministerio inglés, á la queja de haberse construido en Liverpool, para la marina confederada, el buque *Alabama*, que tanto daño ha hecho al comercio de los federales, ha respondido que no tenia la menor noticia de que aquella construccion hubiese sido ordenada por uno de los beligerantes, justificacion aceptable en un país en que el espionaje es enteramente desconocido. Posteriormente ha confirmado la buena fé con que procedia en esta materia, mandando embargar en el astillero otro buque, llamado *Alejandro*, que por cuenta del gobierno del Sur se construia en Binkerhead, y que fué denunciado como sospechoso por las autoridades de la aduana. La correspondencia interceptada á bordo de un buque mercante inglés por uno de guerra americano, ha sido devuelta en virtud de orden emanada del presidente Lincoln, sin abrirse los sacos, ni romper-

se los sellos, y, en cuanto á los buques apresados con motivo, ó mas bien, bajo el pretexto de que llevaban géneros de contrabando de guerra, ó que intentaban romper el bloqueo de Charleston, las disposiciones que para semejantes casos ha sancionado el derecho de gentes desde Grocio hasta los escritores nuestros contemporáneos, no pueden ser mas positivas, mas claras y mas generalmente admitidas por las naciones cultas. La legalidad de la presa ha de ser juzgada por los tribunales de la nacion á que pertenece el buque apresador, salvo el derecho del apresado, al pago de daños y perjuicios, cuando le es favorable la sentencia. De todo esto se colige que los dos gobiernos están decididos á evitar un rompimiento, que sería una de las mayores calamidades que podrían afligir á la humanidad.

En España vamos á entrar en una de aquellas épocas críticas, que si no deciden de la suerte de las naciones, les preparan grandes infortunios, si no bastan á evitarlos la rectitud, la sana razon y el patriotismo. Consulten los pueblos estos tres principios en las elecciones que van á verificarse, y guarden de la práctica del sistema representativo todos los bienes que en gérmen contiene. Si los españoles aman las instituciones que componen su vida civil y política, su deber es mantenerlas en toda su pureza, y esto no se consigue sino es tomando con calor la causa pública, y desempeñando con ardiente celo la obligacion que á todos nos incumbe de mirar por nuestra propia ventura. Cuando se habla del influjo del poder en este acto solemne de la soberania nacional, ocurre naturalmente la pregunta: ¿por qué se dejan influir los pueblos? ¿Dependen acaso del gobierno los hacendados, los negociantes, los letrados, los profesores, los hombres que no aspiran á distinciones ni empleos? Mirémoslos en el espejo, que nos presenta la nacion vecina, y apliquémoslos la prudente amonestacion del poeta latino:

Res tua agitur paries dum proximus ardet.

M.

LOS PRIMEROS DEFENSORES DE UNA IDEA.

ESTUDIO HISTÓRICO.

Nada mas provechoso que estudiar los esfuerzos y los sacrificios hechos por la propagacion de las ideas que, arrojadas al viento, brotan y fructifican. Con esta consideracion se fortifica el ánimo; y no extraña cuando á la obra de propagar una idea se consagra, ni la malquerencia de unos, ni las calumnias de otros, ni la incertidumbre de los amigos, ni la injusticia de los contrarios, ni la ignorancia de los mismos que apóstoles de las ideas se llaman. Es difícil abrir un camino en el espacio, y no menos difícil abrirlo en la inteligencia. Por eso no hay estudio histórico que pueda compararse en grandeza ni en provecho con el de los primeros tiempos del nacimiento de una idea, cuya virtud ha renovado el mundo. Y si esta idea es el cristianismo, en el cual hemos bebido nuestros sentimientos, el interés sube de punto y es mas provechosa la enseñanza.

En efecto, los primeros cristianos que rodeaban al Salvador, no comprendieron toda la extension de su doctrina, toda la universalidad de sus ideas. Encerrados en la antigua Sinagoga, no tenían valor para apartarse del pié de sus altares. Creían que al pisar las puertas del templo, les habia de sorprender y herir el rayo de la cólera divina, si no conservaban puro el depósito de su antigua fé, de su primitiva doctrina. Así los primeros discípulos, á pesar de haber oído aquella palabra de Cristo tan extensa como el cielo, y aquellos latidos de su corazon, que era el corazon de la humanidad, apegados á sus antiguas tradiciones, creían que Jesus habia venido á fundar un reino transitorio ó á restaurar el antiguo reino de Israel. Y los primitivos cristianos, las primeras muchedumbres que se acercaron á ver á los apóstoles, interpretaban su doctrina en el sentido de que Jesus no habia venido á renovar el espíritu religioso de los hebreos, sino á confirmarlo. Creían que Jesus era solo un continuador de Moisés, y su doctrina un apéndice de la Biblia, y su templo una piedra mas en los fundamentos de la antigua Sinagoga. No comprendían que la ley antigua era un símbolo, y la nueva ley un espíritu; que la ley antigua era un resplandor y la nueva ley un eterno día; que la antigua ley era un prólogo, y la nueva ley la fórmula última de la verdad religiosa. Jesucristo, para ellos, habia venido á demostrar la verdad de la ley antigua, á manifestar la gloria de Dios en Judá, á afirmar la vida de Israel y extender su dominio por toda la tierra. Los dos partidos principales en que se dividía Israel, muestran con su conducta, respecto á los primitivos cristianos, cuán fundada es nuestra observacion. Los fariseos, tan enemigos de Cristo, en el instante en que oyeron á los primeros cristianos predicar transacciones con la Sinagoga, se inclinaron, no á favorecer, pero sí á tolerar su doctrina, como una nueva arma empleada contra el poder romano, como un nuevo elemento de disturbio en aquella Jerusalen sujeta á extranjero yugo, como un nuevo espíritu de revolucion derramado en los aires. Los saduceos eran mas enemigos de los cristianos, porque siempre inclinados á transigir con Roma, tenían que Roma, al ver aquella gran agitacion en los ánimos, aquellas extraordinarias luchas en las conciencias, recrudeciese la persecucion y remachase las cadenas. Así se levantaba tímidamente el primer tallo de esta doctrina santísima sembrada por el Salvador en la conciencia humana, para convertirse bien pronto en un árbol de vida destinado á proteger y amparar bajo su benéfica sombra á toda la humanidad.

Los apóstoles continuaban la inspiracion de su divino maestro. El cristianismo tenía una fuerza incontrastable, primero por su carácter divino, despues por su carácter popular. Todas las señales que daba eran señales de la renovacion de la vida y del espíritu. Las antiguas reli-

giones no podían ser universales, porque ocultaban el dogma sigilosamente al pueblo, y lo reducían a la privilegiada casta sacerdotal. La antigua filosofía, que por ser mas humana debía ser mas popular, no daba sus dogmas al pueblo. Solamente Sócrates habia conversado con las muchedumbres, y Sócrates pagó su atrevimiento con la vida. Los cínicos solían salir a la plaza a predicar una ciencia con el ejemplo, y los cínicos recogían el desprecio. Las grandes antiguas escuelas ocultaban sus dogmas al pueblo, como las regiones orientales. La verdad era patrimonio de unos pocos elegidos por sus virtudes y por su talento. Pero cuando apareció el cristianismo, cuando Jesús y sus apóstoles comenzaron su larga, su trabajosa peregrinación por la tierra, las grandes verdades metafísicas y las grandes verdades morales, como la naturaleza de Dios, la venida de su eterno Verbo, la realidad de su providencia, la libertad humana, la vida infinita del alma, fueron sostenidas, predicadas, difundidas al aire libre, en los campos, junto a la barca del pescador, para que el espíritu y la verdad dejaran de ser patrimonio de una clase, y pasaran a ser patrimonio de todo el pueblo. Hé aquí por qué aun humanamente explicado el cristianismo, su doctrina descendió a todos los corazones, se llevó tras sí todas las inteligencias, cambió el aspecto del mundo, se asentó en el alto Capitolio; pues las muchedumbres, solamente las muchedumbres, dan soldados para las grandes luchas, y mártires a las grandes causas. Los apóstoles, para no inspirar desconfianza en el ánimo del pueblo, explicaban la verdad en el estilo y en el sentido bíblico. Y el pueblo gustaba de sus predicaciones; porque mientras los intérpretes antiguos se afanaban por buscar un sentido a la ley, una interpretación superior a la doctrina, los apóstoles que habian encontrado la verdad, que habian visto la doctrina cierta, conocían la interpretación de las escrituras, y mostraban la realidad y el espíritu de sus símbolos. Y así parecía que el cántico de los antiguos profetas tomaba un carácter mas solemne, y la ley un aspecto mas magestuoso, y la ciencia un sentido mas universal, con esta interpretación sublime que explicaba por lo presente, lo pasado, y por el Dios del Calvario, el Dios de Abraham. Poco a poco, las inteligencias habian seguido el camino abierto por la palabra del Salvador.

A pesar de esta corriente natural de los espíritus, los cristianos verdaderos conocían que su doctrina les habia de separar de la Sinagoga. No era posible que los fariseos creyeran en la verdad de un Dios nacido en pobre cuna, criado entre artesanos, rendido bajo el peso del dolor, muerto en una cruz. No podían imaginarse que el Mesías hubiese venido, y en vez de verter la sangre de los romanos hubiera consentido en verter tan solo su propia sangre. El Mesías en la tierra, y los romanos en el trono, eran dos ideas que se excluían en la conciencia de los fariseos. Sobre todo, el misterio del dolor, los torrentes de lágrimas vertidos, la sangre derramada en la tierra, la vida atribulada, la muerte del Salvador; todo esto que era la fuente del consuelo y de la esperanza de los cristianos; toda esta pasión que llamaba con mas fuerza a los elegidos a padecer por el bien de la humanidad y por el desagravio del cielo, era para los fariseos, para los sacerdotes de la ley antigua, para el pueblo judío, una prueba de que el cristianismo no pasaba de ser una secta humana, sujeta a todas las tribulaciones y congojas de la vida; pues nublados sus ojos por el polvo de la tierra, no podían levantarse a mirar la luz celeste, que inundaba la frente moribunda del hijo de Dios, cuyo último suspiro guardaba la vida de la humanidad. Hé aquí como la muerte del Salvador, que unía en un sentimiento fraternal a los cristianos, separaba y desunía a los fariseos. Los cristianos reconocían que esta separación era inevitable; y como la verdad cristiana, universal, infinita, eterna, tiene dogmas para todas las grandes crisis del espíritu humano, en esta edad, en este trance superior de la vida, los apóstoles pintaban a los ojos de sus recelosos discípulos, y al frente de los incrédulos fariseos, para contrastar la venida del Salvador pobre y humilde en una cruz, aquella otra venida, que se consumará al fin de los siglos, en una nube mas sublime que la nube del Sinai, rodeado con todo el esplendor de la gloria, ceñidas las sienes de la luz increada, rompiendo los sellos del libro de la vida, y juzgando a todos los hombres confundidos ante su majestad y grandeza. Pero si esta gran creencia afirmaba mas y mas el espíritu de los cristianos en la verdad revelada, separaba mas y mas del cristianismo a los fariseos, que no creían que pudiese disponer del rayo y de las nubes el que no habia desencadenado la tempestad sobre los enemigos de su pueblo. El rompimiento con la Sinagoga era inminente. Los cristianos presentían que el martirio habia de ser su porvenir; y rígidos y austeros, tomaban el martirio por una esperanza, y el dolor por un premio. Presentían que en cambio de aquella verdad, de aquella fé, de aquella esperanza de salud traídas por su palabra y por su ejemplo, el mundo habia de prepararles martirios sin número; y que las llamas, las fieras de los bosques, las piedras de las calles, los hondos calabozos, el potro, el tormento, eran todo su destino en esta vida de dolor y de tribulaciones; y sin embargo, con rostro sereno, con la sonrisa en los labios, se apercibían a abrazarse a su cruz, y a tomar el camino sembrado de espinas, que conducía al martirio.

Como se vé, la fé en Jesucristo habia transformado al hombre. De la decadencia moral y material del mundo antiguo, el cristianismo habia sacado mártires. Una doctrina que comienza inspirando este amor a la verdad y este desamor a la vida, ha de ser necesariamente una doctrina de salud para el espíritu, de salvación para el hombre. Sin embargo, el espíritu humano ama todo cuanto le ha pertenecido, todo cuanto ha adorado. Así como el hombre no puede mirar con indiferencia su cuna y su patria, la conciencia no puede abandonar de una vez sus antiguas primeras ideas, que han sido como la patria del espíritu. Y por eso los primeros cristianos, a

pesar de la enseñanza continua y viva de los apóstoles, no acertaban a salir de la Sinagoga para entrar en la Iglesia. Miraban a Jesucristo por un lado, bajo un aspecto, verdadero sí, pero incompleto: veían en el Salvador el hijo de David, el león de Judá, el prometido por Jacob, el Salvador de Israel; pero no se acordaban de aquella otra fase mas bella y verdadera, no se acordaban que Jesucristo era también el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, el prometido a todas las naciones, el Salvador de la humanidad. Este olvido exagerado por algunos, dió origen en el nacimiento del cristianismo a una secta, que en nuestro sentir, es la transformación de los esenios; secta, que amaba a Dios por su miseria, por sus desgracias, por sus padecimientos, por su muerte; pero que le creía un hombre divinizado, como el ateísmo pagano imaginaba a sus dioses, y no un Dios humanado como enseñaba el Evangelio. Pero esta tendencia primera de los espíritus, pronto se ahogó y quedó como perdida en los mares de la vida que la nueva doctrina daba de sí, en el entusiasmo y la fé de sus elegidos, en la inspiración divina de sus apóstoles.

Los judíos convertidos al cristianismo celebraban todos los ritos y todas las ceremonias de la ley antigua; se circuncidaban como hijos que eran de los hebreos; hacían sus oraciones a las horas prescritas por el Antiguo Testamento; iban a la Sinagoga y a las asambleas de los judíos; observaban los ayunos mandados por los ritos; ofrecían sacrificios en el ara antigua; celebraban las grandes fiestas nacionales; y doblaban la cerviz ante los sacerdotes del antiguo culto, y abominaban de los paganos. Es verdad que San Pedro, jefe de la Iglesia visible, va a recibir en la nueva Iglesia al Centurión pagano; pero lo hace por un aviso celeste, por un mensaje divino, y cuando le estrecha contra su corazón, los discípulos se ofenden y se maravillan de que tienda los brazos a un incircunciso. Esto prueba, que si la revelación es una verdad eterna y absoluta, la inteligencia, humana para abrazarla y seguirla, necesita someterse y sujetarse a las condiciones propias de su naturaleza. Por eso, los primeros cristianos de ninguna suerte se atrevían a romper con la Sinagoga, a separarse del antiguo templo.

Una de las primeras manifestaciones del cristianismo primitivo es la de Santiago; aquel apóstol, justo entre los justos, elegido entre los elegidos, a quien el pueblo desde su niñez llamaba santo; que no habia bebido en toda su vida vino, ni comido carne; que no se habia cortado nunca el cabello, ni se habia valido de los aceites y perfumes orientales; que vestía de lino, y jamás se habia cubierto de lana ni de púrpura; siempre en penitencia, siempre de rodillas, siempre orando por el pueblo; y que en una carta dirigida a los fieles, carta escrita con aquel entusiasmo de la primitiva Iglesia, les persuadía a abandonar las riquezas del mundo, y a buscar la verdadera riqueza y la verdadera vida en el seno amoroso de Dios, y en el conocimiento de su doctrina; carta santísima, que muestra cómo los primeros cristianos, que así rompían los lazos del mundo, debían propagar su doctrina, y vencer a todos sus enemigos faltos de esa virtud celeste, que se llama fé.

Pero como se vé, habia una tendencia particular en el seno de los primeros cristianos, la tendencia a conservar unida la Iglesia y la Sinagoga. El jefe, el símbolo de esta idea, será siempre San Pedro. Dios, en sus altos designios, le habia elegido para jefe de la Iglesia. Desde el principio de los tiempos se vé claramente en su vida y en su persona, ese apego a la tradición, ese amor al templo de sus padres, ese deseo de no romper con la antigüedad, ese instinto de conservación, que ha de ser el carácter particular del Pontificado en toda su dilatada historia. San Pedro quiere hacer la propaganda de su idea entre los judíos, cree que la circuncisión deben ser mas aptos a recibir la verdad que los incircuncisos, sostiene cuanto le es dable la primitiva Iglesia a la sombra del antiguo templo, y reúne así, a su alrededor, gran parte de los mismos, que meneando la cabeza con incredulidad, decían al Salvador: «Si eres hijo de Dios, baja de la cruz.» Ya hemos explicado que esta tendencia es natural en la primitiva Iglesia, como era natural que los primeros sectarios aun no bien instruidos en la doctrina del divino maestro, le preguntaran si trataba de fundar el reino de un día en un rincón del espacio.

Pero la Iglesia universal, bien pronto entrará en otra tendencia mas universal; en otra idea mas amplia y mas grande, que corone todo el edificio maravilloso del cristianismo en este primer siglo. Los individuos podrán tener esta ó la otra tendencia, las sectas caerán en esta ó la otra preocupación; los apóstoles mismos, aunque llenos del Espíritu Santo, podrán vacilar en separarse del antiguo templo; pero la Iglesia, que es el espíritu de los cristianos, dirá reunida en medio de la tempestad y las persecuciones, cuál es el pensamiento del Salvador, cuál es el pensamiento divino del Verbo. Y se comprenderá que es necesario romper los ritos de la ley antigua, porque van a venir los ritos de la nueva ley; abandonar el santuario, porque Jesús ha sido el santuario verdadero de Dios; despedirse de la montaña de Sion, porque la montaña de Sion es como un grano de polvo ante toda la tierra entregada a la predicación de los apóstoles; elevar el pueblo de Israel del fondo de su egoísmo al amor divino de todas las razas; respetar en la Biblia el proemio, el prólogo de toda revelación pero ver en el Evangelio el resumen de toda la verdad; separarse de las ceremonias antiguas para recordar el gran sacrificio del Calvario; predicar, no al circunciso, no al griego; ni al romano, sino al hombre; recoger a todo el que pida luz, sin preguntarle cuál fué su ley, cuál su doctrina; proclamar que en Jesucristo está Dios, que en el Evangelio está toda la verdad, que en la Iglesia caben todos los hombres, que la humanidad debe ser como una familia de hermanos, que el bautismo es, sin necesidad de la circuncisión, toda la salud, toda la gracia.

Esta mirada superior, iba a ser pronto, muy pronto, el sentido de toda la Iglesia, el espíritu de toda su doctrina.

na. Pero esta doctrina, como ninguna otra, debía escitar el odio de los fariseos y de la muchedumbre, y debía traer sobre los apóstoles una persecución encarnizada y cruel. Los fariseos habian visto con indiferencia la predicación cristiana; la habian oído dentro de sus mismas asambleas y de sus sanhedrines, y Gamaliel habia interpuesto su pecho sagrado entre el furor del pueblo escogido y la vida de los apóstoles. Los fariseos creían que la predicación del cristianismo, removiendo los espíritus, exaltando las muchedumbres, habia de traer una sublevación contra Roma, y una sublevación entusiasta y heroica. No conocían que el cristianismo, al revés de las revoluciones políticas, debía renovar primero el espíritu del hombre, para que despues del espíritu del hombre renovara todo el Universo. Y como creían que el cristianismo era una revolución política, en su dura servidumbre lo acariciaban como auxiliar de su doctrina, como un elemento de discordia lanzado en el seno del imperio. Pero ¿cuál no habia de ser su espanto, cuando supieron que el cristianismo se apartaba de la Sinagoga, que no quería la circuncisión, que olvidaba los ritos mosaicos, que se dirigía a conquistar también para su reino a los antiguos enemigos de Israel, al griego, al romano, a los que en aquel instante hollaban la magestad de Jerusalén. Todo el fuego del cielo, toda la ira de que es capaz el corazón humano, todas las piedras del camino, no bastarian para perseguir aquellos profanos, enemigos de Dios, de su templo y de su ley. El furor semita es ardiente como las nubes de sus tempestades, y movable, como las arenas de su desierto, y al mismo tiempo, astuto como las serpientes de sus campos. Y el furor semita debía crecer, debía llegar a su colmo, cuando oyerá que todos los pueblos se creían hijos y herederos de Dios, que todas las razas iban a aspirar a la dignidad primitiva del sacerdocio. Pero esta persecución iba a ser como el látigo, que hería las espaldas de los elegidos del Señor, obligándoles a recorrer toda la tierra para sembrar a los cuatro vientos la semilla de su doctrina.

El hombre privilegiado, que debía señalar, primero, la necesidad de apartar la iglesia de la Sinagoga, era San Esteban. Este jóven elocuentísimo, educado en la ciencia griega, dueño de una palabra fácil, abundante y entusiasta, inundado de celeste hermosura, se llevaba tras sí los espíritus y los corazones, predicando con entusiasmo la doctrina santa del progreso de la Iglesia, la doctrina que tendía a dilatar al cristianismo sobre la frente de todas las razas; doctrina que caía como una amenaza de muerte sobre los fariseos y sobre su gente, porque les arrancaba de las manos las varas de los patriarcas, las ofrendas del sacerdocio. Un día que predicaba a la puerta del templo, los fariseos se movieron a indignación, se levantaron contra aquella doctrina, hirieron el cielo con sus gritos, y el furor poseyó sus corazones abiertos siempre al odio y a la venganza. Uno de ellos recogió del suelo una piedra, señaló al jóven como herético y alejandrino y gnóstico, y le hirió en la frente. Desde este punto, la ira no reconoció límites y salió de madre. El jóven tribuno del cristianismo cayó herido bajo aquellas piedras y exhaló su alma. ¡Oh! Su sangre fué la primer sangre cristiana, que despues de Jesucristo roció la tierra, sangre fecunda, de la cual habia de brotar una nueva idea en la conciencia de la humanidad. Desde este punto ya no habia esperanza de que los cristianos encontraran paz en Jerusalén y espacio en su templo. Desde este momento supremo de la historia universal, suena la hora de la dispersión de los apóstoles. Así como en Jerusalén y en el cenáculo habian recibido el espíritu de Dios, en el desierto, en los pueblos que encontraron a su paso recibieron el espíritu de la humanidad. Abrasados por la sed anhelante de lo infinito; destilando de sus labios palabras de verdad y de amor; prontos a todo sacrificio; sin temor ni a las persecuciones ni al martirio; saliendo al encuentro de todas las razas dispersas y enemigas, y predicando a todas la fé y la esperanza; dejando por los territorios que pisaban las huellas inmortales de sus doctrinas, de sus ideas; dispuestos a transformar el mundo, a ganar la humanidad entera para su causa, aquellos hombres, sin mas armas que su palabra, sin mas escudo que su inocencia, sin mas auxilio que su justicia, pobres pescadores, rudos é incultos, pero llenos del espíritu de Dios y de amor a su santa causa, desafiaban el tormento; amenazaban a los emperadores; se deslizaban en el hogar doméstico y cautivan para la verdad el corazón de la mujer; se inclinaban sobre la ergástula donde llora el esclavo y le señalan el cielo como principio de su libertad y a Dios como padre de su alma; conversan con los sofistas, y los ganan a la verdadera ciencia; derraman en los aires sus palabras y hacen temblar a los ídolos que se desploman de sus altares; y a pesar de las espadas que les cierran el paso, de las hogueras encendidas y atizadas en su daño, de las persecuciones sin número, de la perenne tribulación que les rodea, realizan la revolución mas grande que han presenciado los siglos, sin derramar mas sangre que su propia sangre, y sin pedir mas sacrificio que el sacrificio de su propia vida.

Nada mas tierno que los martirios de estos primeros defensores de la verdad, tal como la tradición eclesiástica nos los ha legado. Santiago, aquel apóstol que habia pasado su vida orando al pie de los altares para pedir a Dios el perdón del pueblo; Santiago, que habia evangelizado tantas regiones, que habia vertido la paz del Señor en tantas conciencias, por sus virtudes, por su fé, es delatado a Herodes, el cual por complacer a los judíos irritados contra la dirección humanitaria que tomaba el cristianismo, lo envía al martirio y se goza en presentir su muerte. Su delator se sintió de tal manera herido por el remordimiento de su infame acción, que fué a pedir perdón de rodillas a Santiago, el cual le dió el beso de paz y lo llevó a su lado, y murieron juntamente invocando el auxilio de Jesucristo. El mismo San Pedro, el mas tolerante de los apóstoles con la Sinagoga, el que

menos quería apartarse de sus bóvedas y de su culto, fué maniatado y puesto en oscuro calabozo, para que la voz de su predicación no trascendiera á las gentes, no se escuchara en el mundo; pero la Providencia, que velaba por los suyos para auxiliarles en el cumplimiento de sus grandiosos fines, rompió sus hierros, le dió libertad, y le señaló el camino de su predicación; que nunca se ve tan clara la eterna presencia de Dios en la historia como en estas grandes crisis de la vida. San Juan va al Asia Menor, tierra impregnada del espíritu de la Grecia, y dispuesta á recibir el rocío bendito de amor, que en sí llevaba la palabra del discípulo predilecto; San Andrés va entre los escitas, y predica á los bárbaros la doctrina desconocida, que ellos han de servir providencialmente con sus hambrientas espadas; San Felipe se dirige á la Alta Asia, y allí, en la cuna misma del Dios-naturaleza, en el seno del panteísmo materialista predica y sostiene el Dios-espíritu del Evangelio; San Mateo, cuyo ascetismo religioso se parece al de Santiago, vá á terrenos inexplorados entre los negros etiopes; San Judas predica á la raza semita, hermana de su raza, á los árabes, y en el seno de sus desiertos encuentra muchos corazones dispuestos á abrirse á la verdad y al amor, y todos convierten poco á poco el mundo, no solo con su doctrina, sino tambien con su ejemplo.

Pero á pesar de esto, la verdad es que el cristianismo en su tiempo tiene un carácter como completamente bíblico, y apegado al sentido de la religion antigua. A pesar de la dispersion de los Apóstoles, aun la iglesia universal no habia decidido si la circuncision era un precedente necesario del bautismo, y la Sinagoga como el arco triunfal para pasar á la iglesia. La predicacion de toda esta edad se refiere á los tiempos en que ha de volver el Salvador triunfalmente al mundo el día del juicio. Esta idea estaba fija en la conciencia de los primeros cristianos. El libro, que resume admirablemente el estado de los ánimos en este tiempo, es el *Apocalipsis* de San Juan, libro maravilloso, que amenaza al mundo idólatra empedernido, y abre, á los ojos del cristianismo, el cielo, su eterna esperanza. Detengámonos un instante ante este libro, que es como el resumen de la fase cristiana en esta época, y detengámonos con religioso respeto. Se necesitaba, como hemos dicho, un libro, un gran libro que guardara las esperanzas de las generaciones en este instante supremo de la vida del cristianismo, un libro que fuera como el resumen de todos los dolores y de todas las ideas que agitaban el corazon y la conciencia de los primeros cristianos. Como su mismo nombre indica, el libro habla de la venida triunfante del Mesías, de su aparicion, transfigurado sobre una nube gloriosa, inundado de luz, como no lo habia visto ninguna generacion, ninguna edad. Esta edad era, para los cristianos, de tribulacion y de amargura. Predicaban la paz, y solo habian encontrado la guerra contra su doctrina. Predicaban un Dios de amor, y el mundo les pagaba con odio. Predicaban el reino divino, y los dioses y los oráculos lanzaban sus anatemas sobre aquella renovacion de la vida, que iba á dejar vacios sus templos, desiertos sus altares. Así, do quier veia el genio de la antigüedad un cristiano, se lanzaba á devorarlo, para devorar tambien su doctrina. Creian, como creen todos los déspotas, todos los que viven á la sombra venenosa de una injusticia ó de un privilegio, que con ahogar á los sectarios de una idea habian ahogado la idea, habian destruido para siempre la doctrina. Y nada prueba tan real y evidentemente que hay en nosotros algo superior al cuerpo, algo que no puede oprimir el carcelero, que no puede aniquilar el verdugo, como esa immanencia de las ideas que viven y crecen y se agitan mas por su propio impulso, segun mueren sus sectarios; porque la muerte no puede llegar nunca con sus sombras al espíritu, y el espíritu es el origen de las ideas. Pero en estas grandes persecuciones, en esta afliccion de todos los dias, el pueblo cristiano necesitaba un consuelo para sostenerse contra la persecucion, un libro en que dilatara sus infinitas esperanzas. Los infelices no tenian una piedra donde reclinar su cabeza, las hondas entrañas de la tierra eran su vivienda, y sobre sus frentes caia un continuo bautismo de sangre. Especialmente en el Asia Menor, allí, donde el paganismo se habia transformado para pasar á Grecia, allí donde la raza helénica habia recogido toda la herencia religiosa de su madre la raza indo-europea para formar sus deslumbradoras teogonias; allí, donde cada piedra habia pertenecido ó estaba destinada á un templo, y cada flor á un altar; allí, el paganismo, que no habia recibido de los filósofos las profundas heridas que recibiera en Grecia, se exaltaba con extrema exaltacion, y lanzaba rugidos de muerte contra la nueva secta, que, á pesar de su pobreza y de su humildad, iba á arrancarle la corona de verbena de las sienas, y de las manos el áureo sagrado Tirso; y pedía sacrificios sangrientos y terribles para sus aras abandonadas ya por el pueblo. Las congregaciones cristianas, allí nacies, solo sentian el rumor del huracan que las azotaba y las perseguia; y su conciencia y su corazon se replegaban en el seno de sus grandes y sublimes esperanzas; y sobre todo en aquella idea que estaba en todos los espíritus viva y deslumbradora, en la venida del Salvador á juzgar á los hombres, cuya época no podian designar, porque no debia estar muy lejana para los que veian tantas angustias en el mundo, tantas sombras en la conciencia humana, tantas injusticias desencadenadas en la tierra, tantas señales de enojo en el cielo. Entonces el gran profeta evangelista de Patmos, recoge las grandes aspiraciones de sus hermanos, y á la luz de las hogueras, mojado su pluma en el eterno iris, escribe el *Apocalipsis*, libro cuya grandeza no puede medir el humano pensamiento. El genio del mal se esconde entre las sombras, y afila sus garras para clavarlas en el seno de la madre Iglesia. Los elegidos del Señor pelearán contra él, y le encadenarán, y la Iglesia se alzará radiante y victoriosa, cegando á todos sus enemigos. Roma sentada sobre sus siete colinas, caerá. ¡Quién se lo hubiera dicho! El mundo la obedecia en silencio.

Pero iba á caer, porque el rayo de una nueva idea alumbraba al mundo.

EMILIO CASTELAR.

SANTO DOMINGO.

Santo Domingo 6 de Abril de 1863.

Sr. Director de LA AMERICA.

Si mal no recuerdo, en la mia anterior y en una *Gaceta Oficial* que le incluí, di á V. todas las noticias deseables sobre la insurreccion de Guayubin que los diarios de la Habana abultan hiperbólicamente. Réstame solo dar á V. la nueva de que entre la correspondencia cogida á los rebeldes figura una carta del general de division haitiano Simon Sam, comandante en jefe de la frontera, en que aplaude la resolucio de Peña, y le expresa sus simpatias por su causa; para la que invoca la ayuda de Dios, *mientras dá aviso á su gobierno*. Lucas Peña, cabecilla de la insurreccion, escribió á dicho Sam, el 22 de Febrero, despues que sorprendió á Guayubin, y en este escrito se lee lo siguiente: «Hoy he proclamado felizmente en este lugar la República, y segun lo que antes me ha ofrecido V, espero que nos facilitará todos los auxilios necesarios para llevar adelante la obra.»

El presidente Geffrard ha removido de su puesto al General Sam y ha dado órden á sus tropas de que impidan á los rebeldes de Peña la entrada en el territorio haitiano, con lo cual salva las apariencias de complicidad.

La insurreccion ha concluido y la comision militar se ocupa en juzgar á los culpables aprehendidos.

El Sr. Comisario régio D. Joaquin de Alba, acaba de formar un proyecto de aranceles que fué leído y aprobado con calurosas demostraciones de regocijo por los comerciantes de esta ciudad.

En dicho proyecto de aranceles se sustituye el sistema de peso para cobrar los derechos á los otros empleados hasta hoy: se rebajan considerablemente los derechos de puerto y se libra de todos ellos la exportacion.

Aun no he podido conseguir la lista de los empleados de esta ciudad, para probarle á V. que ni una centésima parte de ellos son dominicanos: lo cual no es muy político que digamos.

Una compañía inglesa va á construir una pequeña via férrea de traccion de sangre para explotar las magníficas salinas en Neiva; otra va á establecer el alumbrado de gas en las principales poblaciones y otra en fin piensa dedicar dos pequeños vapores á la navegacion del Yuna.

Nada se dice aun de emigracion y sin gente poco adelantará el pais, apesar de contener inmensos elementos de riqueza.

Pronto saldrá de esta plaza para Madrid el Excmo. señor don Pedro Ricard, que agenció en la Habana la anexion con el Duque de la Torre, y que como sus compañeros de gobierno señores Labastida, Castro, Delmonte etc, no han merecido ni las gracias, si exceptuamos una gran cruz que por influjo del Sr. Serrano se confirió al Sr. Ricard.

(De nuestro Corresponsal.)

Otra correspondencia añade que los rebeldes prófugos han sido rigurosamente rechazados de la frontera haitiana, y se vieron de este modo en una situacion desesperada, que nunca pudieron imaginar. Pero los dignos jefes de nuestras tropas, movidos á lástima, los mandaron emisarios que en nombre de S. M. les ofrecieran el indulto por su rebeldía, exceptuando á los cabecillas de esta magnánima disposicion. Al oír el mensaje aquellos infelices, estenuados de hambre y de fatiga, abandonaron á Capotillo, donde se hallaban, viniendo á echarse á los pies de los generales Hungría y Buceta, y volviéndose tranquilos á sus casas.

MÉJICO.

Los periódicos de la República de Méjico, llegados en el último vapor correo de la Habana, publican los partes siguientes sobre el movimiento de las tropas francesas al frente de Puebla:

«Rio Prieto, Marzo 19 de 1363.—Recibido en Méjico á las nueve y treinta minutos de la mañana.—Señor ministro de la Guerra.—No ha ocurrido ninguna novedad en esta línea hasta Puebla. No se ha escuchado detonacion de fuego, ni ha practicado el enemigo ninguna maniobra á la vista de nuestros exploradores, que están inmediatos al Puente de Méjico.

El general Comonfort está en este momento en la hacienda de Xostla.—General Rosas Landa.»

Rio Prieto, Marzo 19 de 1863.—Recibido en Méjico á las doce y quince minutos del día.—Ciudadano ministro de la Guerra.—Estoy muy ocupado sobre el campo, y le suplico á V. me dispense si no soy tan frecuente en mis partes. El enemigo guarda sus posiciones y no se oye fuego vivo ninguno sobre la plaza; los tirotesos son únicamente de sus avanzadas.

A las once la fuerza del cerro desprendió una de 150 dragones, que pasaron el rio por la Constancia para venir á recoger ganado; fueron sentidos y rechazados, y en el acto he mandado pasar todo el ganado que tienen las haciendas y pueblos de cerca de este lado de Rio Prieto.

Encargo al general Rosas Landa, que está aquí con su brigada, ponga á V. cada hora un mensaje sobre lo que note en el campo para que Vds. estén tranquilos.—Comonfort.»

«Rio Prieto, Marzo 19 de 1863.—Recibido en Méjico á las cuatro y doce minutos de la tarde.—Ciudadano ministro de la Guerra.—El enemigo extiende su línea de circunvalacion, pero ni la plaza ni él hacen fuego; solo las avanzadas de esta division siguen tiroteándose con las suyas.

Estoy estableciendo por este lado un contrasitio para que no se provean de víveres.—Comonfort.»

«Rio Prieto, Marzo 19 de 1863.—Recibido en Méjico á las siete de la noche.—El general Ortega, en carta con fecha de ayer que acabo de recibir, me dice lo siguiente:

«Querido amigo y compañero.—El enemigo en su mayor parte, casi en su totalidad, ha levantado el campo que tenia ayer establecido.

Desde las primeras luces de la mañana de hoy comenzó á moverse como si tuviese intencion de circunvalar esta plaza: este movimiento ha durado toda la mañana y la tarde, y su resultado es, que por el rumbo de Amalécán queda poca fuerza, y que el mayor número se encuentra por el Cerro de San Juan y en San Bartolo, habiendo desfilado sus columnas de las tres armas por nuestra derecha é izquierda.

Estos movimientos que hemos presenciado, las noticias que despues de oscurecer me han traído mis exploradores y la declaracion de tres prisioneros que hizo la brigada de caballería de Zacatecas, pertenecientes á las fuerzas que están ahora en San Bartolo, y que antes estuvieron en Teotimehucan, asegurando que aquellos tienen que pasar hasta Cholula, me indican con claridad que el enemigo se propone atacar la plaza por el

rumbo referido de San Juan, ó marchar sobre V., ó situarse por algun tiempo entre V. y esta ciudad.

Espero nuevos avisos de mis exploradores y se los transmitiré, si bien creo que V. estará mas al tanto de lo que ocurra sobre este particular, supuesta la direccion que ha tomado el enemigo.

Suplico á V. transcriba por el telégrafo este largo párrafo al señor ministro, y que por el mismo conducto le manifieste que recibí las libranzas que se sirvió remitirme últimamente.

Y lo traslado á V. para su conocimiento y el del señor presidente.

No hay novedad. El enemigo continúa en sus posiciones.—Comonfort.»

En una proclama, escrita en francés, y dirigida por el general mejicano Ortega á las tropas francesas, se leen los siguientes párrafos:

«¡Soldados! Cuando os hayais apoderado de uno solo de nuestros fuertes, marchando sobre montones de cadáveres, y al través de torrentes de sangre, dirigid los ojos en torno vuestro y vereis que esta sangrienta lucha apenas está comenzada, y que la retaguardia de nuestro ejército la forman millares de centros de poblacion, que os aguardan con el arma al brazo en una extension de terreno mas grande que la Europa entera.

Franceses: Si venís como amigos, os tenderemos las manos y os ofreceremos nuestra hospitalidad; si como enemigos, hay en el corazon del último de nuestros soldados bastante orgullo y bastante odio para hacer de manera que nuestra gloria sea eterna y eterno vuestro oprobio.»

CHILE.

Tenemos correspondencias de esta República que alcanzan á 17 de Marzo último. Las vacaciones, que traen siempre consigo la paralización de los tribunales, colegios y ministerios, forman siempre un paréntesis en la vida política de Chile. La inactividad ha sido este año, si posible es, mas completa y ha durado mas tiempo que de ordinario. Ella entra en los planes de la política gubernativa. Como en todo sistema que tiende á la conciliacion de elementos que necesariamente se excluyen y que creen encontrar la estabilidad en dilatar por el mas tiempo posible la solucion de cuestiones que la están reclamando, entra en el sistema de aquel gabinete el miedo á la accion. Y esto, cuando la accion es mas urgente que en cualquiera otra época de la historia del país; cuando el desarrollo político ó industrial de Chile encuentra en su camino obstáculos que es preciso remover, y está detenido por lazos que es fuerza cortar valientemente. De aquí lo desprovistos de interes que vienen los periódicos que se publican en la República. *El Mercurio* de Valparaíso truena en un artículo contra esa paralización y la prensa de Santiago revela ya los síntomas de la impaciencia universal.

Algunos de los ministros, sin embargo, vuelven ya al desempeño de sus funciones, entre ellos el de Hacienda, que ha permanecido quince dias en Valparaíso con objeto de ponerse al corriente de las necesidades del comercio de aquella ciudad.

Ha preocupado mucho los ánimos, durante la quincena que acaba de trascurrir, una medida del gobierno con respecto á las huaneras de Mejillones. Estas huaneras, declaradas de propiedad nacional por la ley de 31 de Octubre de 1842, habian sido abiertas por el ejecutivo á la explotacion privada, en virtud de la autorizacion que le confirió aquella misma ley. Los explotadores estaban sometidos á varias trabas, como la de solicitar el permiso de la autoridad para sus embarcaciones, la de pagar un derecho de salida por cada quintal de peso, etc.; pero esta situacion tenia un carácter legal. Ahora ha suspendido el gobierno los permisos y ha mandado paralizar los trabajos de los explotadores. Estos, que estaban halagados por la importancia de los descubrimientos hechos recientemente en Mejillones, han sufrido un desengaño doloroso y perjuicios de consideracion.

Segun nuestro corresponsal, se continúa trabajando con actividad en las obras del ferro-carril y de colonizacion de la Araucanía. Estas dos empresas están destinadas á abrir un horizonte vastísimo á la actividad de aquel hermoso país.

A la salida del paquete se recibió en Valparaíso la noticia de que en la bahía de Posesion (Estrecho de Magallanes), se hallaba fondeada una de las fragatas que forman parte de nuestra expedicion al Pacífico, y otra en Punta Arenas, con la insignia del Almirante.

Los españoles residentes en Valparaíso preparaban una magnífica recepcion á sus compatriotas: con tal motivo se habia abierto una suscripcion que ya subia á cuatro mil pesos.

HONDURAS.

Ha estallado una insurreccion en algunos pueblos del departamento de Olancho, que sin embargo de presentarse bastante imponente, ha sufrido golpes de muerte por las armas del gobierno. El valiente jefe á quien se habia confiado el mando militar de aquel departamento, hizo sentir á los rebeldes el peso de la autoridad legitima. Cartas que tenemos á la vista nos dicen que se confiaba en que en breve se veria restablecida la tranquilidad, quedando á los trastornadores una esperiencia quizá dolorosa, pero de harto provecho, para el porvenir.

El Sr. Francisco Montes, presidente constitucional de la república, habia dirigido al país una proclama con motivo de los sucesos arriba mencionados.

SAN SALVADOR.

El *Boletín oficial* de la República llena sus columnas con las manifestaciones dirigidas al presidente con motivo de la victoria de Coatepeque en cuyo encuentro fueron derrotados los guatemaltecos, victoria que se ha celebrado, tanto en los pueblos de aquella República, como en los de Centro-América, con bailes públicos, iluminaciones y otros festejos.

Esto es por lo menos lo que se desprende del contenido de los periódicos y las correspondencias que hemos recibido últimamente.

NEUEVA GRANADA.

Se han disipado los temores de guerra con la República de Venezuela. El presidente de Venezuela Sr. Mosquera, ha dado al jefe supremo de Venezuela explicaciones espontáneas de los actos de su gobierno, que al parecer herian la dignidad de aquella, y ha declarado su ánimo de permanecer neutral en sus disensiones domésticas.

Reunida la convencion nacional y cesando la dictadura del general Mosquera, el poder ejecutivo se ha confiado á varias notabilidades políticas con especial organizacion.

REFORMA

ADMINISTRATIVA DE LA ISLA DE CUBA.

Los diarios políticos se han ocupado últimamente del proyecto de reforma administrativa de la isla de Cuba que se atribuye a su actual capitán general, y cuyas bases consisten en una nueva división del territorio, formando mayor número de provincias, estableciendo un gobierno civil en cada una y suprimiendo las capitanías de partido.

Este proyecto debe formar parte del pensamiento de asimilación política y administrativa de la isla con la metrópoli que el ministerio pasado, presidido por el general O'Donnell, anunció repetidas veces a las Cortes.

Con semejante noticia, alarmados los que en Cuba pretenden paralizar a toda costa el movimiento político, como si este no fuera tan necesario para la vida de los pueblos como el movimiento económico, han acudido con sus acostumbradas correspondencias a los periódicos reaccionarios de Madrid, empleando las mismas declamaciones de siempre, las mismas acusaciones y calumnias contra los escritores que pretendemos para Cuba lo mismo que para la Península, una política, española sí, pero liberal y justa. No es nuestro ánimo replicar hoy, y por centésima vez, a esas pobres gentes, en quienes, mas que mala intención, se descubre una gran ignorancia del derecho, de la economía política, de la historia y de todos los conocimientos que debe reunir quien pretende dar una opinión decisiva en asuntos que atañen a la gobernación de los pueblos. Tampoco nos proponemos elogiar ni censurar las reformas administrativas de que se trata, porque no conocemos el proyecto en toda su extensión; pero si debemos tomar acta de lo que este plan de reforma significa, y despues emitir algunas consideraciones sobre la organización que conviene a un buen sistema administrativo en Ultramar.

Solo la existencia del proyecto demuestra, que es tal la necesidad de las reformas en la isla, que ya no va ninguna autoridad superior a Cuba que no conciba inmediatamente un pensamiento en ese sentido. El general Dulce, lo mismo que el general Serrano, y este lo mismo que el general Concha, todos los gobernadores que se han sucedido en la isla de algunos años a esta parte, todos han escrito Memorias y proyectos de reformas administrativas o políticas, y aun cuando hayan sido diferentes sus pensamientos, en el fondo resaltaba siempre como una gran verdad, que es ya llegado el momento de pensar seriamente en sacar a las provincias ultramarinas del estado excepcional en que se encuentran desde el año 1837.

Además, conviene recordar que en los discursos pronunciados, hasta por los labios de S. M. la Reina, lo mismo que en los de los hombres mas notables de los diferentes partidos políticos liberales que tienen asiento en las Cortes, se ha reconocido esa misma necesidad.

Y cuando el jefe del Estado, sus ministros responsables, los representantes mas autorizados de los partidos y las autoridades superiores de Cuba reconocen la necesidad, y ofrecen, piden o proponen las reformas, ¿cómo se atreven algunos oscuros y anónimos defensores de la política estacionaria a entrar en el terreno vedado de las intenciones, y a atribuir a maniobras maquiavélicas de un supuesto partido revolucionario, los escritos de los que cuando menos tienen tanto interés por la conservación de aquellas provincias, y tanto amor a la patria comun de los españoles, como pudieran atribuirse los que temen la libertad y la justicia, porque con ella han de acabar muchos monopolios inmorales y muchos abusos incompatibles con los progresos de un pueblo civilizado?

Tomemos, pues, acta de estos hechos, y una vez consignados, pasemos a ocuparnos de la organización que debiera darse al sistema administrativo de las provincias ultramarinas.

Hoy la administración de Cuba se resiente de tres gravísimos inconvenientes, a saber:

1.º Que las atribuciones o acción de la administración es demasiado extensa.

2.º Que el enlace de los centros administrativos inferiores con los superiores, subordina los primeros a los segundos con una dependencia excesiva.

3.º Que en consecuencia, la máquina administrativa resulta muy complicada, y su acción debe resentirse de la lentitud que imprime a la marcha de los negocios la multiplicación de los trámites, y los numerosos incidentes de consulta y de competencia entre unas y otras autoridades, entre unos y otros agentes de la administración.

Estos tres inconvenientes se reasumen en una sola frase; constituyen lo que en el lenguaje administrativo moderno se llama centralización exagerada.

Sea la centralización para constituir un gobierno militar, o sea para obtener uno civil, poco importa, es cuestión de nombre, porque la centralización exagerada siempre tiene los mismos inconvenientes, siempre concentra la vida de los pueblos, sometiéndola a la dirección exclusiva del poder público, ocasionando perturbaciones graves lo mismo si ese poder lo ejercen paisanos que militares. En este concepto no basta secularizar el poder porque es preciso simplificarle además para conseguir saludables resultados. Tenemos por consiguiente que, para resolver científicamente la cuestión, debemos remontarnos al examen de la acción que compete al Estado, y de las atribuciones que deben conferirsele para que esa acción sea tan rápida, tan eficaz y tan útil como debe ser, para que produzca buenos resultados. Y es tanto mas necesario remontarnos a ese examen, cuanto que los inconvenientes de la centralización, no existen solo en América, existen tambien en la Península, lo cual presenta uno de los peores inconvenientes para llevar a cabo una asimilación perfecta, puesto que si la centralización causa males en nuestra vieja sociedad europea, son muchísimo mayores los que ocasiona trasplantada a la América. Allí existen inmensos terrenos sin cultivo, la

industria manufacturera está en su infancia, los capitales y los brazos son muy caros, y en consecuencia, los obstáculos naturales para el desarrollo de la producción son muy grandes. Se necesita gran fuerza de voluntad, mucha libertad de acción para acometer cualquier empresa industrial, y en consecuencia debe dejarse una esfera muy amplia a la iniciativa de los individuos si se quiere que la riqueza aumente y la población se multiplique. Además, si la población ha de crecer con rapidez proporcionada a los progresos que puede tener el cultivo, la industria manufacturera y el comercio, es necesario el concurso de una inmigración extranjera, que naturalmente debe proceder de pueblos ya muy adelantados, y en los que la iniciativa individual no está acostumbrada a luchar con las trabas que encuentra hoy en Cuba lo mismo que en nuestra Península.

Remontándonos, pues, al examen de las atribuciones que competen al Estado, encontraremos pronto, que este debe limitarse a garantizar el derecho: es decir, que su misión, llegado a realizar el optimismo científico, consiste únicamente en cuidar de la conservación del orden, de la seguridad de las personas y sus propiedades y de la administración de justicia en el interior, así como de la defensa del territorio en el exterior. Todo lo que sea salirse de esta esfera de acción es complicar el trabajo del gobierno debilitando su fuerza, puesto que la fuerza del Estado disminuye en razón inversa del aumento de atribuciones que se confiera al gobierno que obra en su nombre. Y la razón es obvia, porque se apoya en un principio económico de eterna verdad, en el principio de la división del trabajo. La aglomeración de muchas y variadas ocupaciones corta la unidad de la acción del que tiene que realizarlas, haciéndole perder tiempo, le debilita, porque gasta inútilmente la fuerza física que se consume en cada parada, y además disminuye la fuerza moral que resulta de la perfección y unidad en el pensamiento que dirige la acción. Así es que la aglomeración de atribuciones, aumenta, si, el poder personal de un ministro o gobernador; pero estenua sus fuerzas como director o agente del gobierno, y comunica esta estenuación a todos los puntos a que alcance la acción de ese mismo gobierno.

De esta doctrina admitida ya por todos los hombres de ciencia modernos, resulta que no solo conviene limitar las atribuciones del Estado a las necesarias para garantizar el derecho, sino que aun las mismas funciones del gobierno limitado a ese objeto, deben dividirse entre diferentes centros de acción. Por eso la llamada división de poderes, que no es otra cosa que división de las funciones encomendadas al poder, y la cual sirve de base al sistema constitucional, puede considerarse como el mas importante de los adelantos hechos en el arte de organizar el poder público. Por eso tambien la aglomeración en unas mismas autoridades de las cuatro causas de justicia, hacienda, policía y guerra, produjeron en España el peor de todos los gobiernos, y conservadas en América hasta nuestros días, mas todavía, hasta hace muy pocos años, han perpetuado abusos intolerables, creando un malestar político que es preciso remediar con entereza, energía, y apelando a reformas muy completas.

La reforma de los municipios y el establecimiento de los consejos ultramarinos, han tenido por principal, por único objeto quizás, comenzar la obra de división de los poderes en las provincias de Ultramar; pero conservan demasiados puntos de contacto con el antiguo sistema, y no es posible que produzcan todos los buenos resultados que el anterior director general de Ultramar se propuso conseguir.

Y hémos ya que la teoría nos ha traído insensiblemente y de lleno a la cuestión práctica, presentándonos en primer término la cuestión municipal que es la base de toda administración.

Si el municipio se hubiera conservado en América tal como lo plantearon las primeras leyes de Indias sobre la materia, hoy tendríamos una gran base para apoyar en ella una buena administración. Las primeras leyes de Indias daban al municipio en América el origen popular. Los concejales o regidores debían elegirse por mayoría de votos entre los vecinos, y en los pueblos debían celebrarse los concejos de esos mismos vecinos convocándoles a son de campana tañida como en Castilla. Despues esta gran institución se destruyó, no tanto por razones políticas, como por arbitrar un miserable recurso para el fisco. Otras leyes de Indias dispusieron la enagenación en pública subasta de los oficios municipales, y otras ordenaron que se señalaran personas para cada oficio, en que el valor de este corriera el riesgo de muerte a fin de que a su fallecimiento el fisco pudiera sacar los productos de una nueva licitación. Desde entonces el municipio casi no natió en América. Las consecuencias de esta gran pérdida todavia las lloran nuestros hermanos de las Repúblicas hispano-americanas, puesto que al cambiar la forma de su gobierno superior, no pudieron crear de repente las costumbres ni la vida municipal, sin la cual los gobiernos republicanos no pueden traer en pos de si mas que una serie de acciones y reacciones en que la revolución alterne con la dictadura, en que la anarquía alterne con la mas inmoral y espantosa de las tiranías.

Búsqese el origen de la fuerza que tiene el gobierno inglés: búsqese la base de su régimen constitucional, y lo hallaremos bien pronto en la parroquia, en el municipio. Pasemos a los Estados-Unidos antes de que una cuestión social como la de la esclavitud, encendiera la terrible tea de la discordia entre los Estados del Norte y del Sur, y tambien hallaremos que la solidez de su gobierno se apoyaba en la libertad del municipio. Hoy mismo los recursos y la energía que desplagan ambas partes beligerantes, su fuerza, tienen el mismo origen. Es en el municipio donde descansa toda la máquina de sus respectivos gobiernos. En el Canadá, en la Jamaica, en todas las colonias inglesas donde predomina como en Cuba la población europea, el municipio libre sirve de base a la

consistencia, fuerza y bondad de sus respectivos gobiernos. En algunas de nuestras provincias ultramarinas, en las islas Filipinas, ¿por qué se mantiene sumisa y contenta una población que pasa de 4 millones de indios a unos cuantos miles de europeos que residen en su mayoría en la capital? El secreto está en la organización del municipio: al indio filipino le manda inmediatamente un gobernadorcillo de su propia raza, y si bien no es perfecto ni enteramente libre aquel sistema municipal, basta, sin embargo, para que la población indígena no sienta los rigores del despotismo.

Pero el municipio tiene tanta virtud precisamente, porque es un medio de descartar al poder central de un gran número de funciones que sus agentes nunca podrían hacer bien, y así como no conviene que el gobernador de la isla intervenga por sí ni por medio de sus agentes en la esfera de acción de los ayuntamientos, tampoco conviene que estos invadan la esfera de acción de los individuos, ni aun que en un solo cuerpo municipal se reasuman todas las atribuciones que exige el gobierno y la policía local. En Inglaterra y los Estados-Unidos las corporaciones municipales solo existen en ciudades o centros de cierta extensión de población, y hay siempre varios oficios municipales desempeñados por una sola persona, que elegida directamente por los ciudadanos, desempeña sus funciones con independencia, no solo del gobierno supremo, sino que tambien de la misma corporación municipal. Es decir, que los que ejercen esos oficios, del bueno o mal desempeño de su cargo, rinden directamente cuenta al mismo cuerpo electoral que los ha elegido, y una vez obtenida la aprobación de este, su responsabilidad queda de todo punto terminada.

En Cuba y en nuestra Península, además de no existir esa división de las funciones municipales, el gobierno central tiene, o una intervención en las elecciones, o el derecho de nombrar los alcaldes. Y como si esto no bastara, tiene asimismo el de nombrar corregidores. Los presupuestos y cuentas se rinden a las autoridades gubernativas; de forma que no existe verdadera vida municipal, no existe división de trabajo en el gobierno, no existe base para una buena reforma administrativa.

Aunque hoy el poder judicial funciona por separado y con cierta independencia del poder ejecutivo, su escala gerárquica no se apoya en tribunales populares llamados a juzgar en primera instancia, sino que tiene como en la Península juzgados unipersonales para esa primera instancia que a la vez instruyen los expedientes o causas, juzgan los hechos y aplican el derecho.

Confúndense algunas atribuciones de las autoridades judiciales con las que disfrutaban las gubernativas: hay entre estas gobernadores, jefes y comisarios de policía, capitanes de partidos y otras varias que unidas a las que emanan de la administración de la Hacienda, a las militares así terrestres como marítimas, forman un conjunto de representantes y depositarios de la autoridad tan complicado como inconveniente para la buena administración.

Por otra parte, existen las autoridades eclesiásticas y los empleados de fomento e instrucción pública, que teniendo todos dependencia y enlace con los tres centros principales de autoridad, que son el gobernador capitán general, el Consejo ultramarino y la Audiencia (estos dos últimos subordinados tambien al primero), forman un conjunto complicadísimo de funciones que deben entorpecer necesariamente la acción del gobierno superior.

Solo este cuadro presentado a grandes rasgos y sin entrar en pormenores, que exigirían la publicación de un libro, demuestra que la reforma administrativa en Cuba es de urgentísima necesidad, y que las principales bases para realizarse son la limitación de atribuciones en el poder público y la constitución de un sistema municipal completamente popular e independiente dentro del círculo de sus atribuciones.

FELIX DE BONA.

RECUERDOS DE UN ANCIANO.

COMO SE PASABA BIEN EL TIEMPO EN UNA CIUDAD SITIADA.

(Continuación del artículo anterior.)

Hermosa imagen han presentado a la vista y contemplación de los lectores de todos tiempos los que, narrando y describiendo los sucesos y escenas de la guerra por nosotros llamada de la Independencia, han pintado a un pueblo dándose nuevas leyes mientras llovían sobre él las bombas del enemigo sitiador, dueño además de casi toda la superficie del país a que la novel legislación estaba destinada. Sin duda hay ponderación, y no corta, al decir que caían las bombas como lluvia, y mas si se tiene presente que en la misma guerra hubo poblaciones reducidas a escombros, o poco menos, sin desmayar por esto sus defensores hasta la hora fatal en que llegó a ser imposible continuar la heroica resistencia. Pero, según la expresión vulgar, así se peca por carta de mas como por carta de menos, y las bombas arrojadas a Cádiz desde Diciembre de 1810 hasta el 24 de Agosto de 1812, si escasas en número, particularmente en los primeros tiempos del bombardeo, y menos destructoras que son por lo comun tales instrumentos de ruina, no dejaron, andando el tiempo, de caer con alguna frecuencia, causando molestia y acabando con varias vidas, lo cual implica que para los habitantes de Cádiz habia entonces cierto grado, si bien corto, de peligro.

Ya he dicho que, aun tomado por los franceses el fuertecillo de Matagorda, a lo cual siguió establecerse los sitiadores en la Punta de la Cabezueta, puesto el mas cercano a la ciudad de Cádiz entre todos los de la costa fronteriza, no se recelaba que pudiesen alcanzar sus fuegos a la linda población, hecha por breve plazo capital de la ocupada, pero no sujeta, España. De repente en un día de Diciembre, pasados ya diez meses de tener delante el ejército francés, como estuviésemos los ociosos, no cortos en número, en nuestro acostumbrado lugar de re-

union de la calle Ancha, llenándola toda de acera á acera en corrillos de parleros, se difundió la voz de que había caído una granada ó bomba cerca del hospital de mujeres, esto es, en un lugar muy del centro de la población. Al oír tal noticia, la primer idea fué tratarla de patraña. ¿De dónde había de venir tal bomba? Sabido era que de la costa opuesta no podía ser, pues todos sus puntos estaban fuera de tiro de la plaza, aun para los morteros conocidos de mayor alcance. Por mar, sí, era fácil meter bombas y granadas en el recinto de Cádiz, pero los franceses no se atrevían á asomarse con sus cañoneras fuera de las bocas del Guadalquivir y Guadalete, y si bien algun boteillo ó lanchilla podía haberse escurrido por entre las fuerzas navales que protegían la ciudad y bahía, no así una bombardera, que es embarcación pesada y poco manejable, y ha menester otras que le den compañía y amparo. Y suponer que lo juzgado bomba fuese un aerolito enorme, no era menor desatinó, y además, de aerolitos poco se sabía entonces, siendo voz que ni en el diccionario de la Academia estaba. Con todo esto, la curiosidad hubo de llevarnos á muchos al lugar que nos daban por teatro de tan singular suceso. Llegados allí ya á nadie quedó duda: había caído una granada de mediano tamaño. Al caer, en lugar de reventar con estrago, se había abierto como si la hubiese quebrado ó rajado la violencia del golpe. Esto consistía en que en vez de venir toda rellena de pólvora y con una larga espoleta, al acabar de consumirse la cual rebientan los proyectiles huecos causando grave daño sus cascós, que suben y se extienden de resultas de la explosión, venía casi atestada de plomo, y con tan corta cantidad del material destructor que no era bastante á lanzar con violencia hecho pedazos el hierro. Veíase, pues, ser aquel un nuevo invento del arte, en que el aumento de peso se había hecho necesario para dar mas alcance al proyectil que se arrojaba. No fué agradable esta ocurrencia, la cual podía traer en pos de sí consecuencias muy superiores á las que tuvo, pero causó mas admiración que terror, y como á la primer granada no siguiesen otras en no corto tiempo, hasta llegó á creerse abandonada una idea, que si había pasado en algo era en muy poco.

Olvidadas estaban las granadas cuando vinieron las Cortes de la isla: sus debates llamaban en gran manera la atención. En las cosas de la guerra no dejaba de pensarse, pero tal vez menos de lo debido. Sin embargo, yendo á terminar Febrero de 1814, empezó á prepararse una expedición, de la cual nada menos se prometían las gentes y aun el gobierno, que la derrota del enemigo y el levantamiento del sitio de Cádiz; porque fuerzas respetables inglesas y españolas, con un regimiento portugués, salidas de la isla gaditana, y desembarcadas en Algeciras venían á embestir á los sitiadores por la espalda, mientras una salida de los sitiados hostilizándolos por el frente los reducía á estar cogidos entre dos fuegos. A la historia toca definir cómo fué el malogro de esperanzas, en gran parte fundadas, á pesar de haber conseguido los ingleses en el cerro del Puerto una victoria indudable, si bien los historiadores franceses tienen el descaro de afirmar lo contrario, dando motivo al aserto mentiroso que desavenencias entre los aliados hicieron inútil la ventaja alcanzada, y que un revés anterior llevado por nuestras armas había puesto las cosas en tal estado, que no era posible ya sacar de la expedición ventajas considerables. Pero lo que por ser pequeño no merece mención en la historia, y si en una pintura de aquel tiempo, fué el papel que en estos sucesos representaron, ó diciéndolo con propiedad, representamos los voluntarios de Cádiz. Risa dar á los hombres de ahora la importancia que dimos á una cosa pequenísima; pero así éramos, y cuales éramos debemos ser considerados. Hasta entonces aquella milicia, casi en todo semejante á la nacional de nuestros días, no había pasado de cubrir los puestos del casco de la plaza con los anejos castillos de San Sebastián y Santa Catalina, con su uniforme pardo, ó de lucir el encarnado, remedo del inglés, en la procesion del Corpus y otras fiestas, haciendo triste figura con sus galas, porque los sombreros de picos ó apuntados con que cubrimos la cabeza, eran diferentísimos en hechura, produciendo esto en la tropa formada un efecto desagradable á la vista. Pero necesitándose emplear en la expedición destinada á pelear fuera de la isla gaditana, y en las líneas de ésta, la numerosa fuerza que las guarnecía, hubo de resolverse que, saliendo del recinto y murallas de Cádiz, fuésemos los voluntarios á cubrir los puestos avanzados de la Cortadura y baterías á ella inmediatas, á no larga distancia de la boca del Trocadero con los fuertes de Matagorda y Ortuís ocupados por los franceses. Levisimo, ó aun puede decirse, ningún peligro había que correr en aquellos lugares; porque el castillo de Puntales, próximo á ellos, y donde solían llegar las bombas y balas enemigas, y perderse vidas, no estaba incluido en los puntos en que habíamos de hacer servicio. Pero así y todo nos pareció la faena á que nos vimos destinados una verdadera salida á campaña. Por su orden los cuatro batallones que figuraban ser de línea (vulgo guacamayos), y los dos de ligeros, (alias canacos), en seis días consecutivos marchamos ufanos á nuestra grande empresa, siguiendo desde entonces en dar guarnición á aquellos puntos. La música de un batallón, pues solo uno la tenía, fué sucesivamente acompañando á todos en la primera salida de cada uno. Tuvimos cuidado de hacer nuestras mochilas lo mas pesado posible, para dar prueba á los espectadores, y aun dárnoslas á nosotros mismos, de nuestra fortaleza; elegimos para romper la marcha el punto mas distante de aquel donde íbamos á parar, á fin de hacer con lo trabajosa mas meritoria la jornada, y, acompañando con el canto la música instrumental, entonando las canciones patrióticas de aquellos días, en los cuales, como desde 1820 hasta 1823, era uso dar muestras del patriotismo en el canto; caminamos entre aplausos, y anduvimos una buena media legua con nuestra carga sin sentir fatiga; ¡tan ligero hacia el peso el nada fundado, pero sí sincero entusiasmo! Años des-

pues, la milicia nacional de Madrid hizo muy superior servicio con igual celo, justificando con mayor motivo el entusiasmo que en ella inunda, y en días mas cercanos del nuestro, cuerpos de milicias nacionales movilizadas han acreditado su buena voluntad y sufrimiento, en servicio de campaña, sino en combates; pero en los días de que voy hablando, obrábamos y sentíamos dominados por el hechizo de la novedad, y si bastante había ridiculo en nuestro orgullo, merecíamos indulgencia por la candidez de nuestra soberbia un tanto fatua. Ni una sola desgracia, aun de las mas leves, ocurrió á los que hasta 1812 siguieron ocupando aquellos puntos, aunque de ellos á la batería llamada la Furia, y además á la que tenía por nombre la Venganza, solían llegar balas y aun granadas; pero, buscando á tiempo, como era fácil, el abrigo de los salchichones de tierra y retama de que estaban hechas, venía á ser ninguno el peligro.

Aunque llegó á ser molesto ó enfadoso pasar tanto tiempo sobre las armas, pues cada seis días había que entrar de guardia, y en hacerla en los puntos fuera de puertas se consumía buena parte de dos, con todo, lo divertido, pues lo era hasta cierto punto, de la ocupación, hacia la molestia llevadera. Las inmediaciones de la puerta de tierra habían sido, y por muchos años han seguido siendo para los gaditanos, lugar de recreo y fiesta, y por cierto, rara vez de recreo provechoso. Pasaban, pues, los días de guardia como de gresca y broma, siéndolo de comilonas en los vecinos ventorrillos. De esto padecían algo las costumbres, siendo ello uno de los males que trae consigo el dar á los paisanos hábitos de soldados sin el freno de la disciplina.

Mayor y mejor entretenimiento iba dando el interior de la ciudad. A muchos del sexo masculino (porque á las personas del femenino estaba vedado), ocupaba la asistencia á las Cortes. Celebraban estas sus sesiones en la iglesia de la casa de los padres Filipenses, que aun hoy subsiste; iglesia en forma de óvalo de no mala planta, pero no de adorno de buen gusto, y á la cual había adaptado medianamente al nuevo fin á que estaba destinada, D. N. Prats, oficial de ingenieros de Marina. Unas tribunas formando á modo de andamiage, que dentro del templo le daban trazas de costado de un teatro, componían las tribunas reservadas. Dos galerías altas con reja de balcón hasta el pecho, que corrían por todo el recinto de la iglesia y la abrazaban por entero, siendo parte antigua del edificio mismo, eran las tribunas del público; concurrendo allí donde antes iba el auditorio á oír la palabra sagrada, numerosos oyentes á oír discursos de muy otra clase. De estos oyentes muchos no lo eran asiduos y constantes, pero había bastantes que tomaron la asistencia casi como oficio. Si bien la maldad de varios anti-constitucionales abultó extremadamente algunos excesos cometidos por concurrentes diarios á las galerías, y, si bien en una época de atroz injusticia é inicua venganza, hubo quien inventase un nombre para hombres tales, y con inventarle añadiese no solo un vocablo á la lengua sino un delito en la lista de los hasta allí conocidos, apellidándolos *galerios*, mal puede negarse que con frecuencia olvidaban el papel que estaban representando, el cual era el de verdaderos testigos mudos, destinados á transmitir afuera, juzgándolo y entregándolo al juicio ajeno lo que allí veían y oían. De estos excesos ha habido no pocos en épocas posteriores, y hasta muy cercanas, y algunos de ellos de suma gravedad; pero aunque todavía la concurrencia á las sesiones de nuestros cuerpos deliberantes dista un tanto de guardar el silencio absoluto á que está obligada, hay en este punto harto menos que censurar, pues en Cádiz, de 1814 á 1815, el mezclarse el auditorio en las deliberaciones del Congreso, dando muestras ruidosas de aprobacion y desaprobacion que una vez pasaron á ser hechos, era cosa continua. Había entre los bulliciosos espectadores de que voy ahora aquí hablando, todos ellos movidos por un celo sincero aunque descaminado, personas de todas clases, gaditanos y forasteros para quienes vino á ser sustento ordinario del entendimiento la política militante.

La hora de concluir las sesiones era sobre las dos de la tarde, y las noticias de lo ocurrido en las Cortes pasaban á la calle Ancha, poco distante del lugar donde celebraba sus sesiones el Congreso, y los juicios de los precedentes de las galerías eran revisados por otra mas numerosa clase de ociosos, ó de hombres cuyas ocupaciones habían terminado.

Escaso campo quedaba para entretenimiento puramente literario en Cádiz, tal cual era entonces. No estaba enteramente olvidado del trabajo el espíritu, pero trabajaba influyendo en él las circunstancias, y conforme á lo que recibía era lo que daba, de suerte que el matiz político, siempre subido, con frecuencia cubriéndolo todo, daba su color á todas las producciones del ingenio.

Residía en Cádiz Quintana, ya con la dignidad de patriarca de la iglesia político-filosófica, de que había sido largos años, aunque como en secreto, por no consentir otra cosa los tiempos, uno de los principales doctores y maestros. Estaba ya en él reconocida su calidad de gran poeta, si bien no faltaba quien se la negase. Gallego, á quien la famosa composición al *Dos de Mayo*, había desde luego remontado á uno de los primeros puestos en lo todavía llamado nuestro *Parnaso*, siendo á la sazón diputado á Cortes, y nunca muy amigo del trabajo, tenía contenida su vena poética, no fecunda, aunque de exquisitos productos.

Beña, militar instruido, no descuidaba, en medio de otras ocupaciones, la de lo entonces dicho pulsar la lira. Arriaza, ya en Londres, ya en Cádiz, escribía mediana prosa, no manejando mal la pluma en reñidas disputas con Blanco White, que desde Inglaterra hacia guerra cruda á todo cuanto era de España en un periódico cuyo título era *El Español*, pero mostrándose por lo comun inferior á su diestrisimo y mas instruido adversario, y entre tanto seguía cultivando la poesía, fecundo siempre, y por demás ingenioso, siendo esto último la principal calidad de su talento. Capmany, en quien la vejez,

aunque no muy avanzada, había extremado rarezas que siempre tuvo, docto y vivo, hacia alarde de su purismo lleno de singularidades, y mientras en las Cortes seguía las hostilidades contra los galicismos de dición, alistado en la bandera de los reformadores, pero con actos de insubordinacion frecuente, y tan allegado á la Inglaterra que parecía en él falta, lo que no era sino hábito de extremarse en todo, daba rienda á resentimientos personales, publicando vituperios de Quintana. Gallardo, con un lindo y chistosísimo folleto había cobrado crédito de los mas altos, que sostuvo entre lo general de los jueces, pero no entre los mejores, con su *Diccionario crítico burlesco*. Algunas composicioncillas, aunque no malas, del jóven D. Angel de Saavedra, no daban, con todo, idea de lo que había de llegar á ser el ilustre duque de Rivas. D. Mariano Carnerero, casi abandonando por la política y sus marañas la literatura, en que había comenzado á señalarse, parece como que anunciaba que no habían de igualar á sus grandes facultades intelectuales ni la importancia de sus escritos y actos, ni la altura ó extension de su fama en lo venidero. Al revés Martínez de la Rosa, recién vuelto de Inglaterra, donde había pasado unos pocos meses, empezaba á levantar la fábrica de lo que fué despues, con título justo, su elevada fortuna. Savignon, cuya principal celebridad había sido la de habilitado traductor, la confirmaba con nuevas versiones. Jérica y Costa, poeta ó versista de corto valor, pero fecundo, empleaba su mediano ingenio en frivolas censuras de cosas apenas dignas de atencion. Un D. Santiago Jonama, de agudo entendimiento y bastante instruccion, pero de poca rareza, así como otros escribiendo gozaban de concepto superior al que merecían, era tenido en precio harto inferior al suyo real y verdadero. Algunos mas podría nombrar, pero me sirve mal la memoria, y con los nombrados basta para dar una idea general y somera del estado del cultivo en que estaban las letras en Cádiz sitiada.

Pero, segun antes he dicho, los mismos literatos solo usaban la pluma para tratar cuestiones políticas, porque en otros asuntos apenas habrían encontrado lectores. De esto fué excepcion, sin embargo, el folleto de Capmany, contra Quintana, reducido á censurar su estilo, y mas todavía, su dición, justo en su critica en uno y otro caso, injusto con suma frecuencia; por lo acre de su tono vituperable á todas luces, y no tan bien escrito como debia exigirse á juez tan severo, pues si no pecaba de galicista, tampoco podia blasonar de natural y fluido; vicio este de todos los escritos de un hombre, cuyo idioma verdadero era el catalan, y en cuyas obras aparecía el castellano puro como traído con violencia. A pesar de que ya el censurado Quintana había subido á la silla del patriarcado, como en ella era novel, faltaba en lo general del público la reverencia que dá una larga posesion del personaje respetado, y así Capmany hubo de encontrar aprobadores numerosos. Pero los amigos de Quintana, en quienes al principio causó desmayo la súbita é inesperada acometida, volvieron en sí, é hicieron frente al adversario. Entonces, como en otro lugar de este periódico he contado, salió á nuevo y mas brillante teatro, el que hasta entonces solo había hecho papel en el literario de Granada, don Francisco Martínez de la Rosa. Quintana se defendió con nobleza en un breve escrito. Con la publicacion de este último perdió los estribos Capmany, nunca sufrido ni prudente; y en segundo folleto, indigno de su pluma, y aun de la de todo hombre de juicio, lanzó sobre Quintana, no ya censuras literarias, sino acusaciones y vituperios de toda clase, calumniosos algunos, injustos todos, sin perdonar á los amigos de su enemigo, y haciendo de los concurrentes á la tertulia de Quintana en Madrid, de los cuales era él uno casi perenne, los mas feos retratos, donde si se acercaba en algun rasgo de la pintura la malicia, hasta producir alguna semejanza, con mas frecuencia turbaba la mente, y descomponía la mano del pintor el odio llevándole á recargar leves faltas, ó á suponer las que no había. Apoyaban á Capmany en esta contienda, mas ó menos disimuladamente, Arriaza, y sin rebozo, Gallardo, á los cuales se adherían todos los adversos á las reformas por odio á Quintana el político, y á su secta mas que por idea alguna literaria. Pero tal contienda fué pronto olvidada, y ni aun en los periódicos se hizo de ella larga memoria.

Los periódicos eran pocos y pequeños. El *Conciso* no traspasaba sus estrechísimos límites. Pero el *Redactor general* los tuvo mas extensos, llegando á los que hoy tienen algunos periódicos semanales, y constanding ya cada carilla de dos columnas. Su principal redactor era un don Pedro Daza, de buena familia, de mediano pasar, bien criado, y caballero en sus modales; pero escaso en conocimientos literarios ó políticos, por lo cual escribía poco en su diario. Este, sin embargo, alcanzó la primacía, escribiendo de cuando en cuando en el nombre de alguna nota, y otros de mediana, entre los cuales hubo yo de ser contado una ó dos veces. Los anticonstitucionales tenían periódicos de los cuales era el principal el titulado *Procurador de la Nación y del Rey*. Por desgracia de los hombres de esta opinion, que en el Congreso podían blasonar de tener personas de no corto mérito, aunque á reconocerse se negase la intolerancia liberal aun mayor entonces que lo es ahora, en los periódicos estaban mal representados. A su frente tenía el marqués de Villafrañés, caballero jerezano de singular extravagancia aun en el vestir, pues, con el frac, aunque mal cortado, al cabo frac, y no casaca redonda, llevaba cinturón con un medio sable en vez de espadín, y el cual se jactaba de dormir en una dura tarima, creyendo esto conducente á la salud intelectual mas todavía que á la corporal, pues contaba que á sus hijos, como les hallase dificultad en la comprension al seguir sus estudios, había remediado el mal de él reputado gravísimo, con rellenarles sus almohadas en vez de plumas ó lana con piedras. Era el principal ayudante del raro marqués, un sugeto cuyo nombre se me ha ido de la memoria, esta vez traidora, (1) y

(1) Si mal no me acuerdo su apellido era Molé. En los días del gobierno absoluto llegó á cierto grado de privanza muy superior á

que en los días de 1814 llegó á gran privanza con el rey á la cual siguió un revés de fortuna; clerizonte, según creo, ordenado de menores, alto, desgarbado, con un sombrero de picos mal puesto en la cabeza, cuyo título literario principal había sido, según él refería, haber hecho oposición á una plaza de organista sin haberla logrado; hombre en quien un desearo no común daba realce á sus modos y figura extrahalaría. Como ambos personajes se presentaban á tantos lugares donde podían herirlos las saetas de la burla, se veían acibillados, mas con estas armas, que con las de argumentos serios. Otro merito tenían las cartas del filósofo rancio, pero estas no salían á luz en periodos fijos.

La sociedad, en tanto, era la que solía ser en Cadiz con fuerte mezcla de lo que era de Madrid, de lo cual resultaba un buen conjunto. En aquellos días, nadie en castellano hablaba de abrir los salones, pero en cambio se iba á la tertulia. Ya he hecho mención de la de la marquesa de casa de Pontejos, en la cual se congregaba la gente de la mas alta y mejor sociedad, pero, por desgracia, según fea costumbre de aquellos días, conservada hasta ha muy poco, ocupando á la concurrencia mas que otra cosa, el juego del monte. También una señora, mujer del abogado D. N. Ayesa, recibía en su casa á las personas de mas gerarquía, pero sin que faltase la mesa de juego, centro al rededor del cual giraban los tertulianos como palomitas en torno de la luz, y para mas perfeccion del simil, quemándose con frecuencia en ella. De muy diversa clase era la reunion, corta en número, modesta en la apariencia, pero un tanto rica por el valor de varios de quienes la componian, que formaba todas las noches la sociedad de la señora doña Margarita Lopez de Morlá de Virnes, mujer de singular entendimiento é instruccion vasta, educada en Inglaterra, aficionada á estudios serios, de agradabilísimo trato, y hasta agena de pedantería, en la cual unos ojos hermosos y una conversacion viva en que asomaba la andaluza entre la docta, suplía la absoluta falta de belleza; cargo grave para hecho á persona de su sexo, pero rescatado por perfecciones que hasta enamoraban y que hoy puede temerse sin lastimar afecto alguno ni aun el filial, al enumerar los méritos de tan ilustre difunta (1). A su casa llevaba D. Juan Nicasio Gallego el buen humor y chiste porque tanto se señalaba en el trato social, Quintana su tono severo y dogmático, Toreno sus calidades superiores de hombre, así como de talento é instruccion, de mundo. Iba allí de cuando en cuando Argüelles, pero no ordinariamente como los tres que acabo de nombrar. Iba allí el mucho despues afamado Gorozarri, que en las Cortes de 1857 llegó á adquirir fama de necio y extravagante, y no sin razon, pero que había leído mucho, y que en 1810 y 1811, oscuro todavía, ya era notable por sus rarezas. Había en la reunion, como era de suponer, el hermano de la señora de la casa y que vivía con ella, D. Diego Lopez de Morlá, despues conde de Villacreces, de familia de lo mas ilustre de Jerez, aunque no hubiese titulado todavía; hombre ingenioso, instruido, decidor, raro entre los raros y que hacia gala de serlo y de extremarse en todo, dado entonces al estudio de la medicina que despues practicó, menos aficionado á la política que solian serlo todos cuantos habitaban en Cádiz, y particularmente los concurrentes á su casa y aun su misma hermana; muy desviado de la democracia, porque tenía en alta estima su noble cuna, pero allegado á doctrinas nuevas porque sus principios filosóficos distaban á la sazón infinito de los que eran fundamento del gobierno de la España antigua. Era yo su íntimo amigo desde los últimos días de nuestras niñeces, y había continuado con él en nuestra juventud en frecuente amistoso trato, por lo cual tuve entrada en la tertulia de su hermana. A ella hube yo de llevar á otra persona de cuenta que empezó á representar en aquella reducida sociedad uno de los principales papeles, allegado yo á él, y formando como una oposicion al partido predominante en el Congreso, del cual era el conde de Toreno en aquella sala particular el primer representante, así como en la de sesiones uno de los capitanes de la gloriosa hueste de los reformadores. Era la persona de quien acabo de hablar D. José Garcia de Leon y Pizarro (conocido solo por la parte segunda de su apellido), entonces secretario del Consejo de Estado, empleo puramente titular pues este cuerpo, aunque existente de derecho, de hecho estaba, si no muerto, en letargo parecido á la muerte; hombre de instruccion varia y amena, de clarísimo entendimiento, de gran chiste; algo singular, llano por demás y alegre, en el trato tan agradable cuanto serlo cabe, algo y aun bastante dado á censurar, tildado de tener cierto matiz de afrancesamiento, en doctrinas no poco liberal, pero disintiendo á menudo de los corifeos de la parcialidad dominante, y, sobre todo, disgustado de lo que en ellos juzgaba entono y orgullo, y de la en su sentir casi servil sumision con que eran mirados por sus secuaces; personaje que despues, ministro mas de una vez, no hubo de corresponder á las esperanzas que de él se tenían, pero mas que por otra cosa, inferior á su concepto por lo du-

ro de las circunstancias, y con quien ha sido injusta la opinion, negándole el mérito que sin duda tenía, y el cual en algun tiempo era en él conocido y confesado. Con extrañeza de las gentes por la diferencia que había entre nuestras edades por tres años fuimos Pizarro y yo inseparables, como pueden serlo dos amigos de los mas íntimos iguales ó cercanos en años, paseando juntos, leyendo juntos, comentando lo que leíamos, abarcando muy diversas materias en nuestra lectura y conversaciones, conformes ó poco menos en nuestras ideas políticas (1), y sobre todo en el orgullo con que resistíamos á otro orgullo, siendo en la fé constitucional cismáticos aunque no hereges. En aquel palenque hubo de ser la victoria, aunque no completa, de mi amigo Pizarro, de que me cupo una pequeña parte.

En esto apareció una tertulia de igual naturaleza; pero en que predominaban opiniones diametralmente opuestas, la de la señora doña Francisca Larrea, mujer del ilustrado alemán D. N. Bohl de Fauers; literato, buen escritor en nuestra lengua y apreciableísimo, visto á todas luces. Su mujer, á quien acababan de dar licencia los franceses para pasar á Cádiz desde Chiclana, donde residía durante los meses primeros del sitio, era literata y patriota acérrima, pero de las que consideraban el levantamiento de España contra el poder francés, como empresa destinada á mantener á la nacion española en su antigua situacion (2) y leyes así en lo político como en lo religioso, y aun volviendo algo atrás de los días de Carlos III, únicos principios y sistema según su sentir, justos y saludables. Fui yo presentado en casa de la señora de Bohl, pero por mil razones no hube de agradecerle ni ella por su parte, á pesar de su mérito, se captó mi pobre voluntad. Lo cierto es, que la vi una vez y despues fué mi suerte (ya en 1818) entrar con ella, y su estimable marido en agrias contiendas literarias en que hubieron de ingerirse con poco disimulo cuestiones políticas, no sin grande peligro mio en aquellas horas; acrimonia de que hoy me pesa á hacer á aquellos dos ilustrados consortes la debida justicia.

Pero tales reuniones eran para pocos, y lo general de las gentes había menester alguna distraccion para las noches, pues de día no daban poco los paseos extraordinariamente concurridos. El invierno de 1810 á 1811 había corrido estando en gran parte de él en la isla de Leon la Regencia y las Cortes, y en el otoño anterior la fiebre amarilla que tanto estrago había hecho en Cádiz y en toda Andalucía en 1800, y 1804 había aparecido por tercera vez, no con el antiguo rigor, pero acabando con no pocas vidas y causando el temor consiguiente. Por esto, así como por otras razones, no se pensó en abrir el teatro de Cádiz. No era tiempo oportuno para hacerlo el del siguiente verano. Pero corríó este sin que diese la menor muestra de sí, como se temía, la epidemia. Entonces comenzó á pensarse en la conveniencia de aumentar distracciones á una poblacion que, al cabo, si lo pasaba bien, vivía encerrada en breve recinto, y expuesta al peligro del bombardeo. Había tenido Cádiz sucesivamente varios gobernadores en el corto término de diez y seis á diez y siete meses, hasta que en Junio de 1811 fué nombrado para desempeñar su gobierno militar y político, hasta allí siempre unidos, el teniente general de marina D. Juan Maria de Villavicencio, personaje notable, instruido, activo, de singular chiste que contrastaba con lo severo y adusto de su rostro, dotado de gran tino para el manejo de los hombres; hombre, á quien confío que me será lícito elogiar, sin que el cercano parentesco que con él me unía, (pues era hermano y muy querido de mi madre, y además mi padrino) me incline demasiado á su favor; ni la desconformidad que llegó á haber en nuestras opiniones políticas, crecida en sus últimos días á punto de romper entre nosotros todo trato, me pueda mover á rebajar en un ápice el buen concepto de que entre las gentes, incluso no pocos de sus contrarios, disfru-

(1) En un punto capital eran enteramente desconformes nuestros pareceres, porque Pizarro opinaba que habría convenido á España sujetarse de buena voluntad á Napoleon, y yo todo lo contrario. En el breve primer reinado de José Bonaparte en Madrid, terminado por el suceso de Bailén y la retirada de los franceses (pocos días de Julio de 1808), había prestado Pizarro juramento de fidelidad al monarca intruso, como lo había hecho todo el Consejo de Estado de que él era secretario. Sin embargo, no vaciló en cuanto á seguir al legítimo gobierno en Diciembre del mismo 1808, cuando entró el Emperador francés victorioso en la capital de España, y huyó á pié pasando mil trabajos durísimos y peligros. Así sus adversarios le echaban en cara el juramento sin mucha razon, pues habían jurado la Constitución napoleónica en Bayona varios hombres que despues se señalaron sirviendo al gobierno legítimo; el Sr. Romanillos, el general D. Miguel de Alava, mi tío el tesorer general D. Vicente Alcalá Galiano, con otros de igual ó inferior nota. Mostrando yo á Pizarro mi extrañeza al ver que su conducta patriótica desmentía sus opiniones de casi afrancesado, me respondió con la imagen siguiente: « Si cuando en Diciembre iba yo saliendo de Madrid á pié con el uniforme puesto y calzado con alpargatas, me hubiesen dicho: ¿Dónde va V.? ¿No ve V. que resistir á los franceses es una locura? habría respondido; sí, lo creo una locura, pero no me detenga V., porque la nacion quiere, y hay obligacion de acceder á su voluntad.»

En cuanto á mí, pobre muchacho, ya me había negado á las cariñosas ofertas de emplearme ventajosamente en el servicio del usurpador, que me había hecho D. Miguel de Asanza, íntimo amigo que había sido de mi padre y de toda mi familia.

(2) Me acuerdo de que la señora de Bohl repetía con entusiasmo, mirándola como emblema de nuestro alzamiento, la siguiente décima, por cierto no falta de brío en la expresion ó en el pensamiento, aunque incorrecta.

Nuestra española arrogancia
Siempre ha tenido por punto,
Acordarse de Sagunto
Y no olvidar á Numancia.
Franceses, idos á Francia,
Y dejados nuestra ley
Que, en tocando á Dios y al rey
Y á nuestros patrios hogares,
Todos somos militares,
Y formamos una grey.

Aquí está compendiado el modo general de ver el levantamiento del pueblo español por un aspecto de los varios que presentaba, considerándole el único.

De estas doctrinas de sus padres y mas particularmente de su madre, saca las suyas que con tanto celo sustentaba la afamada novelista, hoy viva, cuyo nombre en la república literaria es Fernan Caballero.

taba. Aunque era Villavicencio religioso, lo era sin supersticion, siéndole familiares las obras de los filósofos franceses, y así, aunque tropezó con preocupaciones que representaban ser impropio en una ciudad amenazada de peligros, darse á diversiones profanas que bien podrian provocar sobre los moradores de Cádiz la ira de Dios, no hizo caso de ellas y atendió á distraer los ánimos de los males de la guerra, proporcionándoles el esparcimiento posible en uno que, al cabo, aunque cómodo, no dejaba de ser encierro. Se abrió, pues, el teatro, y pronto se vió lleno, no obstante la escasez de recursos de los habitantes. En aquellos días el teatro de Cádiz, hoy pobre, mezquino y feo, puesto en cotejo con otros muchos despues edificados, era tenido por de los mejores de España, aun incluyendo el del Principe, recién construido en Madrid, pequeño y de escaso adorno, aun el de los Caños del Peral, sólo notable por ser algo mayores sus dimensiones. En el de Cádiz, los palcos principales, que en la nomenclatura madrileña de ahora se llaman bajos, eran todos propiedad particular, la mayor parte vinculada. Los apellidados de platea, puestos al nivel del patio y lunetas eran incómodos, y así á los segundos concurrió la flor de la sociedad de la corte; familias de grandes de España, y de altos empleados.

Eran medianos los actores, pero entre ellos había algunos de los ya afamados de la capital. Faltaba Maiquez, que bien podría haber estado allí, atendiendo á su celo patriótico que por poco le cuesta la vida en el Dos de Mayo, pero el insigne actor se había dejado ablandar por los halagos de José Bonaparte y de las autoridades afrancesadas, y lucía su habilidad prodigiosa en las tablas de Madrid, si bien no sin conservar ardiente amor á su patria, que le atrajo dura persecucion en 1814 y hasta odio personal del rey Fernando restablecido en su trono. Faltaban dos buenos discípulos de Maiquez, Prieto y Caprera, ya conocidos de los gaditanos. Pero estaba Carretero, el galan compañero de Rita Luna, de quien ya he hablado en otra parte de estos recuerdos; estaba Diez aventajado alumno de la escuela de Maiquez, á cuyo lado había ya representado papeles, y estaba Querol, gracioso de la mas alta fama en la corte, excelente actor, y en las comedias llamadas de figuron inimitable. Una actriz, de la cual ya he hablado al referir anécdotas de las mocedades de Martínez de la Rosa, Agustina Torres, hasta allí solo conocida en teatros de inferior clase, y de cuyas buenas dotes y cortas facultades he hablado, debiendo ahora añadir que con su natural talento y sensibilidad, recibiendo lecciones ó consejos de personas entendidas perfeccionó lo que en ella perfectible, y brilló supliendo hasta cierto punto la falta de aquello de que por la naturaleza de su voz carecía. Otro actor, despues subido á la mas alta y merecida reputacion, apareció en aquel mismo teatro venido de alguno muy oscuro, pero este (hablo de Guzman) solo apareció despues de haber levantado el bloqueo y retirádose los franceses, si bien cuando todavía era Cádiz residencia del gobierno de España.

Las piezas que se representaban eran de muy vária clase: de la antigua poesia dramática castellana, y de las nuevas, representándose de cuando en cuando alguna composicion patriótica recién escrita. También de aquellas de las cuales era natural sacar alusiones al día presente, solía echarse mano. Así una comedia de poco valor titulada las *Visperas sicilianas*, era oída con aplauso á punto de venirse el teatro abajo, cuando al sonido de la campana se arrojaban los sicilianos acaudillados por Juan de Prócida sobre los franceses y hacian en ellos horrible destrozo.

Estaba el teatro bien dentro del alcance de las bombas enemigas, pero desde Diciembre de 1810 y en todo 1811, y aun en los días primeros de 1812, rara vez nos enviaron los sitiadores tan molesto presente. Rara vez, digo, pero no nunca, pues, como para quitar crédito á una voz que empezó á correr despues de una larga interrupcion suponiendo abandonado por los sitiadores un proyecto que tan corto efecto producía, con intervalos desiguales que fueron siendo menores, siguieron cayendo en Cádiz granadas. Pero en mucho tiempo todas cuantas penetraron en la poblacion se quedaron mas cortas que la primera, y además viniendo como estas llenas de plomo, y no reventando dieron motivo á la famosa coplilla de

Con las bombas que tiran
los fanfarrones
se hacen las gaditanas
tirabuzones (1).

Sin embargo, ya entrado 1812, y muy á los principios, empezaron á venir con mas frecuencia á visitarnos los instrumentos de muerte y ruina; y como ocurriese una ú otra desgracia, ya comenzaron á buscar los habitantes en Cádiz medios de libertarse del peligro. Cabalmente de ello nació hacerse aun mas alegre la vida. Como se verá en la continuacion de esta narracion (cuyas dimensiones van excediendo á las que pensé darle al comenzarla), los últimos meses del sitio, y los del bombardeo, nunca terrible, pero si ya incómodo, fueron los en que de tal modo vino á ser la vida anmada y rica en entretenimiento, que

(1) Alusion á los rizos en forma de saca-corchos usados entonces, y que se formaban cifiendo con pedacitos de plomo delgadas mechas del pelo, que cubra y adorna la frente y sienas.

D. Adolfo de Castro, en la obrilla excelente de su género, donde trae mil particularidades de lo ocurrido en Cádiz durante la guerra de la Independencia, cita esta coplilla, y con ella una variante que es como sigue:

Con las bombas que tira
el farsante Sult
se hacen las gaditanas
toquillas de tul.

Pero como por fuerza ha de ver el lector, esto no tenía sentido, como lo de los tirabuzones. El Sr. de Castro (que no vivía entonces en el teatro por un actor llamado Navarro que la echaba de gracioso, y á veces lo era, pero no á menudo. Al oír la fué aplaudida como suele serlo cualquiera necesidad, pero no era uso cantarla, pues bien se veía que no había materiales para medio pañuelo (vulgo toquillas en Andalucía) en las granadas que tiraban los franceses.

su valor, pero le sucedió lo que entonces á los de su estofa, que fué cambiarse su valimiento en desgracia y destierro. Hubo de pasar algun tiempo en semi-confinamiento en Cabra, donde no se ganó mucho crédito por título alguno, aunque tuvo embaucada á alguna persona devota.

(1) Trágica suerte hubo de haber á la señora de quien habla el texto de este artículo. A fuerza de discurrir hubo de perder el juicio. En sus últimos años, apenas pisando los confines de la vejez á que no llegó, abrazó las doctrinas de Fourier con tal calor, que ya daba indicios de locura. Esta vino, por desgracia, á declararse. Medio sanó, con todo, y hacia 1849 vino á Madrid, donde sus antiguos amigos la visitáramos, y de ellos con mas frecuencia Gallego y yo, agregándosenos una persona, cuya amistad con tan digna mujer era harto mas nueva, pero había llegado á ser estrecha: el Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco. Pero á poco volvió á descomponerse aquella cabeza; á punto tal, que fué necesario llevarla á la casa de Toledo, en la cual murió no muchos días despues de haber entrado en ella, dándole cuanta asistencia podia su amante hijo, obligado muy á su pesar á ponerla en recogimiento, y su amigo Pacheco que en este triste caso obró como si fuese de su familia.

los pocos, poquitos que hoy vivimos, y fuimos testigos de aquella situación, nos acordamos de ella como de una serie de días, iguales a los que se pasan en una feria, u en otra serie semejante de diversiones.

ANTONIO ALCALA GALLIANG.

BIBLIOGRAFIA EXTRANJERA.

Artículo II.

Con el título de *La Nueva Babilonia ó Cartas de un provinciano durante una temporada en París* (1), ha publicado recientemente el ingenioso y elegante Eugenio Pelletan una obra, cuya lectura no puede menos de hacer una impresión penosa en el ánimo del que cree en la perfectibilidad progresiva de la especie humana y en la superioridad intelectual y moral de la generación presente con respecto a las que la han precedido. Si fuera cierto, como el autor se empeña en demostrar, que la nación francesa degenera actualmente en costumbres públicas y privadas, en ciencias, en artes, en literatura, y hasta en pulidez de modales y en prácticas de decoro y urbanidad, sería preciso creer que la civilización estriba en muy deleznales fundamentos; que los adelantos de hoy no responden de los de mañana, y que once años de absolutismo político, asociado con un total desprecio de la opinión pública y de antiguas y venerables tradiciones, han bastado á derrocar la obra de tantos siglos de trabajos gloriosos y de vicisitudes fecundas en saludables lecciones y en vastas y positivas mejoras. La obra carece de plan, como su segundo título lo indica. Su revista, por tanto, no puede tenerlo, y debemos limitarnos á señalar algunos pasajes de los mas notables, con el sentimiento de no poder tratar de todos los que nos han parecido dignos de la atención del público.

Al hablar del lujo, y despues de haberlo considerado como filósofo y como economista, en algunas pocas páginas que no deshonrarían una obra de Bentham ó de Bastiat, el autor pasa á comparar el lujo útil y racional con el que hoy predomina en la sociedad francesa. ¡Gran Dios! dice el autor, ¿será el adorno toda nuestra ambición? ¿Será la riqueza nuestro único destino? Cuando formó el hombre á su imagen y descendió hasta él por el pensamiento, ¿rebajó tanto la vida humana el Creador que pudiese dar cuenta de sí misma, comiendo un pastel de Perigord, ó caracolando en un caballo de esos que llamamos de sangre pura? Protesto contra semejante idea. Diga el que quiera, ó crea sin decirlo, que el hombre nació como el pavó real para gallardear y lucir: la moral eterna del mundo dirá, por el contrario, que nació para la acción y el pensamiento. Mientras haya un cielo sobre nuestras cabezas, y una mirada que se dirija al cielo, la gloria y la virtud serán superiores al falso brillo del oropel. Lo único que el lujo testifica es la pasión mas ruin del hombre, la vanidad, mientras que el génio y el heroísmo atestiguan la grandeza y la divinidad de su origen. Apartaos. ¿No oís el chasquido del látigo? ¿No oís esas ruedas que sacan chispas de los adoquines? ¿Quién es?—Nadie: un millonario de ayer de mañana, que corre á todo escape en el magnífico escándalo de su opulencia. ¿Quién de nosotros no aparta la vista de este espectáculo para fijarla allá abajo en un rincón, por donde pasa un sábio, un orador, un inventor, un poeta, sin mas acompañamiento que su génio? De este modo, cuando una nación pierde su orgullo, cuando deja de creer y de pensar, cuando la convicción es para ella una engañifa, y la abnegación una falacia, entonces desaparece el lazo que liga á los hombres en una creencia común; cada cual entra en sí mismo; aparta su alma de la patria y la estrecha á las dimensiones de su hogar... Ahí teneis una mujer jóven, hermosa, sentada, ó mas bien hundida en su butaca, apoyando la cabeza en la mano, como la estátua petrificada del dolor. Una lágrima corre en silencio por su mejilla, y la palpitation convulsiva del sollozo interior hace subir y bajar las joyas que adornan su pecho, como la ola agita y rompe en su superficie los reflejos de la estrella. ¿Por qué llora como Hecuba, pálida y sumida en la aflicción? ¿Ha perdido un hijo, ó se ha desvanecido su caudal en algun terremoto bursátil? No: es que su marido le niega un aderezo de brillantes, y en aquel momento solo piensa en la humillación que vá á padecer su gloria en el sarao de mañana; piensa en una conocida suya bastante feliz para gastar 2,000 duros en un tocado. Sin embargo, tendrá el aderezo: lo ha dicho y lo ha jurado. Ya lo tiene en efecto: resta saber quién lo paga.

Ese lujo desmoralizador y ruinoso, que ha llegado á ser en París un frenesí incontrastable, una verdadera epidemia moral, cuyos estragos se extienden por toda Europa, y que no puede terminar sino en grandes catástrofes, es uno de los asuntos favoritos del autor, y en cuya descripción y censura emplea una gran parte de su obra. Lo estudia en todos sus aspectos, lo analiza en todas sus aplicaciones, lo persigue en todos sus extravíos. Sería preciso copiar la mitad del libro para dar al lector alguna idea del talento y de la elocuencia de que hace alarde en esta loable tarea. No podemos, sin embargo, abstenernos de citar el siguiente trozo, con el recelo de que la traducción oscurezca el brillo y debilite el vigor del original. «Por cierto que cuando Luis Felipe reinaba sin ceremonia, con un paraguas bajo el brazo, veíamos como ahora, en la capital del mundo civilizado, casas hermosas, trenes hermosos, hermosas libreas y hermosas mujeres, que lucían en la galería del teatro de la Opera. Pero si en aquella época el lujo ocupaba su lugar en Francia, no ocupaba mas que su lugar, mientras que ahora se le vé en todas partes, en todas partes se le encuentra, y reina, y se entroniza, como el primer personaje del Estado y el héroe de la conversacion. Donde quiera que uno vaya, no oye hablar mas que de miriñaques, de arameles, de millones y de la policia correccional.» El autor se expraya en la

comparacion de otras épocas, cuando se reconocia la superioridad de la inteligencia, con estos días en que los franceses no piensan mas que en gozar y lucir. La monografía que traza del que allí se llama hombre de mundo, envuelve una sátira cruel, cuyo objeto no se oculta al lector menos penetrante. La perfeccion ideal del gobierno consiste, segun el hombre de mundo, en una monarquía absoluta, mas ó menos restringida por una cámara consultiva. Cuando el dicho personaje se digna tener una opinion, todo su plan político se reduce á una gran lista civil, á una corte numerosa, á una nobleza protegida, el pensamiento sometido á la censura, la prensa satisfecha con cantar, ya que hablar no le es permitido, la instruccion elemental reducida á su *minimum*, y la Francia muda, ignorante, indiferente á la buena como á la mala administracion de los ingresos públicos.

Como sintoma elocuente de esa corrupcion, en que el autor cree sumergido á su país, señala el descaro con que ostentan su mal ganada opulencia las desgraciadas mujeres comprendidas bajo el título general de *demi-monde*. Lo que de ellas refiere toca en los limites de lo increíble. Citaremos solamente una que suele bañarse en vino de Champagne, y hay hombre que paga cien duros cada vez que ella satisface este capricho. Los muebles de otra heroína de esta clase produjeron 100,000 duros vendidos en pública subasta. El *demi-monde* ha llegado á la categoría de institucion pública: son palabras del autor. Estas mujeres poseen suntuosas casas de campo, palcos en la Opera, carruajes espléndidos, costosos aderezos, y con su lujo eclipsan á las duquesas y á las mujeres de los mas opulentos banqueros y capitalistas.

No hay ramo alguno de costumbres sociales en que no se manifieste ese retroceso que Mr. Pelletan cree descubrir en sus compatriotas, y que forma todo el tema de la *Nueva Babilonia*. ¿Se trata de la primera enseñanza? «¿Querás creer que, en este ramo, Francia, la nación de Moliere, de Descartes y de Montesquieu, camina á retaguardia de Europa? La estadística lo prueba, y ninguna medida se toma para curar la vergonzosa enfermedad de la ignorancia, en una nación como la nuestra, y con el voto universal á nuestra disposicion.» ¿Se trata de la afición á los libros? «El pueblo francés no gusta de leer: pero es menester confesar que se ha hecho en todo tiempo todo lo posible para que no le sea grata la lectura. Examinense una á una las cuatrocientas ó quinientas leyes promulgadas contra impresores, librerías y mercaderes ambulantes de libros, y resultará que se ha hecho cuanto ha sido dable para establecer un cordon sanitario que impida la comunicacion intelectual entre los hombres sin el visto bueno del Estado. Así se explica la superioridad política de la nación inglesa. El inglés lee siempre y en todas partes: lo mismo en los cafés de Londres que al pié del Himalaya. Conquista una isla desierta, y lo primero que hace es fundar un periódico. En Francia no leemos sino cuando viajamos en camino de hierro, ó cuando «llovía.» Los pormenores que dá el autor sobre las maldades que se cometen en la Bolsa por medio del agiotaje, son tan picantes como escandalosos. Bien se conoce, á pesar de sus reticencias y de sus frases solapadas, que sabe mas de lo que puede decir y lo que públicamente se dice en París, sobre los eminentes personajes que acumulan tesoros adquiridos por medios ilegítimos en aquellas culpables maniobras; pero se explica lo bastante para denunciar aquel establecimiento como un copioso manantial de fraude, corrupcion y ruina; como una casa pública de juego, en que la fulleria de unos pocos absorbe las economías de los crédulos y de los temerarios; como un abismo en que se hunde la riqueza, cuyo buen uso reclaman en vano los ramos productivos.

El humor descontentadizo del autor se estrella contra la generación á que pertenece, y la pintura que traza de la juventud contemporánea, y especialmente de la que forma parte de la clase aristocrática y rica, está muy lejos de las esperanzas lisonjeras que aquella fracción de la poblacion inspira á los optimistas que aguardan de ella el exterminio de los males presentes. Despues de referir una aventura en que tomaron parte muchos de los jóvenes que mas lucen en París por su opulencia y su elegancia, aventura que principió por una disputa sobre el mérito de una cómica, y que acabó en paliza, batalla con los agentes de la policia y encierro de algunas horas, el autor no teme herir el amor propio de sus compatriotas, empleando una comparacion que no les es muy honorífica. «Tambien, dice, la juventud aristocrática lucha en Polonia contra la policia; pero no por una moza; es por una idea, es por la libertad, es por la patria.»

Como sintoma del descenso que atribuye á su país en la escala de la civilización, el autor echa mano del estrago que hace en las costumbres sociales, la excesiva afición de los hombres del día á la pipa y al cigarro. Mr. Pelletan no debe ser fumador, si hemos de juzgarlo por los anatemas que fulmina contra ese hábito, hoy sin duda muy extendido en Francia. Esmérase en acumular todas las travesuras de su viva y brillante imaginación, todos los recursos de una elocuencia, á veces forzada y extravagante, en combatir y ridiculizar el tabaco de fumar. «La naturaleza, centinela que nos defiende de nosotros mismos, protesta en vano contra esta fumigacion interior de nuestra persona; en vano nos anuncia caritativamente el peligro, por el trabajo que nos cuesta habituarnos al humo del tabaco. Nos dejamos arrebatar por la fuerza del ejemplo. La pipa es una tentacion diabólica. Nos marearemos diez veces al día; diez veces tendremos sudores frios; pero á fuerza de malos ratos habremos conseguido por fin el privilegio de oler mal. El cigarro, dice Michelet, ha matado el beso; ha hecho mas, ha cerrado la tertulia. Antes se hablaba despues de comer; hombres y mujeres reunidos en torno de la animada lámpara, se educaban mutuamente; los hombres iniciaban á las mujeres en la vida del pensamiento, y las mujeres á los hombres en los secretos de la galantería y de la gracia: mas ahora, la mitad masculina

del pueblo francés se siente animada por la ambicion de rivalizar con el arenque y la carne curada al humo de Hamburgo... De algun tiempo á esta parte el consumo del tabaco ha aumentado de un modo espantoso; un muchacho de diez años sabe fumar. Es ya tiempo de pensar seriamente en ello. El tabaco es un veneno, lento en verdad, pero veneno que entorpece el cerebro, extingue la memoria, produce el vértigo, la horrible enfermedad del cáncer y el ablandamiento de la médula espinal. Cuando no mata al hombre en su totalidad, lo mata en parte; agota el organismo, apoca la especie humana. En lugar del cuerpo antiguo, bello siempre por el esmero con que los griegos procuraban desarrollar su vigor; en lugar de ese tipo perfecto como una estatua del Olimpo, ¿qué veríamos hoy si nos fuera dado levantar el velo que cubre al dios oculto? Veríamos un espectro de hombre, degenerado, desfigurado por el extrago interior de la pipa y del aguardiente; flaco, marchito, encallecido; una cosa á manera de titi cuando ha perdido el pelo de resultados de una enfermedad.»

Con este espíritu de ponderacion, y con esta prodigalidad de frases abrigadas y de metáforas violentas, algunas de las cuales parecen sacadas de las páginas de *Los Miserables*, entra el autor á examinar el estado actual de la filosofía, de la literatura y de las artes en Francia. Segun él, la filosofía ha desaparecido, y el mismo Cousin la abandona y se ha puesto á escribir biografías de mujeres célebres del siglo de Luis XIV. Lo que se llama allí filosofía, es un mal remedo del materialismo de Cabanis. En prueba de ello cita una obra dedicada al emperador, en que se dice que el hombre es un tubo intestinal. El drama y la novela se han rebajado hasta el extremo de convertirse en órganos y representantes de los pruritos mas licenciosos que pueden corromper el corazon del hombre; la pintura ha perfeccionado el arte de inflamar la imaginacion en deseos voluptuosos y en ofender las leyes del pudor. Dócil al mismo impulso, la fotografía ostenta en las ventanas de las tiendas de París cuadros y retratos, en los cuales ningun hombre que se respete á sí mismo puede fijar los ojos. Por desgracia, el extraordinario aumento que han tenido en estos últimos años los delitos y crímenes contra las buenas costumbres, segun lo testifica la estadística criminal hecha por los tribunales del imperio, dan un fuerte colorido de verdad á tan terribles acusaciones.

Como podrá inferir de toda esta larga filípica el lector menos avisado, la obra de Mr. Pelletan no es mas que una disfrazada sátira del régimen imperial. El imperio ha extinguido radicalmente en Francia todas las libertades que han sancionado las constituciones promulgadas desde el año de 1789, y de las cuales ha gozado con mas ó menos amplitud bajo los gobiernos anteriores á la época presente. De aquí toma motivo el autor para escribir sobre la libertad algunas páginas, que no carecen de novedad, si no por el fondo de los pensamientos, al menos por la forma de que los reviste. «¿Queréis saber, dice, por cuál medio se preserva el hombre de esta excitacion de los sentidos que se llama libertinaje? Pues es por la vida del pensamiento. Mas con una condicion previa, á saber: la libertad. Examinad el mapa del mundo, y en él hallareis que el pueblo mas libre es siempre el mas moral. La razon es que el hombre es débil en el aislamiento; para obrar bien necesita ayuda. ¿Dónde la hallará? En la opinion; esa conciencia auxiliar de la conciencia de cada uno. Pero la opinion no existe sino bajo un régimen libre, en que todos nosotros, grandes y pequeños, somos igual y mutuamente responsables, en que todos tenemos el derecho de decirlo todo, de contradecir todo, de saber todo, con todas las pruebas y las garantías de la discusion. En un país de libertad, ó lo que es lo mismo, de opinion, el ciudadano, sea quien sea, vive continuamente al aire libre, á vista del público; todo el mundo sabe lo que hace y lo que dice; todo el mundo lo oye y lo juzga como un jurado permanente. Si por desgracia ha obrado mal, faltado á su palabra, abandonado sus convicciones, adulado al poder, perseguido al débil, su conducta la sigue implacablemente, paso á paso, y donde quiera que vá, la opinion lo señala con el dedo y le dá el nombre de su accion. La opinion es un tribunal anónimo, que castiga lo que no castiga ningun otro juzgado... La libertad, que dá origen á la opinion y la convierte en aprecio del hombre que lo merece, le proporciona sin cesar ocasiones de obtener la recompensa merecida. En una nación libre como la América del Norte, la urna, no el favor, confiere el empleo. Allí, desde el ayuntamiento hasta el consejo del condado, hasta el consejo de cada Estado, hasta el de los Estados, reunido en la capital, la Constitucion ha eslabonado una serie de puestos electivos, que son otros tantos galardones de la probidad. Con su maravilloso poder de iniciativa y de expansion, la libertad pone continuamente al hombre en relacion simpática con sus semejantes. Improvisa y organiza á cada instante, en medio de la gran sociedad, una multitud de sociedades voluntarias; sociedades de templanza, de socorros, de beneficencia, de misiones, de estímulo, de artes, de ciencias, de literatura, etc. Todas ellas tienen su jerarquía, sus títulos honoríficos, que la eleccion concede á la honradez y á la inteligencia. De este modo, el hombre libre en un país libre goza de muchas vidas á la vez: la vida de la patria, la vida de la asociacion, la vida de la familia, la vida de la religion, voluntaria, y por tanto sincera: El poder absoluto rompe todas las cuerdas del alma humana, para que vibre una sola; la mas baja de todas: la vanidad. El ruso no tiene mas móvil de sus acciones que la vanidad; por vanidad piensa, si eso se llama pensar: por vanidad siente, si eso se llama sentir. Para satisfacer esta pasión, la raza de los tzars ha tenido que crear en menos de un siglo 70 clases de decoraciones para hombres, para mujeres casadas, para solteras, desde la banda de Santa Catalina hasta la de San Miguel; desde la medalla hasta la caja de rapé con el retrato del emperador. Un ruso completo, es decir, con setenta co-

(1) *La Nouvelle Babilone, lettres d'un provincial en tournée á Paris, par Eugène Pelletan, Paris 1862.*

lorines en el pecho, lleva de un hombro á otro mas colgajos que conchas un salvaje de la Oceania. Cuando un hombre no aspira mas que á un pedazo de cinta, no conserva mas pudor ni mas orgullo que una manceba. Tal es el estado de Rusia; el respeto de sí mismo, el conocimiento del deber; en fin, todo lo que constituye al hombre, falta en el alma del cosaco... Lo repito: libertad, y siempre libertad, y lo repetiré sin cesar. Esta es la Panacea tanto en el órden moral como en el político, porque no hay mas que una ley, siempre la misma, la cual en virtud de la ley superior de mancomunidad, reina en el Estado y en la familia. Esa ley es la libertad que distingue al hombre de la bestia, y la nacion del rebaño; la libertad, cuyo influjo se siente en cada molécula humana y le restituye todo el poder que le dió la naturaleza; que saca de cada brazo todo su vigor, de cada cerebro todo su pensamiento; que engrandece la nacion por el individuo, y al individuo por la nacion.»

Al llegar á este punto el autor, se le ocurre en favor de la libertad y de la democracia, un argumento de que podrian echar mano muy plausiblemente los sostenedores de la opinion contraria. Atribuye la guerra actual de la América del Norte, al filantrópico empeño de los unionistas en abolir la esclavitud. Es sumamente extraño que un hombre político y razonador como M. Pelletan, que, aunque no sea mas que por la lectura de los periódicos, debe estar al corriente de los grandes sucesos contemporáneos, haya dado cabida á tamaño error. Todo el mundo conoce los motivos que han impulsado al Norte en su sangrienta lucha con el Sur, y en nuestra *Revista política*, hemos explicado muchas veces estos motivos con datos irrecusables. Hace dos años que empezó la guerra, y no hace seis meses que el presidente Lincoln se acordó de los negros, promulgando el célebre decreto de emancipación, sobre el cual hay que hacer dos observaciones que desvirtúan la filantropía atribuida por el autor al gabinete Yankee. Primera, que el decreto ha sido altamente desaprobado en los Estados del Norte. Segunda, que en él se excluyen del beneficio de la emancipación los negros de los Estados que reconocen todavía la autoridad unionista. El autor no debe tampoco ignorar que en los Estados del Norte, el negro es mil veces mas aborrecido que en los del Sur, que la gran mayoría de los esclavos de la Luisiana, de la Carolina del Sur, de Virginia y de la Florida, han rechazado la falsa libertad que sus supuestos emancipadores les ofrecen, y por último, ¿qué especie de democracia es la de una nacion, cuyo gobierno suspende el *habeas corpus*, autoriza la prision arbitraria, decreta la quinta sin autorizacion de la representacion nacional, anula una providencia judicial y pone en la cárcel al juez que la dictó?

Quizas arrepentido del sombrío cuadro que presenta á sus lectores, el autor dedica las últimas páginas de su obra á un elocuente elogio del siglo XIX, enumerando los grandes beneficios que en todos ramos ha conferido, y vaticinando nuevos prodigios en la carrera de la civilizacion. Aun espera mucho de esa misma Francia, tan degenerada, tan corrompida como él mismo la ha pintado. Francia se ha detenido en el camino; mas esta pausa no puede ser duradera, y á la juventud presente cumple apercibirse para iniciar una magnífica restauracion. Poco le falta para decir en términos claros: desaparecerá el despotismo imperial, y la libertad y el principio democrático surgirán de sus escombros. No puede ser otro el verdadero sentido del siguiente pasaje con que el autor termina su obra: «Acuérdate, oh, juventud! de que el tiempo es tu cómplice. Cada hora que suena, suena para tí. No te agites en vano: *deja pasar lo que pasa*; descansa en tu fuerza, y, apoyada en tu principio como si un leon te apoyase, fija con orgullo tus miradas en lo que está por venir.»

JOSE JOAQUIN DE MORA.

NOTICIAS

ACERCA DE SUCESOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

(Conclusion.)

El 15 llegué á Tormaléo (1), y de paso dispersamos un convoy de 300 mulas que conducian harinas, armas y municiones á las tropas españolas (2). Los paisanos que encontráramos en los pueblos nos tenian por locos viendo que osábamos penetrar en Astúrias y por tales sendas con una division. Entré el 16 en Cangas de Tineo, donde habia reclutas con destino á la Fuensagrada, los que mandé á sus casas, inutilizándoles las armas y municiones, y dándoles proclamas para que las esparciesen (3). El 17 entré en Salas, é hice que la vanguardia se adelantase á Cornellana, por donde corre el rio Narcea rápido y muy crecido en la estacion de desnieves, el cual teniamos que cruzar no habiendo sobre él puente alguno. Por fortuna se encontraron allí dos barcas capaces cada una de llevar á la vez veinte hombres; pero faltaba habilitar vado para la caballeria, y fué preciso abrir cauce y por medio de una presa desviar las aguas de la madre del rio, ocupándose en esta faena con tanto ahínco la tropa, que en el espacio de tres horas se consiguió que la corriente bajase un pié, con lo que la caballeria y bagaje pudieron cortarla sin dificultad, pues aunque llegó á arrastrar consigo seis hombres, fueron recogidos por los nadadores que á propósito se habian puesto de distancia en distancia, ahogándose únicamente cuatro caballos.

(1) Lugar del concejo de Ibias, en el camino de Navia de Suarna á Cangas.

(2) Jamás oimos de semejante convoy, ni creemos que lo hubiese pero es raro que Ney se contentase con dispersar las 300 mulas sin haber cogido siquiera una carga.

(3) Estas proclamas venian impresas desde la Coruña, ofreciendo por supuesto ventura y felicidades á los pueblos que se sometiesen; pero como formadas de antemano, nada traian que hiciese referencia á lo que iba aconteciendo en la invasion que se estaba llevando á efecto con espantosa asolacion.

Hasta el 17, el marqués de la Romana, que tenia su cuartel general en Oviedo, no supo con certeza que yo iba sobre él. Componiase la guarnicion de esta ciudad de 5,000 hombres del regimiento de la Princesa y milicias (1), de cuyo número mandó 1,200 al puente de Peñafior con dos cañones, y los restantes al de Gallegos, que está sobre el Nora, con la pólvora y material suficientes para volarlos ambos si fuese necesario (2). Descansando la Romana en las citadas disposiciones, no se movió de Oviedo; solo si despachó órdenes á los generales Mahi y Mendizabal, para que por medio de una marcha retrógrada se colocasen hácia Salime y Pola de Allande para cortarnos la retirada.

A las seis de la mañana del 18, nuestra vanguardia habia concluido de pasar el Narcea y estaba en marcha sobre Grado; á las ocho, toda la caballeria, y el 25 de ligeros habian pasado tambien para sostenerla. Los enemigos que encontraron en Grado fueron con prontitud indecible arrollados hasta el puente de Peñafior; las alturas se veian coronadas de paisanos, y el fuego, muy vivo por todas partes; en cuya virtud mandé al general Lorcet acometer el puente á la bayoneta, como se hizo efectivamente con la mayor audacia, quedando en nuestro poder dos cañones, y siendo pasados á cuchillo cuantos enemigos pudieron ser habidos (3). La caballeria permaneció en órden de batalla en un pequeño llano á fin de mantener las comunicaciones. Para sacar partido del terror de que estaba poseído el enemigo, determiné pasar adelante con intento de hacerme dueño del puente de Gallegos, y di mis órdenes para que, quedando un batallon del regimiento núm. 25 con objeto de conservar el de Peñafior y sus alturas, avanzase el de volteadores y 30 húsares hácia el primero, que aunque bien defendido por el regimiento de la Princesa, fué tomado lo mismo que un cañon de á ocho que habia traído consigo. El enemigo fué seguido solo corto trecho, porque hubo que volver á atrincherar el puente para el paso de las brigadas.

Continuaban estas entretanto, durante el dia y la noche, cruzando el Narcea, hasta el 19 á las seis de la mañana que concluyó la operacion, sin pérdida de un solo hombre, aunque en sí riesgosa. Los enemigos fugitivos, á los que se habian agregado millares de paisanos, hacian fuego á lo largo del trayecto que ocupaban mis columnas desde Cornellana hasta Gallegos; de forma que habia que emplear una compañía entera para comunicar las órdenes de una á otra brigada, aún teniendo cubiertos los flancos.

La Romana, luego que supo la derrota de los suyos, huyó de Oviedo, con lo que así los almacenes como las casas mas ricas de la ciudad fueron entrados á saco por el paisanaje y populacho, trayendo esto funestas consecuencias, pues embriagados con las bebidas quisieron defender la poblacion, haciendo disparos desde todas sus calles; pero con tal desórden, que nuestros soldados cansados ya de matar, vinieron al último á contentarse con echarlos de la ciudad (4).

En la noche del 19 y hora de las nueve, la vanguardia y la primera brigada fueron á situarse á la carretera de Gijon, en el punto de empalme con la de Avilés, ocupando tambien á Cayés y Lugónes, que están sobre el Nora. El mismo dia, á las cinco de la mañana, se habia embarcado en Gijon el marqués de la Romana con todos los miembros de la junta en una corbeta española (5), la que no pudiendo alejarse por tener viento contrario, es fácil alcanzasen á ver desde el mismo buque la entrada en la villa de los nuestros, verificada el dia siguiente. En ella y en Oviedo encontramos mas de 250,000 cartuchos, plomo, fusiles, mucha artilleria y efectos militares venidos de Inglaterra. Dos bergantines de la misma nacion, cargados de viveres y otros artículos, fueron incendiados por el enemigo al tiempo de marchar; pero los esfuerzos de los soldados han podido salvar uno.

En el dia de la fecha, una pequeña columna de infanteria que mandé al encuentro de Kellermann hácia la Pola de Lena, descubrió las avanzadas de dicho general, que despues de derrotar á los enemigos que le salieron al paso, deberá llegar aquí esta noche. Mañana emprendo la marcha contra el ejército insurgente dicho de Galicia, cuyos jefes tengo por seguro que están sumamente disgustados. Espero por lo mismo poner toda aquella fuerza en dispersion, para volver á mis anteriores posiciones, y trasladarme luego á Vigo con intento de tomar noticias del duque de Dalmacia.

(1) No habia en Oviedo otra fuerza que el regimiento de la Princesa, que no llegaba á 600 hombres, muy mal pertrechados.

(2) Dicho regimiento de la Princesa salió en efecto de Oviedo como de descubierta y con órden de no empeñar accion contra un ejército, pues ejército mas que division era el que mandaba Ney. Colocado aquel en el puente de Gallegos mandó su coronel, D. José O'Donnell, que dos compañías avanzasen hasta Peñafior, y allí unidas á otras del regimiento de Luarca y á los paisanos de Grado, sostuvieron el tirote con la vanguardia enemiga. Sus dos cañones, de que habla el parte, no vinieron de Oviedo, sino que estaban meses antes en Grado, para conducirlos al puerto de la Mesa, y no habiéndose verificado, se llevaron á Peñafior sin artilleros que los sirviesen.

(3) Dice la verdad el mariscal. A nadie se dió cuartel. Muy pocos paisanos murieron en la accion, pues que hacian fuego parapetados tras los pretiles del puente, y cubiertos con los peñascales que hay en sus ingresos; los sacrificados fueron despues hechos prisioneros, todos padres de familia, hombres honrados y sencillos, que los mas nunca habian disparado una arma de fuego, y habian acudido allí al llamamiento de las autoridades. El cura de Grado salió herido, pero tuvo la fortuna de que lo salvase en hombros uno de sus feligreses, que vivió hasta hace dos años.

(4) Todo este pasaje es supuesto para disculpar los destrozos causados en Oviedo por las tropas de Ney. No hubo tal populacho, tales saqueos, ni tal resistencia en las calles. Del campo de San Francisco salieron como una docena de tiros á la avanzada francesa al asomar por la Argañosa, motivo que bastó para que la soldadesca extranjera con la aquiescencia de sus jefes atropellasen las casas, robando y destrozando cuanto habia en ellas y dejando tendidos por las calles una porcion de vecinos, la mayor parte ancianos ó impedidos que no pudieron seguir á los que buscaron auxilio en las montañas huyendo de las matanzas de los franceses.

(5) Fué en el bergantin de guerra *Palomo*, que enderezó el rumbo á Figueras, donde tomó tierra el marqués de la Romana sin llevar consigo la Junta, si no sus ayudantes y comitiva.

El general Kellermann podrá muy bien tener en sujecion á Astúrias con 6 ó 7,000 hombres, pues segun pude colegir en los breves momentos que llevo aquí, el país parece cansado de la guerra, la Romana y demás caudillos detestados, y no creo vuelvan á aparecer en la escena.

Sin que me sea posible ofrecer á V. M. una nota expresiva de los nombres de los oficiales y soldados que se han hecho acreedores á recompensa por su buen comportamiento, me creo en el deber de hacer mencion de los que á mi vista mas se han señalado. El general Mauricio Mathieu desplegó tanta actividad como celo para contrarestar toda clase de obstáculos. Tiene gran capacidad, hallase cubierto de heridas, es uno de los generales de division mas antiguos, y así ruego á V. M. se sirva concederle la gran águila de la legion de honor. Suplico igualmente á V. M. la condecoracion de legionario para M. Gorse, jóven oficial de artilleria de mucho mérito, que tirándose vestido al rio pudo sacar á nado, á riesgo de la vida, á un maestro aposentador que estaba á punto de perecer: la distincion de oficial de la misma legion para M. Mase-navi, capitán de carabineros del 5.º ligero, por una accion igual; y en cuanto al coronel de artilleria Digeon, que tantas pruebas ha dado de aptitud y actividad, desearia que se le nombrase general de brigada; pero el oficial sobre que particularmente llamo la atencion de V. M. es M. Villard, comandante del batallon de volteadores de la vanguardia, uno de los mas bizarros soldados que tiene el Emperador, el cual al conducir su gente con un atrevimiento poco comun, recibió una herida en el puente de Peñafior que es la cincuentésima que tiene su cuerpo, y lo recomiendo para algun ascenso.

Es cosa difícil calcular las pérdidas que sufrió el enemigo, bien que debieron ser enormes, si atendemos á que todo el camino que hay desde el Narcea á Oviedo ha quedado cubierto de cadáveres, porque los soldados escandecidos apenas hacian prisioneros (1). De la pérdida por nuestra parte, apenas hay que hablar. Recogimos al paso bastantes soldados pertenecientes al 6.º ligero y de varios otros regimientos del 2.º cuerpo de ejército (2).

Tengo el honor de remitir á manos de V. M. el parte detallado que me dirige el general Mauricio Mathieu, rogándole se sirva mandar sacar copia y pasarla al ministro de la Guerra.

El parte que se cita de Mathieu es como sigue:

«Oviedo 21 de Mayo de 1808.

Señor mariscal: Con sujecion á las disposiciones de V. E., las tropas destinadas á obrar sobre Astúrias, formadas de las brigadas á las órdenes de los generales Larcey, Labassée, Marcognet y Bardet, salieron el 13 del corriente de Lugo, yendo á pernoctar mas allá de Valdepedroso, y al dia siguiente á Navia de Suarna. El 15 la vanguardia se alojó en Llanelo, la brigada Marcognet en Fondo de Villa, y la de Bardet en Fresno (3). Esta jornada fué sumamente penosa á causa de las montañas escarpadas y caminos intransitables que hubo que atravesar.

La division entró el 16 en Cangas de Tineo, alojándose la vanguardia en el convento de Corias, despues de una jornada de siete leguas del país, que equivalen á cerca de siete postas de Francia, por montes de malísimo acceso.

A la una de la madrugada del 18 mandé una avanzada que siguiese á Cornellana para coger las barcas del rio Narcea. Esta precaucion, tomada en virtud de las órdenes de V. E., vino muy á tiempo, puesto que acabado de pasar la vanguardia á la otra orilla, encontraron las alturas que están al cuarto de legua de Cornellana un cuerpo enemigo que venia á destruir las barcas é impedirnos así el paso del rio (4). Este fué arrollado con pérdida de muchos de los suyos, y perseguido hasta Grado por los húsares del 5.º, que llegaron bastante á tiempo para librar muchos franceses prisioneros de guerra y coger un almacén de bebidas y otros objetos. Un cuerpo como de 1,000 españoles, con dos cañones, ocupaba el puente de Peñafior, sobre el rio Nalon, que es muy fuerte y susceptible de una buena defensa; mandó V. E. tomarla inmediatamente con su vanguardia al general Lorcet, que logró dar muerte á 500 hombres poco mas ó menos, y coger los dos cañones. Por nuestra parte hubo dos hombres muertos y 18 heridos, aunque los mas levemente. Entre estos lo fué el comandante del batallon de volteadores Mr. Villard, creo que por la cincuentena

(1) Al fin es Ney el que habla para que no se diga que los españoles suponen ó abultan las crueldades cometidas en España por las tropas francesas. Desde el Narcea á Oviedo hay seis leguas, y esas seis leguas por confesion del mariscal quedaron sembradas de cadáveres. Mas no se vaya á creer que tan espantable matanza recayó sobre gente cogida con las armas en la mano, que alguna, aunque poca disculpa tendria, encontrando la causa en las inhumanas leyes de la guerra francesa; muy raros los que perecieron defendiéndose; casi todos murieron asesinados en sus casas, en los caminos, y hasta en el elche que no les fué dado abandonar por la vejez ó los achaques. Grado, que no hizo resistencia, y que habia hecho amigable y caritativa acogida á los franceses prisioneros en Villafranca, que estuvieron allí tres meses, no se libró por eso de ser cruel é impiamente tratado. Todos los habitantes que pudieron escapar lo hicieron; los que no, fueron bárbaramente inmolados, contándose entre las víctimas tres mujeres, una de 80 años que andaba apoyada en dos muletas, las otras en la cama atacadas de una fiebre ardiente, y allí murieron al furor bestial de los invasores. El saqueo fué general, inutilizando todo aquello que no podian llevar los soldados; profanáronse los templos, é iguales desastres padecieron los pueblos del contorno. ¡Siempre será para Grado, dolorosísima la memoria del 18 de Mayo de 1808!

(2) Estos bastantes soldados rescatados, eran como unos ocho de los prisioneros que quedaron en Grado enfermos, y pocos mas de la misma clase en Oviedo. Esto prueba que los españoles daban cuartel, y que no procedian como los franceses de Ney, que lo negaron, segun él lo afirma, á cuantos encontraron desde el Narcea á Oviedo armados ó desarmados.

(3) Llanelo, Fondo de Villa y Fresno, son lugares de la parroquia de Tormaléo.

(4) El cuerpo enemigo lo componian cuatro compañías de reclutas del regimiento de Luarca, y un centenar poco mas ó menos de paisanos que se colocaron en la altura del Fresno, y dispararon algunos tiros á las avanzadas enemigas que subian por el camino de Dóriga y San Marcelo. No hubo un muerto ni herido de una ni otra parte, por mas que otra cosa digan los generales franceses.

vez: es un oficial de los mas distinguidos, valiente entre los valientes, y digno de todo respeto.

El enemigo ha sido perseguido hasta mas allá del puente de Gallegos sobre el Nova, en cuya operacion fué muerto Mr. Durdant, ayudante de campo del general Lorcet, oficial muy apreciable. Los capitanes Marion La Jose y Croutelles, el primero de la clase de adjuntos; el subteniente Morelles, y Husson sargento, aquellos cuatro del 25 de infanteria de linea, el capitán Dupuy, y los subtenientes Laroche y Victor, pertenecientes al 27 tambien de linea, se han distinguido particularmente.

Mientras la vanguardia lanzaba de todos los puntos al enemigo y se señoreaba de sus posiciones, las otras brigadas iban pasando el Narcea y emprendiendo la marcha para situarse en Peñafior, verificandolo con la mayor prontitud, haciéndose por parte de los generales Lorcet, Labassée y Marcognet lo mismo que por la tropa de su mando, toda clase de esfuerzos para traer los enemigos á una accion.

El 19 la division se dirigió á Oviedo, de donde, tanto el marqués de la Romana como los individuos que forman la junta, habian salido la vispera. El paisanaje que por la mañana habia saqueado la ciudad, embriagado despues, disparó algunos fusilazos, por lo que fueron acuchillados (1). Un cañon de bronce que los españoles habian colocado sobre el puente de Gallegos cayó en nuestro poder á una legua de Oviedo.

Posesionados ya de esta ciudad, mandé al tenor de las instrucciones de V. E., que Larcet con la vanguardia marchase á Gijon y Valdornon, la brigada Labassée á Pravia, quedando en Oviedo las de Marcognet y Bardet que habian llegado á las 10 de la noche. En el camino de Gijon se presentaron varios pelotones enemigos, que fueron acometidos y acuchillados. Tambien, siguiendo las órdenes de V. E., mandé el 20 sobre Avilés la brigada Marcognet, y yo me encaminé á Gijon con la vanguardia y la brigada Labassée, dejando en Oviedo de reserva la de Burdet practicando reconocimientos hácia la Pola de Lena para procurar noticias del general Kellermann.

A corta distancia de Gijon, 400 enemigos que habian quedado allí, nos dirigieron tres cañonazos, pero habiendo maniobrado nuestra tropa en disposicion de tomarles los caminos que conducen á Villaviciosa y Candás, con intento de cortarles la retirada, huyeron apresuradamente hácia la primera de dichas villas, habiéndoles cogido ó muerto algunos de sus rezagados, entrando nosotros seguidamente en Gijon, donde habia 12 cañones, muchas municiones y un bergantín inglés con cargamento de pertrechos para los insurgentes, al que habian prendido fuego y estaba aun ardiendo.

Al llegar cerca de Avilés el general Marcognet, se le pusieron delante como unos 1,000 asturianos, la mayor parte con uniforme, intentando defender la villa, y fueron casi todos muertos. El coronel que los mandaba es un militar retirado, que quedó herido y prisionero: expone haber sido obligado por los insurgentes á ponerse á su cabeza. La compañía del regimiento de dragones número 25, al mando del capitán Clavel, hizo terrible destrozo en los sublevados (2).

Dos dias há que la Romana, abandonando su ejército y el país, sobre el cual atrajo todos los males de la guerra, se embarcó en Gijon. La rapidez con que V. E. dispuso las marchas, causó tal desconcierto al enemigo, que no supo hacernos cara. V. E. habia calculado perfectamente cuánto importaba cruzar pronto el Narcea y tomar el puente de Peñafior: dos horas mas de retardo hubiera dado lugar á ser este cortado é inutilizadas las barcas de Cornellana, deteniendo nuestra marcha, y dando con ello lugar al enemigo para volver en sí, y reconcentrar sus numerosas tropas, en el día sin jefe y desmembradas en todas partes.

Así, pues, este Principado, coto del Norte de España, que se evaneció de haber arrojado de su suelo á los moros, ha visto por las sabias combinaciones de V. E., en un instante caer sobre él con la rapidez del rayo el ejército francés, no dejando otro recurso á su anárquico gobierno y á sus jefes militares que el de una fuga precipitada y vergonzosa.

V. E., que ha visto y dirigido las operaciones, es testigo del celo y eficacia de generales, oficiales y soldados, que desde nuestra salida de Galicia no han disfrutado un momento de descanso, y me tomo por tanto la libertad de recomendarlos á vuestra benevolencia. La compañía de volteadores mandada á la Pola de Lena, á las órdenes de M. Springling, capitán agregado, tuvo un encuentro con 500 hombres, que batidos ya por el general Kellermann, venian retirándose sobre Oviedo. Los atacó y puso en dispersion, matando unos 50.

Mortier á Jourdan mayor general del rey José:
Valladolid 24 de Mayo de 1809.

Tuve el honor de escribir ayer á V. E. participándole que habíamos entrado en Oviedo, y que era de esperar que la Romana, que se retiró á Gijon, cayese prisionero ó se viese forzado á embarcarse. Hé aquí en extracto al

(1) Nótese que aquí no se dice lo de resistencia en todas las calles, sino algunos fusilazos de gente ebria. No debe extrañarse que la circunstancia de estar privada de razon, y la de no haber ocasionado con los pocos tiros que se dispararon la menor desgracia, las pusiese á cubierto de la saña del enemigo, cuando el que habla es el general Mauricio Mathieu, uno de los atroces entre los atroces que mandó acá Napoleon.

(2) En este lamentable encuentro no hubo uniformes, fuera acaso del de algun retirado que allí acudiese. Todos eran paisanos de Gizon, Carreño, Corvera y pueblos circunvecinos, que armados de chuzos, hoces, guadañas y hasta con ondas y palos, salieron en tropel, sin saber quién los mandaba, á esperar los franceses á un castaño donde podia maniobrar la caballería, pudiendo escoger en las inmediaciones puntos mejor situados para no exponerse á los efectos de esta arma mortífera, y asegurar la retirada. Los dragones echáronse sobre las masas de paisanos, que muy pronto se dispersaron, y no teniendo estos paraje cercano donde guarecerse, pocos quedaron que no fuesen degollados, aunque los hubo que se rindieron implorando en vano la clemencia del extranjero vencedor, que quiso que la sangre asturiana corriese largamente para que decayese el ánimo y no hubiese ya valor para resistir su ominosa dominación.

pormenor de lo que el general Kellermann desde la Pola de Lena con fecha 20 del actual me participa:

Llegó temprano el 19 á Villasilpiz, cuyo puente encontró cortado, y el camino de uno y otro lado del Bernesga poco menos que intransitable absolutamente. Fúele preciso derribar árboles para habilitar el puente; pero como á pesar del celo y actividad empleados, la obra no podia concluirse antes de veinticuatro horas, dispuso el general que el ayudante comandante Barthelemy, su jefe de estado mayor, con tres batallones de la vanguardia desfilase del modo que mejor pudiera por la derecha, y que al propio tiempo otros dos batallones, pasando por la izquierda, flanqueasen una montaña que hay con corta diferencia como la de Bard. El resto de la infanteria y el regimiento núm. 11 de dragones tomaron igual direccion.

El comandante Barthelemy encontró al enemigo en Villanueva, donde habia reunidos cinco batallones con una fuerza total de 2,500 hombres, mandados por el general Mangano, los que al observar que se tomaban disposiciones para atacarlos, abandonaron la posicion sin disparar un tiro, habiéndoles perseguido hasta cerca de las alturas de Arbas, en que tenian algunos mal contruidos atrincheramientos. El comandante los acometió desde luego, y el enemigo echó á huir, dejando en el campo 100 hombres muertos y muchos heridos.

Concentrado el enemigo en el alto de Pajares, quiso hacer frente, pero fué bien pronto acometido y envuelto; de modo que los españoles y nuestros soldados entraron mezclados en el pueblo de Pajares. En esta accion, sostenida solamente por la vanguardia, han tenido los insurgentes una pérdida de 500 á 400 muertos y heridos con 20 oficiales. La nuestra consistió únicamente en 8 de los primeros y 50 de los segundos, bien que los mas de poca gravedad.

El general Kellermann hace el mayor elogio del celo, inteligencia y resolucion de Mr. Barthelemy, del mayor Lautin, del comandante Milliot perteneciente al regimiento de número 12 de infanteria ligera, de este mismo cuerpo que se distinguió particularmente, y del sargento Douset del regimiento número 12 que se apoderó de una bandera, dando muerte al que la llevaba, y hace tambien honrosa mención del coronel de artilleria Doenne que con celo infatigable abrió paso á los cañones por caminos difíciles.

El 20 bajó de Pajares el general Kellermann, y llegó sin obstáculo á la Pola de Lena, donde encontró un puesto avanzado del mariscal Ney que el día antes habia entrado en Oviedo, despues de haber tenido un pequeño encuentro con mil españoles que disponian de 2 cañones. El mismo día se trasladó Kellermann con parte de su division á aquella ciudad. Una de las brigadas del 5.º cuerpo se quedó en Mieres, y otra no salió de Leon. Acabó de tener noticia de que los regimientos 116 y 117 de infanteria estaban en camino para Zaragoza.

Por aviso particular sé que la Romana se embarcó en Gijon: que el obispo de Oviedo salió á recibir á Mr. el duque de Elchingen (Ney) para prestar obediencia, sobre cuyos incidentes espero pormenores para trasladarlo á V. E.

JOSE ARIAS MIRANDA.

LA MUERTE DE CESAR,

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS POR D. VENTURA DE LA VEGA.

La crítica española se halla hoy en presencia de un gran acontecimiento literario, y se halla desgraciadamente sola, sin poder inspirarse en la opinion pública, en ese gran jurado de indisputable competencia. Esto nos sugiere afectos encontrados y reflexiones bien diversas: nos conduce hasta el entusiasmo la aparicion de una tragedia como la de *Julio César*, y nos hunde en el desconsuelo la desaparicion casi completa del arte escénico; nos prueba que aun no se ha eclipsado para nosotros la luz de esa brillante pléyade de escritores contemporáneos, á cuya cabeza hemos admirado á los Vega, Hartzembusch, García Gutierrez, Zorrilla, Breton de los Herreros y Ayala; y nos convence de que el teatro ya no abre las puertas á las altas concepciones del ingenio humano, porque no tiene en su recinto aquellos elevados intérpretes que avaloraban, que subian tal vez de valor, las situaciones, los diálogos y los parlamentos dramáticos. La religion vive; los sacerdotes ya no existen.

La evidencia y la importancia de este mal se hallan en el sentido comun de los que todavía se ocupan de estas materias; y sube de punto el dolor cuando se piensa en que el teatro, cualquiera que sea la influencia que imprima ó reciba de las costumbres, es uno de los pocos géneros que han sobrevivido á la liquidacion general, á la casi completa quiebra de la poesía. Mas ¿á quién se ha de imputar la decadencia del teatro nacional? ¿A la época en que vivimos? Ciertamente es que está saturada de pensamientos políticos, de desengaños y de aspiraciones hácia los intereses materiales; pero no lo es menos que proclama y practica la tolerancia, que acepta todo linaje de enseñanzas, que vive en todos los refinamientos del lujo, que rinde culto á todos los talentos, que protege todos los movimientos nobles del espíritu, que no está destituida del ateísmo necesario para apropiarse la belleza. ¿A los gobiernos? Méenos todavía; éstos amparan sin restriccion todos los frutos desamparados del ingenio, aseguran á este altos derechos de propiedad, le subvencionan, hasta le secuestran en sus oficinas para afianzarle la tranquilidad necesaria ó conveniente á la produccion, punto menos que como se hacia con el famoso Delavigne, quien por otra parte no tenia mas negociado sino firmar su propia nómina. ¿Al público? No aplicaremos á este propósito la conocida fábula de Iriarte; pero si diremos que, aunque hoy faltara en los espectadores aquella paciente devocion, aquel instinto poético que permitió apreciar en otro tiempo los delicados pormenores y los altos vuelos de Lope de Vega y sus discípulos; aunque hoy se tomara la poesía dramática como cuestion de mero pasatiempo; aunque la multitud, y por consiguiente la indecision de los géneros, fuese un obstáculo á la formacion de un recto criterio; aunque se buscara en el teatro un cierto deleite sensual como el que se esconde en el espectáculo lírico; aunque se apetecieran manjares de fácil digestion, como las comedias políticas, las de Moratin, ó los bellos cuadros de Scribe; siempre responderia en favor del público de nuestros dias el éxito concedido á obras que, como el *Tanto por Ciento*, como lo *Positivo*, descuellan, ó por lo elevado del pensamiento y de los resortes escéni-

cos, ó por lo atildado del desempeño literario. ¿A la crítica? Dura es y descontentadiza en mas de una ocasion, injusta y hasta ininteligente cada y cuando se propone reducir á la condicion de plagiarios á nuestros mas viriles escritores; pero en general es tan noble y tan benigna para con las obras de bella literatura, cuanto es difícil y ambiciosa en las de mas momento, y es muy comun el que se incline del lado de las obras dramáticas que están sobre el nivel del público, contradiciendo á veces la frialdad con que este las recibe. ¿A los actores? No los declaramos sino con causas del decaimiento teatral; pero es lo cierto que los primeros de entre ellos, á quienes todavía vemos con gusto en la escena, sobre todo cuando Valero nos dá el *Luis XI*, Arjona el *Si de las niñas*, Romea el *Sullivan*, Teodora Lamadrid la *Adriana*, la Dardalla la *Payesa de Sarriá*, y la Hijosa la *Oracion de la tarde*; no solamente juegan en órbitas distintas sin que nunca se hayan puesto en conjuncion, ni aun cuando se creó, tal vez con este intento, el teatro español, pero ni aun han conseguido formarse tales discípulos que permitan esperar mejores dias á nuestra escena.

Tan grave se presenta á nuestros ojos este mal, ya considerado en sí mismo, ya con relacion á los tiempos que alcanzamos, que todo remedio, por heroico ó por indirecto que sea, tenemos para nosotros que ha de gozar de universales simpatías, y por eso ha excitado todas las nuestras el pensamiento del Sr. Asquerino, y hasta nos ha parecido bien el arranque del Sr. Eguilaz, si bien deplorando que un hombre de su exquisita sensibilidad y de su recto juicio depreciase en algun modo el mas magnífico, el mas intenso, el mas potente y el mas acabado de los espectáculos.

Larga podria ser la explanation de las ideas que llevamos de intento condensadas, mas no siendo ellas el objeto principal ni aun accesorio de este artículo, han de tomarse á desahogo de quien, idólatra de la literatura dramática, favorable al estado que hoy tiene la poesía, deseoso de su mayor desarrollo, y fácil al sentimiento y al amor de la belleza, no ha podido examinar sin pena el fenómeno de que en nuestros dias se haya producido, fuera de época, una tragedia tan importante como la *Muerte de Julio César*, y que, destinada por su autor á la representacion, haya venido á renunciar á esta natural y espléndida publicidad, habiendo de contentarse con que, entrada en el mundo sin bautismo, sea juzgada solitariamente como obra de gabinete y como por escrutinio secreto, cuando estaba indudablemente destinada á la aclamacion por unanimidad en el sufragio universal.

La crítica, como ya hemos indicado, entra desanimada en este exámen, y entra sobre todo á medio instruir, porque ignora ciertas cantidades diferenciales que resultan de la lectura á la representacion; cantidades que el Sr. Vega computa cabalmente con una habilidad nada comun. Figurándonos, pues, el efecto de algunos cuadros, el resultado de algunos movimientos escénicos, la importancia teatral de algunos bellos trozos de alta poesía; figurándonos llenos los huecos que dejó el arquitecto para que el actor pusiera algo de su parte, y para que el señor Barbieri, por ejemplo, diese realce á las fiestas lupercales, en cuya empresa le habrán asistido ciertamente la inspiracion que todos le conocemos y la instruccion histórico-musical que vá laboriosamente atesorando, vamos á exponer nuestro humilde juicio acerca de la nueva tragedia, aunque acaso ya no tan extenso como al proemio conviniere.

No discutiremos sobre el carácter de la obra, porque hoy no se exige del poema escénico sino el que cumpla con las leyes de su argumento. La etimología de la voz *tragedia* no le imprime carácter alguno; y en cuanto al ejemplo que nos presentan los principales teatros modernos, se advierte que los españoles con el nombre de comedia, los ingleses con el de drama y los franceses con el de tragedia, manejan asuntos comunes, excitando iguales afectos; que cada uno de esos teatros daba un corte inflexible á sus obras, corte inconveniente á muchas de ellas, y que no se fundaba ni en la naturaleza, ni en la imitacion de la antigüedad; que, en medio de esas diferencias de forma, pasaban con facilidad al teatro clásico francés los dramas españoles é ingleses, principalmente los primeros; que hoy el drama ha sucedido á la tragedia, ó esta se ha hecho una especie en aquel género, modificada como ya venia desde los tiempos de Voltaire, y admitida á la libre plática en nuestros coliseos sin mas patente que la de su bondad, la cual consiste, no en la observancia de las reglas absurdas que encadenaron á Corneille y sus discípulos, sino en el estudio de la época del drama y de la época de su composicion, armonía que nunca alcanzaron los siglos de oro, y que se alcanza en estos que corremos. En España, en donde siempre fué exótico el clasicismo, hubo tragedias; pero en general, tan malas como las de Argensola, que solo pudieron parecer admirables al bueno de Cervantes; son, sin embargo, de alabar, pero ya casi en nuestros dias, la *Raquel*, *D. Tello de Neira*, el *Edipo* y tal cual otra, y no son para despreciadas, sino para muy agradecidas, las que han producido Gil y Zárate, Zorrilla, Diaz, la Avellaneda, Tamayo y algunos mas, aunque sin llegar ninguno, con ser grandes poetas, al autor de *La muerte de Julio César*.

Omitiremos trazar un cuadro histórico de aquella gran figura dominante en aquella robusta sociedad, porque esto pareceria ocioso á los mas de nuestros lectores, y nos retardaria el exámen de la tragedia del Sr. de Vega; pero consideramos necesario, no ya como uno de tantos preliminares, sino como parte muy íntima de este juicio crítico, exponer sucintamente la conducta dramática de los mas célebres autores entre los que han llevado aquel gran carácter á la escena. Dejando á un lado las obras del duque Buckingham, de Conti, de madama Barbieri y algunas otras en que César no está pintado, sino, digámoslo así, de perfil, se ofrecen á nuestra vista tres grandes pintores, Shakspeare, Voltaire y Alfieri, en tres grandes literaturas, la inglesa, la francesa, y la italiana.

Shakspeare es el primero en el órden cronológico y en el órden artístico; sus figuras son de bulto; están fuertemente acentuadas; presentan muy pronunciados todos sus músculos, y sin obedecer á escuela alguna, han recibido de su autor el fuego de la vida. Aquí el pintor es escultor, y el escultor es Miguel Ángel.

El plan de Shakspeare es el siguiente: El pueblo romano está de fiesta; los tribunos condenan aquella alegría insensata en favor de César; Casio se burla de la pequeñez humana de aquel hombre endiosado; el vencedor desoye á los adivinos que le anuncian fatídicamente los días de Marzo; rehusa por tres veces la corona que le ofrece Antonio y que él necesitaba supersticiosamente para lidiar contra los parios; tiene que humillarse ante la familiar reprobacion de la plebe pero aplazando su coronacion por el Senado; la naturaleza parece indignada contra aquel hombre ó contra aquel pueblo; todos han visto sin nuestros augurios; las tempestades del cielo se relacionan con las tempestades del alma, y Casio es el génio dominante que en medio de aquel caos ordena y teje los hilos de la conspiracion mas formidable. Bruto recibe un papel anónimo de Casio con aquellas palabras: «¡duermes! Habla, hereje; se pone á disposicion de los enemigos de César, aunque sin odio, aunque tal vez con admiracion hácia el tirano; César desoye en tanto los prodigios que le refiere Calpurnia y los vaticinios de los augures, y si bien eede negligentemente á las lágrimas de aquella mu-

jer desventurada, acaba por vestirse la toga y dirigirse al Capitolio. Nada le detiene en su fatal camino; y sin desdoblarse un papel en que el poeta Artemidoro le denunciaba nominalmente a los conspiradores, se pone en medio de ellos y aun desafía sus iras negándose a levantar el destierro del hermano de Metelo, que uno tras otro le habían todos suplicado. Todos menos uno: Casio apela a la elocuencia del puñal; síguenle otros, y cuando Bruto hiere a César, este se rinde a su destino. La turbación que á esto sucede es tan espantosa como si viniese el fin del mundo: Bruto se ve necesitado de sincerarse ante el pueblo y lo consigue; pero M. Antonio exalta de tal manera en el Forum el mérito de César, expone tan hábilmente las liberalidades con que iba á hacer felices á los romanos legando á cada uno setenta y cinco dracmas y regalando á todos sus jardines, los empapa tanto en el horror contra los asesinos, mostrando las heridas, aun vivas, de César, y diciendo que á cada una daría con la elocuencia de Bruto voz bastante para levantar hasta á las piedras; que el pueblo desbordado se lanza contra sus enemigos, huyendo precipitadamente Casio y Bruto, á tiempo que llegan, para ayudar á Antonio, Octavio y Lepido. Mientras decreta venganzas al triunvirato y se dispone á perseguir á Bruto y Casio puestos en armas, reconviene aquel á este harto duramente por sus exacciones y rapiñas; humíllase Casio; surge la fraternidad del fondo de las copas, y decididos á no esperar, sino á buscar al enemigo, Bruto pide á Lucio que cante al harpa, se entrega después á la lectura y ve la temerosa sangre de César que le emplaza para Filopos. En aquellas llanuras se da la gran batalla, algun trecho con varia fortuna; pero Casio, que la siente contraria, hace que Pindaro le mate con la espada que atravesó el cuerpo de César, y Bruto, no hallando quien le mate, se traspasa el corazón, exclamando: ¡Ólimate, César!

La obra está dividida en cinco actos, y estos en cuadros, que el autor denomina escenas, y son tantas, que en el último acto hay cinco mutaciones, corriendo la acción de una á otra parte de los campamentos, exactamente como en el teatro de Lope: está escrita en prosa y verso, como nuestros primeros dramas del romanticismo contemporáneo: pone en juego á cerca de cuarenta personas, como el moderno melodrama francés; habla de demonios, alquimia y batallones aéreos, con otros pormenores fuera de época, como los teatros todos de nuestros siglos de oro, hace salir aprisa la sangre de César para ver si Bruto es quien la abrió las heridas, como Góngora: prolonga con exceso el desenlace á despecho de las conveniencias dramáticas, como el teatro antiguo español cuando se eleva al drama histórico ó filosófico. Pero en cambio, ¡qué retratos! ¡qué pormenores! ¡qué imaginación! ¡qué profundidad! ¡qué elocuencia! ¡qué maestría en todos los toques! Nada más bello que la arenga de M. Bruto manchado aun con la sangre de César, y nada tan admirable como la que le sigue de M. Antonio, en donde todo compete, la habilidad con la fuerza, la lógica con la poesía. Hay sobre todo un brio de dición, una brillantez de colorido que seducen: Casio dice á Bruto, á la sazón indeciso, que César no es mas que un hombre, que en España tuvo fiebre y el Dios temblaba y pedía agua como una niña: César dice de Casio que es temible porque es flaco, melancólico, in-artístico y amigo de lecturas: Casca, refiriendo la farsa en que César rehusó la corona, habla de la fetidez de las bocas del populacho, de que Ciceron habló en griego, de que hubo aplausos y silbidos como en el teatro, de que César pidió perdón al pueblo y cuatro mujeres se le concedieron: Casio dice de Casca que tiene una grosería aparente, que hace digerir sus palabras con mejor apetito; de César, que si él es lobo es que los ha visto á ellos corderos; de los romanos, que tienen músculos y miembros como sus antepasados, pero que son un pueblo de mujeres: Bruto dice de César que es preciso matar el huevo de serpiente en la cáscara, de sí mismo que su corazón es un pequeño reino insurreccionado, de Ciceron que con aquel hombre cano es imposible contar, pues él no entra en empresas comenzadas por otros: César, atrevido, confiado, inteligente y lleno de galantería, dice que él y el peligro nacieron leones en un día, pero que él es el mayor: Casio, increpado por Bruto, contesta que preferiría acufiar su corazón y fundir su sangre en dracmas antes que armar por malos medios el miserable óbolo de las manos ásperas del pueblo.

Voltaire, hombre de muy varia lectura, de suma sensibilidad y de no comun gusto literario, sirvió poderosamente á la literatura francesa en todas sus manifestaciones; y aunque demasiado clásico, y por consiguiente un poco falso, importó en Francia á su vuelta de Inglaterra, no solo la física de Newton y la filosofía y política de Locke, sino lo que era aun mas atrevido, el teatro de Shakespeare. No conocido en siglo y medio por los franceses, fué ahora, á favor de las imitaciones, y una de las mas bellas es la *Muerte de César* de Voltaire. Este autor mejoró á Shakespeare, desenlazando la tragedia con la arenga de Antonio, concentrando la acción y aun reduciéndola á ciertos términos de unidad, ennobleciendo en general la frase, suprimiendo algunos personajes, dando á conocer á Bruto la paternidad de César, y evitando, tal vez con exceso, el horror prolongado de verificarse varias escenas á la presencia de un cadáver ensangrentado; pero le empeoró destruyendo en algun modo la variedad de la unidad, privando á los personajes de cierto aire de frescura y de personalidad, omitiendo el fondo en el cuadro, beneficiando muy poco la nueva fase en que entra Bruto desde que sabe que César es su padre, y acompañando demasiado el estilo contra lo que pide una obra histórica de tan variados pormenores. En el primer acto César intenta de los senadores la corona, opónensele, principalmente Bruto; Antonio le excita á la venganza y al castigo, (que no caben en el pecho de César: en el segundo Antonio, sabedor de que Bruto es hijo de César, trata de vencerle, y dicele al fin: «Quieres ser un héroe y te conviertes en un bárbaro.» Bruto «busca á Roma en Roma y no la encuentra» (recuerdo de uno de nuestros grandes poetas), lee al pie de la estatua de Pompeyo aquella famosa interrogación de *Juvenal*, «Bruto? y allí mismo, contándole los conspiradores la escena teatral de rehusar César la corona, jura matarle; pero detenido por César que le entrega la carta de Servilia, y con ella el secreto lazo que los une, se decide á salvar si es posible á César y á los romanos: en el tercero revela Bruto á los conjurados ese misterio que le atribula, recibe de ellos fuerza, vá á César, se le arroja y llora, le dice que con el nombre de rey le detestara, y con el de ciudadano le adorara como á un Dios, á lo cual replica profundamente Julio César: «Nuestras costumbres cambian, y es preciso que cambien nuestras leyes.» Dolabella intenta detener á César, y arenga porque le aceman; pero en vano, porque á poco salen asesinos los que habían entrado senadores, y M. Antonio acaba la obra en una preciosa escena calcada toda sobre la de Shakespeare, que califica Voltaire como el mas bello modelo de elocuencia.

Alfieri, que vino á llenar en el siglo XVIII el vacío inexplicable de la Italia del siglo de oro, pertenecía de todo en todo á la escuela de Voltaire; y en París, y en el memorable año de 1789, dedicó al *pueblo italiano futuro* su tragedia *Bruto Segundo*. Su primer acto carece de todo artificio, tiene una sola escena y se reduce á las arengas que, por su orden y sin la animación del diálogo, dirigen sucesivamente (al público) César, Cimbro, Antonio, Casio, Ciceron y Bruto: el segundo hace destacar á Casio y Ciceron, y mas tarde á Bruto, el cual desea

para César que sea «el primero de los hombres y aun de los romanos, sin ser sino un ciudadano de Roma:» el tercero presenta á M. Antonio procurando inútilmente poner temor en César, y á este saludando á Bruto como hijo después de darle la carta de su madre, pero sin recabar de él sino el que diga que «Roma es sublime madre, y que el primer Bruto es su padre:» el cuarto ofrece á Casio, que dá fuerza á aquella especie de ferocidad, diciendo á Bruto que «de sí mismo debe ser hijo,» el cual, por su parte, después de contar (copiando á Shakespeare) que su esposa Porcia se ha herido con un estilete para probar que no es mujer á los secretos, conferencia con Antonio y le aplaza para el Senado, en donde «hará revivir á Roma y con Roma á César:» el último nos muestra una sesión en la curia de Pompeyo; Bruto es el primero en blandir el puñal; Casio sale contra Antonio, y todos marchan al Capitolio á buscar la libertad ó la muerte.—Inferior á Shakespeare y á Voltaire, es Alfieri más declamador, mas frío, más agreste, menos dramático, y también menos verdadero: él de sí confiesa que en su tragedia se habla más que se obra, y para disculpar la audacia de corregir á sus maestros en la supresión de la escena final de M. Antonio, dice que, además de prolongar la acción, daría á la obra un carácter menos liberal, sobre que (añade) las otras tragedias se titulan *César* y esta *Bruto*.

D. José María Niz imprimió y dedicó en 1841 al actor Latorre un *Julio César*: la época no era todavía á propósito para la tragedia, y el autor no estaba en toda la sazón de su gran talento trágico; y sin embargo, supo inventar mucho é imitar algo, resultando al fin la suya una obra que merece estimación.—La trama se reduce á lo siguiente: Junio, pupila de Bruto, ama tiernamente á César, el cual, por medio de ella, brinda con su alianza á Bruto, pero este la rechaza y exclama, anticipando un poco la acción, «el primer golpe le dará mi mano:» Antonio celebra alegremente un banquete, al cual asisten César meditabundo y sus enemigos inflexibles, regala á Casio su esclava española Arionada, la cual canta á César la profecía de que el cetro le abrirá la tumba; César pide á Junio, Bruto se la niega, y se separan citándose los unos para el Senado, á la luz del día, los otros al panteon de Bruto, á media noche: allí, escondida Junio tras el sepulcro de Pompeyo, oye el plan de los conspiradores, y descubierta por Bruto, confiesa que ama á César y que le defenderá, pero jura al fin callar cuando Bruto la dice que es hija de Pompeyo, asesinado por los parciales de César, á pesar de esta promesa, triunfa en ella el amor y avisa á César; pero ni esto, ni los vaticinios de los sacerdotes, que trabajan á la vista del público, ni la presencia de Q. Ligario, que habia ofrecido no verle hasta el día de la muerte de uno de los dos, no son parte á detenerle; y pasando por entre el pueblo, agitado en varios sentidos, y sin que le detengan ni el sacerdote que le habla desde el fondo, ni Junio que se le arroja, penetra en la Curia de Pompeyo, recibe la muerte, y cuando Bruto sale con la espada desnuda, el pueblo la besa, y cuando aquel pregunta: «¿quién me absuelve?» Casio, dirigiéndose al pueblo, arrodillado, le contesta: «El amor de los romanos.»—El tinte romántico no puede ser mas pronunciado, aunque la obra conserva todas las apariencias de la tragedia pura: de Shakespeare hay imitaciones al pormenor, y la aparición de Q. Ligario está acaso mejorada; por otra parte hay cierta doblez vergonzosa en los conspiradores, hasta en el último instante, y, como se ha visto, se imita el desenlace de Alfieri.

Con estos precedentes ha entrado en honrosa palestra el autor del *Hombre Mundo*, á quien probablemente habrá ya de llamarse el autor de *Julio César*. Esta gran tragedia, leída hasta aquí por su autor en dos reuniones literarias, en una teatral, y finalmente en el palacio de nuestros reyes, acaba de recibir, no la publicidad escénica á que aspiraba, sino la publicidad de la impresión. Todos podemos hoy leerla; y después de admirarla (porque no puede ser leída sin ser admirada, como decía Larra de Balzac), todos podemos emitir nuestra opinión, supuesto que la prensa, con circunspección muy delicada, se abstuvo de entrar en pormenores sobre ella cuando ya la tenia conocida, sin duda para dejarla intacta al juicio público que habia de formularse sobre la escena ó sobre el libro.

Empezaremos, segun nuestra costumbre, por extractar la tragedia, pues de esta manera se conocerán el plan del autor, la marcha de la acción, la graduación de los afectos, los resaltes dramáticos, el nudo todo, y por consiguiente, el drama; acordes en esto nosotros, aunque no por completo, con la opinión de aquel famoso trágico francés, que decía á sus amigos á semejanza de Menandro: «he concluido mi obra, solo me faltan los versos.»

César aparece redactando un edicto en que manda construir atrevidas vias, anuncia su próxima guerra contra los partos, é indica conocer las maquinaciones de sus enemigos, á quienes perdona de buena voluntad; refiere á M. Antonio, después de no admitirle sus consejos de venganza, cómo huyendo de Sila fué acogido por Servilia, hermana de Caton, de cuyo amor resultó Bruto, la cual fué casada después, y ya viuda, presentó á su hijo como legítimo; manda despedir á Cleópatra para Egipto, manumite á un poeta, declara nobles las artes liberales, anuncia su expedición, y oye de Ciceron el decreto en que el Senado le consagra estatua y templo y juegos lupercales, y le ofrece una corona de laurel, el solo don que acepta para ocultar la desnudez de su cabeza. Bruto contesta al asentimiento general diciendo que solo hay en Roma dos romanos; él, que se opuso á aquellos honores, y César, que sabe despreciarlos: á solas con César, le suplica, hasta arrojarle á sus pies, que devuelva á Roma sus antiguas leyes y su república; y como aquel le conteste que eso es imposible por el mismo bien de Roma, se aleja desesperado diciendo que en Roma ya no hay sino un romano.

Urge á César la guerra; aprémiale el secreto que le separa de Bruto; quiere proclamarle su heredero; detiéndole la fama de Servilia; corre á ella para exigirle el sacrificio de su honra por el amor de su hijo, y déjala una declaración para que ponga en ella su firma, después de ofrecerla hasta su divorcio de Calpurnia. Bruto la sorprende sola, y viene exaltado con la lectura de aquel *Juvenal*, *Bruto!* que encontró en su silla pretorial: sobre-excitado, dice á Servilia, «que si no la encontrara capaz de inmolarse á él mismo, por madre la negara:» y temiendo entonces por el amor de su hijo, se encierra en el silencio, exclamando para sí: «*Déjame ser madre un día más! Se lo diré mañana!*» Entrán á poco los conspiradores, advínase en Casio la envidia de Bruto, cuyo retraimiento condena; pero, excitados todos por este, se citan para las fiestas lupercales en el Forum.

En él se ostentan en animado cuadro los patricios y los ciudadanos, aquellos urdiendo sus planes, estos viviendo vida ociosa, feliz y negligente, y devorando los manjares sobrantes de la mesa de Antonio: Bruto arranca los adornos que se habían colgado á la estatua de César, y el pueblo hace lo propio, creyendo ser esto agradable al dictador; Ciceron, lleno de fatuidad y apocamiento, dice que, aunque le han buscado para que haga la causa de César en el Senado, no cometerá esa indignidad, antes se retirará á Túsculo, bastando á los conjurados que él ponga en la balanza su ausencia y su silencio. César se presenta y asiste á los juegos lupercales, Antonio quiere coronarle fundado en los libros sibilinos, los rumores populares denuncian su no extinguido horror á la monarquía; César rehúsa hábil-

mente, propone que en la cabeza de Júpiter se purifique la corona, licencia su guardia veterana, ofrece su cuello al pueblo y véase al Capitolio: Casio dice astuta y oportunamente: «*Juvenal, Bruto!* Y este contesta con amargura: «*No, Casio; cato despierto.*»

Los conjurados, todos ingratos, todos desleales á César, se reúnen en casa de Bruto, y Décio, el mas traidor, les revela la reunión de los senadores en el palacio del dictador, y la aproximación de las tropas de Octavio, su heredero; Casio anuncia su voto en contra; Bruto arenga con superior elocuencia, relatando los grandes triunfos de César, y diciendo que «Roma le debe gratitud y muerte.» Separado ya de sus compañeros, á quienes desprecia tanto como admira á César, cuenta á su madre la elevación de Octavio, ella exclama que no será, con cuyo equivoco parte él mas animado que nunca contra el usurpador, y ella firma y remite el pergamino, disponiéndose al punto la muerte, que por un movimiento natural de madre decide retardar una hora hasta que vea desde allí á su «hijo sobre el trono del mundo levantado.»

La catástrofe se aproxima; un liberto de César (el poeta Artemidoro), y los infelices esclavos de Casio y Ligario, se proponen evitarla; César no cede ni á los pronósticos de los augures, ni á los sueños de Calpurnia, y va á presentarse al Senado. Antonio, que sabe la conjuración por los esclavos, los sepulta en el Tiber, aleja de Roma las tropas y deja marchar los sucesos en ódio á Octavio; anúnciase que César, ya dispuesto á no abandonar su palacio, ha recibido un aviso de Servilia, y que radiante de alegría se dirige hacia la plaza. ¿Es que viene á castigar á los conspiradores denunciados por la madre de Bruto? Este se ofrece él solo á matarlo, y á ella después; César, por el contrario, se extasia con verle; desoye al pobre Artemidoro que le denunciaba los traidores, y sin aperebirse siquiera de que estos para inutilizarlo le conducen á la cárcel Marmortina, proclama la libertad de todos los pueblos, anuncia que va á señalar su heredero, recomienda á Bruto que se siente cerca de él, y sube á la silla de oro; tírale Cimbro de la toga desnudándole el cuello, hiérole Casio á quien desarma, defiéndese de todos, y arroja el puñal y se cubre con el manto cuando ve á su hijo entre los asesinos. En medio de la confusión general llega Servilia y hace leer á Bruto el pergamino que César llevaba aun en la mano: Casio cuenta la arenga de Antonio, la mantanza que han emprendido sus sicarios, y el abrazo de los tres triunviros. Estos aparecen; Servilia muestra á su hijo aquella tiranía que ha sucedido á la supuesta de César, y Octavio, mirando á sus colegas y respondiendo á los aplausos del pueblo, exclama para sí conceptuosamente: «*Roma es mía!*»

La exposicion es franca, hábil y brillante: la abre el mismo César, sin que le precedan, por decirlo así, sus esclavos, sus lictores y sus senadores, sin que venga anunciado repetidamente para hacerse desaseable como el protagonista de *Traidor, inconfeso y mártir*. En ese bello cuadro con que el drama se inaugura, aparecen los tres ejes de la máquina, César, Bruto y el pueblo romano: César con su benignidad, con su aristocrática familiaridad, con su aticismo literario, con la conciencia de su superioridad, con sus secretos de padre, con sus previsiones de republicano, y, nótese esto, sin ambicion ni tiranía; Bruto, con su instinto ciego de libertad, con su virginidad de alma, con su pureza de intencion, con su orgullo intransigente de patriota, con su anacrónica austeridad catoniana, con cierto género de adoración idolátrica hacia las leyes pasadas, hacia los héroes pasados, hacia la Roma pasada: el pueblo romano, aquí tomado en su acepción mas lata, con sus senadores, que ofrecen á César los mas grandes honores, con sus poetas áulicos, que César manumite, con sus hombres inquietos, con sus ciudadanos enervados, con sus libelistas miserables, con su lujo y su abyección, con una combinación inexplicable de omnipotencia y de impotencia.

Dados á conocer de mano maestra los principales personajes, Marco Antonio, como hombre de estado y hombre de mundo, Ciceron, como adulador y jaecticioso, y los conspiradores como gente desvergonzada y baladí; dadas á entender las intenciones de todos y los recursos de todos; dada al público la que dramáticamente puede considerarse como clave del argumento, esto es, el secreto de César con respecto á Bruto, se creto que explica y justifica la que, si me fuera imbécil confianza de César; se entra llanamente en el nudo de la obra, ó mejor, la exposicion se desliza hasta perderse en el nudo.

Entonces aparece Servilia, figura correcta y hasta cierto punto triste; mujer que, aunque *amó una vez sola y amó á César*, como dice el poeta, todavía no está bien con su conciencia, teme aun á la sombra de su hermano Caton, vive retirada en la mas estrecha viudez, y no se consiente un solo recuerdo del amor pasado cuando vé inesperadamente en su estancia al mismo César; pero este no viene á inquietarla con su afecto, sino á pedirle un trono para su hijo, á regalarle que, sacrificando sus escrúpulos de honra, firme una declaración que le abandona. La lucha que con este incidente se levanta en su pecho se hace mas dura con la llegada de Bruto, secretamente excitado por Casio al parricidio, aparentemente sobre-excitado por su madre, públicamente enardecido por los conspiradores. La acción ha dado un paso mas. Bruto habia pedido á César, de rodillas ante él, la libertad para su patria, y no conseguida, se habia ofrecido al ostracismo: ahora concurre á los juegos lupercales, despoja de sus adornos á la estatua de César, lo degrada en efigie, presencia sombrío la escena en que se ofrece á aquél personalmente la corona, y caída la venda, de sus ojos, aviva la situación preparando la catástrofe, en aquella exclamación final: «*¡ya estoy despierto!*» que, con toda la escena que le precede, es en nuestro concepto lo mas bello de la tragedia.

En hombre como Bruto, esa palabra es una puñalada para César: él es ya el jefe resuelto de la conjuración; él arenga á los suyos, y aunque cubra de flores á la víctima antes de sacrificarla, él señala el día, y todos viven ya bajo la presión de aquella voluntad extraordinaria. El desenlace está hecho; pero aun el poeta ha encontrado medio de mantener la ansiedad y la duda, y por consiguiente el interés: aun las palabras de Servilia, que, mal interpretadas por su hijo, le empujan de una manera fatal al parricidio, se corrigen con su determinación de firmar y remitir á César el escrito que constituye el reconocimiento ó la anagnórisis antigua; de suerte que, á no ser histórico y muy conocido el asunto de la tragedia, todavía podría dudarse sobre la suerte de los personajes, y aun así, todavía duda el espectador en qué momento se establecerán las relaciones de padre á hijo, y si Bruto llegará al parricidio ó se contendrá en el regicidio.

La trama, pues, se halla perfectamente urdida, las situaciones bien graduadas, el colorido de la época sábiamente dispuesto, el enredo llevado hasta donde lo permite la economía trágica. El drama, que en tragedias extranjeras no consintió sino tres actos, se desenvuelve con naturalidad en cinco, sin que ninguno sobre, sin que ninguno sea presuntivo como en Alfieri, ó pegadizo y póstumo como los dos últimos de Shakespeare.

En cuanto al desenlace, sabido es que por contener el pensamiento filosófico de la obra, y por asimilársela toda, como parte que es que le imprime la unidad, se ha considerado como lo mas difícil de la obra teatral, desde Aristóteles, que ponderó su importancia, hasta Hartzbusch, segun cuya opi-

nion se salva todo drama á favor de su último acto. Parece á primera vista que en los dramas históricos, la historia da el desenlace; pero aún queda al poeta mucho para prepararlo y mucho para realizarlo. Sin salir del asunto de César y de los grandes poetas que lo han tratado, Shakspeare coloca la muerte del héroe en la mitad de la obra, y produce el desenlace con la rota de los conjurados en las llanuras de Filipos; Voltaire, mas hábil, presenta la catástrofe en el último acto, pero á favor del elocuente discurso de Antonio, enciende al pueblo contra los asesinos y le escita á la venganza y al incendio, por donde ya se adivina lo que deslizo el autor inglés anti-dramáticamente: Alfieri no quiere disminuir en nada la gloria de Bruto, á quien supone triunfante sin la reacción que despues sobrevino: Diaz sigue el mismo sendero, suprime tambien la arenga de Antonio, y para ocultar mejor la inmediata derrota de Bruto, le preocupa con la sola idea de que ha matado á su padre, y pidiendo absolución de esta culpa, le contesta: «el amor de los romanos.» Vega, concordando la historia con la poesía; la historia, que pide ampliarse á los resultados de la muerte de César, y la poesía que nada halla tan capital como la misma muerte, aproxima á esta el desenlace, y, sustituyendo la arenga de Antonio con una relacion mas viva de Casio, concentra luego en dos versos el triunvirato y el imperio, dando un corte epigramático á la tragedia y pronunciando históricamente la última palabra.

Alfieri, con-sentido republicano, se detuvo en la muerte de César; Voltaire, con sentido filosófico, llegó hasta el desagravio; Shakspeare, con sentido histórico, se prolongó hasta la venganza; Vega, mas histórico que Alfieri, mas literario que Voltaire y mas dramático que Shakspeare, lo expuso todo, pero lo redujo todo á un solo desenlace en fuerza de una grande habilidad de concentracion.

El desenlace de Vega tiene, sin embargo, varios momentos como el bellissimo drama moderno de *Quevedo*, pero son momentos: uno la muerte de César, otro la revelacion para Bruto, otro el *Mira* de Servilia, otro la profecía de Octavio. El primero y el segundo eran inseparables y consustanciales en el plan de Vega, como lo son en el del *Trovador*, pero no bastaban á su intento histórico: los otros dos son homogéneos y no difieren sino en la cantidad, pero ¡cuánta mas importancia no tiene el anuncio del imperio que el del triunvirato! ¡Cuánto mas contraste no ofrece! ¡Cuánta mas historia no compendia!

Bosquejado el plan á grandes rasgos, todavía se necesita, para apreciarlo bien, descender á algunos pormenores, á fin de demostrar el dominio con que el poeta ha manejado el asunto y la solicitud constante con que ha velado sobre todos los hilos de la trama.

Llaman la atención desde luego los finales de acto, en los cuales se advierten dos méritos: el de haberlos establecido en donde la accion pedia un reposo natural, y el de haberles dado un corte ingenioso y rápido. El primer acto termina allí donde acaba la exposicion; el segundo en la cita para las fiestas lupales; el tercero (que es á nuestro parecer el de mejor remate) en el despertar de Bruto; el cuarto en el sacrificio de Servilia; el quinto en el desenlace lógico del drama.

El personaje de Servilia, verdadera creacion en esta tragedia, nutre de nueva savia el argumento, dando motivo al acto segundo, redondeando el cuarto, proporcionando noticias mas intimas de la situacion de Bruto, ocasionando una de las mas bellas escenas en el acto segundo, y haciendo racional el silencio prolongado de César. Parece que aquella mujer, encerrada constantemente en su retiro, ejerce una influencia invisible, sostiene una comunicacion magnética con los principales personajes de la obra, y tiene en sus manos el hilo misterioso que mueve á César en opuestos sentidos y empuja á Bruto hácia el paricidio. Shakspeare, siguiendo más fielmente la historia, presenta en la escena á Porcia, esposa de Bruto, la cual, para probar que era digna de los secretos de este, se hiera bárbaramente; pero tiene poco mas juego escénico, no levanta con su herida el ánimo de Bruto, y apenas es llorada por este cuando se mata devorando carbones encendidos: Vega ha substituido con gran talento ese personaje, sin limitarse á suprimirlo como Voltaire y Alfieri.

El carácter de César está perfectamente sostenido, y ya hemos dicho de qué brillantes cualidades le reviste el autor: son en él pormenores muy bellos que le completan la manumision del esclavo poeta; la gracia con que, por todo castigo, encarga á Pitolo que no escriba mas versos fundado en que «pueden hacer fortuna; son muy malos;» la sagacidad con que, despues de rehusar varios honores, acepta el laurel «porque oculte en mi cabeza—este ultraje que debo, no á los años,—sino á la ruda militar faena;» la profundidad de aquella sentenciosa frase dirigida á Bruto: «Mira á Roma cual es y no cual era;» frase en que tal vez se encierra todo el personaje de César y todo el fin de la tragedia; la sutileza con que despues de hacer el elogio de la antigua monarquía (tan impopular entonces), propone que se purifique en la cabeza de Júpiter la corona profanada por Tarquino; la despreocupacion con que escucha á los augures y hasta á las Sibilas, en quienes podia apoyarse ante la plebe para consumar sus intentos; el infantil arrojó con que contempla á Bruto, sobre todo en el último acto. Todo esto tiene seguramente un gran mérito; pero hay que convenir en que tanta verdad, y tan varia delicadeza de pormenores, ni cabian en la tirantez del arte clásico, ni eran posibles á un escritor de nuestros dias sin declararse en este punto discípulo de Shakspeare.

Bruto es un carácter noble, franco, igual, simpático y aun á veces superior á César: en su primera entrevista con este y en su arenga á los conjurados se eleva á la mas alta elocuencia; en su desprecio de los enemigos de César parece hasta purgarse del asesinato, rompiendo interiormente con ellos la mancomunidad del crimen; en sus elogios de César muestra á un tiempo grandeza y patriotismo; en sus arranques llega hasta el sublime. Algo mas diremos todavía sobre este y otros personajes.

Como piezas de elevado mérito poético citaremos la descripción de un banquete por Antonio, y la escena toda de César y Bruto en el primer acto; la relacion, aunque corta, de un ciudadano romano, y la narracion, aunque familiar, de Ciceron en el tercero; la magnífica arenga de Bruto en el cuarto; la relacion de Lucio, esclavo de Ligario, y la arenga de César en el quinto. Nada copiaremos de estas admirables muestras de elocuencia, ya por las dimensiones que vá tomando este artículo, ya por dejarlas íntegras y ensambladas en el conjunto á los lectores de la tragedia; mas hay ciertos toques que por su brevedad pueden citarse, y que tienen en nuestro sentir no menos mérito.

Dice M. Antonio á César:

Déjame del poder que entero abarcas
Lo que hasta á velar en tu defensa;
A descubrir y castigar traidores.
No mas reclamo, mi ambicion es esa,
Al dictador, el cónsul se lo pide;
Al amigo, el amigo se lo ruega.

Y contesta César, que está dictando un edicto:
Antonio me distraes.—«Volver á Roma
Pueden en libertad cuantos la enseña

de Pompeyo siguieron.»
Laberio, poeta cómico, hablando de sus obras:
Del pueblo es todo el mérito: yo escribo,
Y nada mas: él hace la comedia.

Bruto, interrumpido por César:

Respiran
Dos romanos aun: yo que á esas muestras
De adulacion me opuse en el Senado!

—¿Quién es el otro?—Tú que las desprecias.

Y en el acto siguiente:

Ni jamás de rodillas se demanda
La libertad. Me la negó: bien hizo.

Servilia:

Déjame ser madre
Un dia mas. ¡Se lo diré mañana!

Casio. Como se esconde

En el inerte pedernal la llama,
Fuego de libertad en Roma hierve:

Toque el acero y la centella salta.

Bruto, refiriéndose á César:

En él la usurpacion no es fin, es medio.

Venganza no ha de ser sino sentencia

Tan querido de César, que al matarlo
Fuera Bruto el peor de los traidores,

Sino fuera el mejor de los romanos (1).

César oyendo á los arúspices:

Si á la víctima

Le falta corazon, á mí me sobra.

César en su última arenga:

Ya Roma no está aquí; ¡Roma es el mundo!...

A que cumpla este fin un Dios me llama;

A que destruya toda tiranía:

La vuestra la primera.—Alzóse un tiempo

En interés de los patricios Sila;

En interés de los plebeyos Mario:

¡Yo en interés de todos!

A este tenor pudiéramos multiplicar las citas, si hubiéramos de registrar todos los pasajes que nos parecen ser de primer orden; pero esto nos obligaría á reproducir casi por completo la tragedia, haciendo de ella una segunda edicion antes de haber aparecido la primera. Sin insistir, pues, en este punto, vamos á penetrar en otro orden de reflexiones, que serán ya el término de nuestra tarea: de ellas unas se refirirán á alteraciones hechas sobre la historia ó sobre alguna de las tragedias predecesoras, y otras contendrán nuestras dudas ó nuestras censuras acerca de algunos caracteres ó situaciones, en cuya parte de nuestro exámen confesamos haber entrado con suma desconfianza, y solo despues de habernos entregado á una admiracion sin reserva en la primera lectura, y de considerar, repuestos de ella, todas las obligaciones que la crítica impone, aun á personas, como nosotros, muy humildes, y aun con obras que, como la *Muerte de César*, se acercan tanto al último límite de la perfeccion.

El personaje de Servilia es histórico, pero en manos de Vega ha tomado otro carácter, y ha entrado en un juego importantísimo. Servilia fué adúltera, y César, por consiguiente, padre dudoso de Bruto; pero en el drama se desmiente de intento el adulterio; se arregla á Servilia una historia que, si bien no la purifica á sus ojos, la hace todavía respetable, y se asegura á César la paternidad. Esto es muy hábil, muy dramático y muy bello; pero acaso obliga á otras condiciones de carácter. Nosotros, á diferencia de los que piden en las romanas lo mismo que en los romanos, y de los que exigen en unas y otras la ferocidad del patriotismo como base de carácter en todos los personajes históricos de aquella época, creemos que eso no pudo ser ni fué, y sobre todo que, dramáticamente hablando, ninguna época, sobre todo si es remota, se debe trasladar fotografiada á la escena. Quédesse eso para la comedia, y principalmente para la comedia contemporánea, como *El sí de las niñas*, en que lo principal, como en los retratos, es el parecido; pero no se amplie esta regla á la tragedia, que pide mas arte, y por lo mismo mas idealizacion; sobre que la tragedia naturalista sería, no solo repugnante en el teatro, pero aun tambien imposible.—Ya sabemos que, con aplicacion al caso presente, Servilia, aun modificada, no podia vencer la fatalidad del desenlace; pero en nuestro concepto, debió tomar mas parte por César y contra los designios de Bruto; debió revestirse de ese mayor tinte de dulzura que es propio de la mujer desgraciada; debió no limitarse á consignar la inutilidad del crimen, y tal vez no debió prodigarse hasta el final de la obra para asistir desairadamente á la relacion, bastante larga, de Casio y ausentarse despues friamente con este y con Bruto.

Viniendo ahora á Bruto, reconocemos nuevamente el talento de Vega cuando vemos cómo ha idealizado el personaje en lo que le ha dado y en lo que le ha quitado: le ha quitado, en efecto, la nota de haber denunciado, y hasta cierto punto perdido á Pompeyo, y le ha dado la admiracion hácia César y el desprecio hácia los enemigos de César, perspicacia que sienta bien á quien, como Bruto, era escritor, estadista y filósofo: tambien le ha dado, y es conveniente al papel que representa, una especie de patriotismo vago, indistinto, poco práctico, poco definido, que contrasta con el pensamiento sereno, seguro y nunca exagerado de César: por eso vemos que mientras este toma por punto de partida la Roma actual, aquel quiere la antigua Roma y las antiguas leyes, y parece no moverse sino por que desciende de otro Bruto, y porque ha vivido con Caton. Hasta aquí, es decir, hasta la muerte misma de César, Bruto nos parece inmejorable; pero no le quisiéramos, á pesar del *seroctor ad inum* de Horacio, tan romano, esto es, tan inflexible, como cuando despues del sublime *Mátame á mí tambien!* ¡Ese es tu padre! de Servilia, dice él con entereza:

¡Gracias, dioses,
Que hasta quedar mi obligacion cumplida
No me habeis revelado este secreto!

Esta frase, como se vé, tiene dos aspectos, pero su conclusion es terminante: nosotros la reprobamos por innecesaria, y tal vez por falsa: las almas grandes no tienen para el crimen sino el momento necesario; tras él vuelven á juego todas las facultades generales: Bruto se halla, por otra parte, en condiciones dramáticas diferentes de las históricas, y es cuando menos dudoso si hubiera él sancionado la muerte de su padre, siendo padre; pues aun los ejemplos de barbarie patriótica que gene-

(1) Quevedo, que en sus géneros propios no tuvo competidor, que manejó el estilo sentencioso como nadie, y que dejó en su *Vida de Marco Bruto* una alta muestra de su elocuencia y buen sentido, se expresa en esta manera haciendo hablar á Bruto: «En el Senado le di muerte, porque no diese muerte al Senado. A manos de los senadores acabó, las leyes armadas le hirieron: sentencia fué, no conjuracion. César fué justificado, y ninguno fué homicida... Yo nunca fuí enemigo de César, sino de sus designios; antes tan favorecido, que en haberle muerto fuera el peor de los ingratos, sino hubiera sido el mejor de los leales.»

ralmente se citan son de los superiores contra los inferiores, á quienes consideraban algunas veces como cosas, mas no de los hijos contra los padres.—Cítase en efecto á J. Bruto que sentenció á muerte á sus hijos por conspiradores, á Maudio Torcuato que dió al suyo corona y muerte porque aceptó un reto singular, á Horacio que mató á su hermana porque anteponia su amor á su patria; pero es preciso acudir á la comedia de Aristófanes para ver á un hijo que vapulea á su padre en nombre de la filosofía, ó al drama de Dumas, hijo, que da lecciones al suyo en nombre de no sabemos qué moralidad, ó al teatro ultra-romántico en que se sacrifica á un padre, pero en general sin conocerle.

La figura de Ciceron está muy lindamente dibujada, y la escena en que se despide para Túsculo revela todas las dotes del que escribió el *Hombre de mundo*: doloroso es contemplar á Ciceron bajo su aspecto cómico, y ha de ser esto mucho mas sensible en el teatro, pero es al cabo justo, aunque á la verdad no sea equitativo. Tal vez haya en esta exhibicion alguna inconveniencia; tal vez este lado cómico fuese mas admisible en un cuadro completo de Ciceron; pero nosotros, admitiendo el plan del autor, justificamos la pintura de este personaje, y difícilmente renunciaríamos á aquella magnífica escena de alto cómico, por mas que ceda en desprecio de aquel insigne orador y hombre de estado.

En cuanto á Casio y Antonio seremos breves. Aquel aparece, como en la historia, celoso de la pretura de su cuñado Bruto, y aun desavenido con él; pero no en la escena, en donde empiezan por reconciliarse: tal vez conviniera recargar en sentido odioso las tintas de ese personaje, y suprimir los elogios en la apariencia sinceros, que dirige en el acto tercero á M. Antonio. Este parece cambiar súbitamente de carácter en el quinto, cuando, sin preparacion bastante, contribuye á la muerte de César matando á dos esclavos y diciendo en odio á Octavio: «César, expía—tu negra ingratitud!»

El desenlace, del cual ya hemos tratado, nos ofrece serias dudas, que nos guardaremos muy bien de elevar á verdaderos cargos, porque estamos seguros de que el talento del Sr. Vega habrá pesado en esta más que en ninguna otra parte del drama, todas las objeciones posibles; y habrá tenido poderosas razones contra las hipótesis que vamos á establecer. No sabemos cómo ha renunciado á la arenga de Antonio ante el cadáver de César, que es el triunfo de Shakspeare y Voltaire, y que Vega hubiera desempeñado á maravilla; pero adivinamos que aquel trabajo laborioso quitaría rapidez al desenlace, y eliminaría de la escena final á personajes importantes.—La aparicion de los triunviros dándose las manos en el fondo, con el acompañamiento de sus soldados en ademán de hostilizar al pueblo, nos parece un sí es no es teatral, en el sentido desfavorable de esta palabra.—La salida que hacen de la escena Servilia, Bruto y Casio, nos parece desairada.—Con arenga ó sin ella, ¿no hubiera convenido que Servilia se diera la muerte, segun su enérgico propósito, ya en su casa cuando viera, no la coronacion de su hijo, sino la muerte de César, ya cuando Bruto concluyera la lectura del pergamino? En este supuesto, y herido de ambas catástrofes, y llegando ya á sus oídos los clamores del pueblo, ¿no podia brotar en su alma el arrepentimiento y el terror, y huir desesperado en esa situacion horrorosamente trágica que demanda (digámoslo así) la pureza del género? Entonces pudiera aparecer el Triunvirato, ó solo M. Antonio, para dar lugar á un final mas ó menos rápido, y entonces, sobre todo, la figura de Bruto correspondería mas al desenlace.

A pesar de todo esto, y tal vez por todo esto, y desde luego por sus grandes primores, unos señalados por nosotros y otros omitidos, la obra de D. Ventura de la Vega es de las que marcan un grande acontecimiento literario, y de las que viven perpetuamente como obras maestras de la literatura. El teatro antiguo español, sin rival en todo el mundo, no acertó á producir obra tan perfecta: todo el renacimiento clásico no produjo entre nosotros sino una buena tragedia, la *Raquel*, que ni por su asunto ni por su desempeño, no puede apenas citarse al lado del nuevo César: una notabilísima ha producido en España el siglo actual, pero sin mejorar ni aun igualar á la cepa de tantos Edipos, al *Edipo* de Sófocles: la *Muerte de César* se presenta sin rival entre las tragedias españolas y entre los Césares de todas las literaturas. Voltaire, impresionado vivamente con la tragedia de Shakspeare, que estudió, imitó y vió representar en Inglaterra, pero dotado al mismo tiempo de un gusto muy fino, y de las buenas maneras del clasicismo, decía sábiamente que con la accion de Londres y Madrid, y con la prudencia, nobleza, elegancia y decencia del teatro francés, resultaría la perfeccion dramática. Vega, en su *Muerte de César*, ha realizado ese ideal, ha verificado ese prodigio.

GERÓNIMO BORAO.

Nota. La avidéz con que hemos devorado la tragedia de D. Ventura de la Vega, y la priesa con que nos hemos arrojado á juzgarla cuando estaban en todo su vigor nuestras impresiones, han sido parte para que nos haya sido desconocido el desenfadado, pero muy bello prólogo con que la encabezaba. A haberlo conocido á tiempo, hubiéramos combinado sus observaciones con las nuestras.

Con la mayor satisfacion leemos en un periódico que á consecuencia de la llegada á la Habana del Sr. D. Antonio Altadill, se habia celebrado allí una reunion en el palacio de la capitania general con objeto de hacer efectiva en la isla una suscripcion para el *Íctineo* Monturiol.

El general Dulce conoce el aparato de nuestro ilustre compatriota, y no podía permanecer tibio ni indiferente á tan grave asunto que tiene interesadas la honra y la gloria científica de España; así es, que despues de recomendar la conveniencia de ayudar al inventor para que llevase á cabo la construccion de un *Íctineo*, se suscribió en primer lugar por 500 pesos.

Estamos seguros de que los opulentos capitalistas de Cuba corresponderán dignamente á tan elevado propósito, y que antes de mucho habremos adquirido por fin la grata seguridad de que el *Íctineo* será un hecho.

Honramos hoy nuestras columnas con una joya literaria á que sabrán dar su debido precio los amantes de nuestras glorias nacionales. Los tercetos que á continuacion insertamos, descubiertos en el archivo de una ilustre familia por el inteligente y laborioso literato señor don Luis Buitrago y Perivañez, no son ciertamente indignos del inmortal autor del *Quijote*, y si no añaden una hoja al lauro que, como poeta nos merece, nos revela, en su misma sencillez y espontaneidad, las altas dotes de aquella alma privilegiada, no menos digna de veneracion por la sublime creacion, colocada por el voto universal al lado de las que inmortalizan los nombres de Homero, Dante y Shakspeare, que por sus eminentes prendas morales, las cuales bastarian para asegurarle la admiracion de la posteridad.

DE MIGUEL DE CERVANTES

CAPTIVO:

A M. VAZQUEZ, MI SEÑOR.

Si el baxo son de la zampoña mia señor á vuestro oyo no ha llegado en tiempo que sonar mejor devia, No ha sido por la falta de cuydado sino por sobra del que me ha traydo por estraños caminos desviado. Tambien por no adquirirme de atrevido el nombre odioso, la cansada mano ha encubierto las faltas del sentido, Mas ya que el valor vio sobre humano de quien tiene noticia todo el suelo la graciosa altivez, el trato llano, Anichilan el miedo y el recelo que ha tenido hasta aquí mi humilde pluma de no quereros descubrir su vuelo. De vuestra alta bondad y virtud summa diré lo menos, que lo mas no siento quien de cerrarlo en verso se presume. Aquel que os mira en el subido asiento do el humano favor puede encumbrarse y que no cesa el favorable viento. Y él se vé entre las hondas anegarse del mar de la privanza do procura ó por fas ó por nefas levantarse. ¿Quién dubda que no dize: La ventura ha dado en levantar este mancebo hasta ponerle en la mas alta altura? Ayer le vimos inexperto y nuevo en las cosas que agora mide y trata tan bien que tengo envidia y las apruebo. Desta manera se congoxa y mata el embidioso que la gloria agena le destruye, marchita y desbarata. Pero aquel que con mente mas serena contempla vuestro trato y vida honrosa y el alma dentro de virtudes llena No la inconstante rueda presurosa de la falsa fortuna, suerte, ó hado, signo, ventura, estrella, ni otra cosa. Dize que es causa que en el buen estado que agora poseeis os aya puesto con esperanza de mas alto grado. Mas solo el modo de vivir honesto la virtud escogida que se muestra en vuestras obras y apacible gesto. Esta dize, Señor, que os da su diestra y os tiene asido con sus fuertes lazos y á mas y á mas subir siempre os adiestra. O sanetos, ó agradables dulces brazos de la sancta virtud alma y divina y sancto quien recibe sus abrazos. Quien con tal guia como vos camina de que se admira el ciego vulgo baxo si á la silla mas alta se avecina? Y puesto que no ay cosa sin trabajo quien va sin la virtud va por rodeo y el que la lleva va por el atajo. Si no me engaña la esperiencia, creo que se ve mucha gente fatigada y un solo pensamiento y un desseo. Pretenden mas de dos llave dorada muchos un mesmo cargo y quien aspira á la fidelidad de una embajada. Cada cual por sí mesmo al blanco tira do assestan otros mill, y solo es uno cuya saeta dió de fué la mira. Y este quizá que á nadie fué importuno ni á la soberbia puerta del privado se halló despues de visperas ay uno. Ni dió ni tuvo á quien pedir prestado solo con la virtud se entretenia y en Dios y en ella estaba confiado. Vos sois, Señor, por quien decir podría y lo digo y diré sin estar mudo que solo la virtud fué vuestra guia Y que ella sola fué bastante pudo-levantaros al bien do estais agora privado humilde de ambicion desnudo. Dichosa y felizissima la hora donde tuvo el real conocimiento noticia del valor que anida y mora. En vuestro reposado entendimiento cuya fidelidad, cuyo secreto es de vuestras virtudes el cimientto Por la senda y camino mas perfecto van vuestros piés, que es la que el miedo tiene y la que alaba el seso mas discreto. Quien por ella camina vemos viene á aquel dulce suave paradero que la felicidad en sí contiene. Yo que el camino mas baxo y grosero he caminado en fria noche escura he dado en manos del atolladero Y en la esquiava prision amarga y dura á donde agora quedo estoy llorando mi corta infelizissima ventura. Con queuxas tierra y cielo importunando con sospiros al ayre escureciendo con lágrimas el mar acrescentando Vida es esta, señor, do estoy muriendo entre bárbara gente descreida la mal lograda juventud perdiendo. No fué la causa aquí de mi venida andar vagando por el mundo acaso con la vergüenza y la razon perdida. Diez años há que tiendo y mudo el passo en servicio del gran Philipo nuestro ya con descanso, ya cansado y lasso.

Y en el dichoso dia que siniestro tanto fué el hado á la enemiga armada quanto á la nuestra favorable y diestro. De temor y de esfuerzo acompañada presente estuvo mi persona al hecho mas de speranza que de hierro armada. Vi el formado esquadron roto y desecho y de bárbara gente y de christiana roxo en mill partes de Neptuno el lecho. La muerte ayrada con su furia insana aquí y allí con priessa discurriendo mostrándose á quien tarda á quien temprana. El son confuso, el espantable estruendo, los gestos de los tristes miserables que entre el fuego y el agua yvan muriendo. Los profundos sospiros lamentables que los heridos pechos despedian maldiziendo sus hados detestables. Ellosele la sangre que tenían quando en el son de la trompeta nuestra su daño y nuestra gloria conocian. Con alta voz de vencedora muestra rompiendo el ayre claro el son mostrava ser vencedora la Christiana diestra. A esta dulce sazón yo triste estava con la una mano de la espada assida y sangre de la otra derramava. El pecho mio de profunda herida sentia llegada y la siniestra mano estava por mil partes ya rompida. Pero el contento fué tan soberano que á mi alma llevo vieno vencido el crudo pueblo infiel por el christiano. Que no echava de ver si estava herido aunque era tan mortal mi sentimiento que á veces me quitó todo el sentido. Y en mi propia cabeza el escarmiento no me pudo estorvar que el segundo ayno no me pusiese á disserccion del viento. Y al bárbaro medroso pueblo estraño vi recogido, triste, amedrentado y con causa teniendo de su daño. Y al Reino tan antiguo y celebrado á do la hermosa Dido fue rendida al querer del Troyano desterrado. Tambien vertiendo sangre aun la herida mayor con otras dos quise hallarme por ver ir la morisma de vencida. Dios sabe si quisiera allí quedarme con los que allí quedaron esforzados y perderme con ellos, ó ganarme. Pero mis cortos implacables hados en tan honrrosa empresa no quisieron que acabase la vida y los cuydados. Y al fin por los cabellos me truxeron á ser vencido por la valentia de aquellos que despues no la tuvieron. En la galera, Sol que escurecia mi ventura, su luz, á pesar mio fue la pérdida de otros y la mia. Valor mostramos al principio y brio pero despues con la experiencia amarga conocimos ser todo desvario. Sentí de ageno yugo la gran carga y en las manos sacrilegas malditas dos años ha que mi dolor se alarga. Bien se que mis maldades infinitas y la poca attriccion que en mí se encierra me tiene entre estos falsos Ismaelitas. Quando llegué vencido y vi la tierra tan nombrada en el mundo que en su seno tantos Piratas cubre, acoge, y cierra. No pude al llanto detener el freno que á mi despecho sin saber lo que era me vi el marchito rostro de agua lleno. Offresciose á mis ojos la ribera y el monte donde el grande Cárlos tuvo levantada en el ayre su vandera. Y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo pues movido de embidia de su gloria ayrado entonces mas que nunca estava. Estas cosas bolviendo en mi memoria las lágrimas truxeron á los ojos movidas de desgracia tan notoria. Pero si el alto Cielo en darme enojos no está con mi ventura conjurado y aquí no lleva muerte mis despojos, Quando me vea en mas alegre estado si vuestra intercesion Señor me ayuda á verme ante Philipo arrodillado, Mi lengua balbuziente y quasi muda pienso mover en la real presencia de adulacion y de mentir desnuda. Diciendo, alto señor, cuya potencia sujetas trae mil barbaras Naciones al desabrado yugo de obediencia. A quien los negros Indios con sus dones reconocen honesto vassallage trayendo el oro acá de sus rincones. Despierta en tu Real pecho el gran corage la gran soberbia conque una vicoca aspira de continuo á hazerte ultrage. La gente es mucha mas su fuerza es poca desnuda, mal armada que no tiene en su defensa fuerte muro, ó roca. Cada uno mira si tu armada viene para dar á sus piés el cargo y cura de conservar la vida que sostiene, De lamarga prision triste y escura á donde mueren veinte mill christianos tienes la llave de su cerradura.

Todos (qual yo) de allá puestas las manos las rodilla por tierra sollozando cercados de tormentos inhumanos Valeroso Señor, te están rogando buelvas los ojos de misericordia á los suyos que están siempre llorando. Y pues te dexa agora la discordia que hasta aquí te ha oprimido y fatigado y gozas de pacífica concordia Haz ó buen Rey que sea por tí acabado lo que con tanta audacia y valor tanto fué por tu amado padre comenzado. Solo el pensar que vas pondrá un espanto en la enemiga gente que adevino ya desde aquí su pérdida y quebranto. Quien dubda que el Real pecho y benigno no se muestre escuchando la tristeza en que están estos miseros contino. Bien parece que nuestro la flaqueza de mi tan torpe ingenio que pretende hablar tan baxo ante tan alta Alteza. Pero el justo desseo la defiende, mas á todo silencio poner quiero que temo que mi pluma ya os offende y al trabajo me llaman donde muero.

MIGUEL DE CERVANTES.

APÓLOGO.

«Hermana,» llamó la espina á su vecina la flor, y la rosa purpurina dijo:—«Lámame vecina, y será mucho mejor.» Replicó á la desdenosa la seca espina:—«Has de ver que aunque tú naciste hermosa y yo fea y desdenosa, una planta nos dió el ser. Y si tal desden conmigo nace de tu vanidad, hermana, en verdad te digo, que llevarás el castigo de tu orgullo en tu beldad. Que no siempre es mas dichosa la que nació mas hermosa; y por eso, altiva flor, puso Dios junto á la rosa el símbolo del dolor.» Calló la espina, y reia columpiándose la flor, cuando vieron que venia un amante que escogia un ramo para su amor. —«Defiéndeme de él, hermana,» gritó la flor á la espina... y murió la flor lozana, mientras la espina inhumana murmuraba:—«Adios, vecina.»

ANTONIO ROS DE OLANO.

A LA MEMORIA

DEL ILUSTRE CUBANO EXCMO. SR. D. FRANCISCO DE ABANGO Y PARREÑO. Cese la dulce lira De acariciar con armonioso acento A la infame mentira: Conmueva el sentimiento La virtud ensalzando y el talento. Consagre sus sonidos Llenos de amor y de dulzura llenos A objetos escogidos, Y á los cielos serenos El mérito levante de los buenos. El talento fecundo, El santo palpitar del patriotismo, Ya que salvan al mundo En medio del abismo, Su trono encuentren en el mundo mismo. Que no es justo que muera De los hombres preclaros la memoria, Mientras que lisonjera Vá la mentida gloria Arrastrando su carro de victoria. No, como el mansorio, Que despues de regar el bosque y prado, Sorprende al mar bravío, Y este lo traga airado Dejándole en su seno sepultado. El hombre esclarecido Su eclipse halla en la tumba, do se sume En silencioso olvido. ¿La flor que se consume No deja al aire su sutil perfume? Tal de Arango excelente La memoria ha de ser eterna y pura, Como el sol refulgente Cuya carrera dura Aun despues de venir la noche oscura. Su corazon hermoso Que latió por su pátria, la hidalguía De su pecho amoroso, Y aquella, mas que el dia, Clarísima y sutil sabiduría. Sus constantes desvelos Por la mas rica joya, que á los mares Arrojaron los cielos, Entre cuyos manglares Puso la madre pátria sus altares. Bien merecen que ahora Himno de gratitud cantado sea, Y entre dorada aurora Que por do quier se vea, De Arango el nombre el Universo lea.

FAUSTINO ABASCAL.

EL RIZO Y LA FLOR.

(A PEREGRINA.)

Contemplando embebecido dos prendas que á Amor debí quedéme anoche dormido, y entre sueños he creído que ambas hablaban así: —¡Ay, rizo!—Flor, ¿por qué gimes? —¿Por qué con dura inclemencia en tu círculo me oprimes, y mi última sávia esprimes y aspiras mi última esencia? —No te oprimo, que te enlazo. —Pues si es de cariño exceso, estrecha aun mas ese lazo. —Yo imagino que te abrazo. —¡Yo imagino que te beso! —Y yo te recuerdo, flor: bien la suerte nos hermana. —Y yo á tí: en el tocador de una niña, ángel de amor, nos vimos una mañana. Su mano de nardo y rosa los ramales esparcia de aquella trenza abundosa, y en el espejo orgullosa se contemplaba y reia. De la copa de cristal, donde me asomaba yo de sus colores rival, á sus labios de coral enojada me llevó. —¿No hay, dijo, rosa lozana que me mire sin agravios, ni ose competir ufana con la fresquísima grana de mis sonrientes labios! Yo no sé lo que sentí cuando airada me miró que triste palidecí, y triunfante al verme así sonriéndose me besó. Yo temí que envanecida de su triunfo me pisara; mas generosa en seguida dejome al pecho prendida para vernos cara á cara. —Si tú supieras, hermano, cómo sentí tu quejido cuando te cortó su mano! —Yo no, pues, gocéme ufano por ella al verme escogido. Prefiero á besar su frente ó su garganta nevada, ser el ansiado presente, prenda de la fé inocente de mi dueña enamorada. —No habré en su cabeza arcano para tí, que tan cercano de su alba frente estuviste. —Ni para tí, que sentiste latir su seno galano. —Cuando incierta vacilaba y á la voz palidecía de su amante, ¿qué pensaba? —Cuando en responder dudaba, ¿qué sentía? ¿qué sentía? —Cuando ella decia, aun no, ¿lo que expresaba sintió? —Los ojos bajó hácia mí y entrecortado salió de un leve suspiro un sí. Su corazon palpitó. —Su mente se fascinó. —Rendida de amores ya... —Pensaba: ¡si me amarás! —Sentía: ¡ya le amo yo! Y aquel sí que ella le daba de su alma pura salía, pues ya del amor esclava decia... lo que pensaba, pensaba... lo que sentía! Al fin, cediendo á su ruego, le dijo: de tu pasión me abrazo en el mismo fuego: con esta rosa te entrego la fé de mi corazon. —¡Pero húmeda estás! ¿De hinojos besó tu matices rojos? —Mudanzas teme y agravios. —¿No es del beso de sus labios? —¡Es del llanto de sus ojos! —Dudar, ¡no! que le diremos de su pasión los extremos; y en lazo eterno, constantes sus corazones amantes se verán como nos vemos. Que aquel sí que ella le daba de su alma pura salía, pues ya del amor esclava decia lo que pensaba, pensaba lo que sentía. Setiembre 10 de 1861.—Sanlúcar de Barrameda.

EDUARDO ASQUEBINO.

ISLA DE CUBA

VENTA DE LOS BIENES DE LAS ORDENES RELIGIOSAS SUPRIMIDAS EN CUBA, E INVERSION DE UNA PARTE DEL PRODUCTO DE ELLOS EN FAVOR DE LA MISMA ISLA.

Artículo cuarto.

Tercer período de la instrucción primaria desde fines de 1816 hasta 1845.

Establecida la sección de educación á fines de 1816, abrióse una nueva era á la instrucción primaria de Cuba, y no tardó mucho tiempo sin que se empezase á recoger el fruto de los esfuerzos patrióticos de aquella corporación. Dióse nueva marcha á las escuelas, exigióse á los maestros la capacidad y la buena conducta, abolióse la costumbre de que los niños de ambos sexos estuviesen reunidos en unas mismas salas, y que se hallasen mezcladas las razas blanca y africana; prohibióse el magisterio á la gente libre de color, sin que por eso se extendiese la prohibición á la enseñanza de los individuos de su clase; ampliáronse los ramos de instrucción, así en las escuelas de varones como en las de hembras, pudiendo asegurarse que estas no presentaban ya el deplorable estado de los tiempos anteriores; mandóse, en fin, que cada escuela celebrase anualmente un exámen público, al que debía asistir una comisión compuesta de uno ó mas miembros de la Sección.

Como la enseñanza primaria estaba tan abatida, se trató de levantarla prontamente, estimulando con premios y honores á los maestros y á los discípulos. Abrióse, pues, un certámen general y solemne, en el que cada maestro debía presentar dos de sus mas aventajados alumnos; y los dos que entre todos ellos se calificasen de sobresalientes fuesen condecorados, uno con una banda roja, y otro con una azul. A pesar de lo vistoso que son, yo habria substituido á esas bandas, ó á lo menos acompañado, como de mas solidez y trascendencia, un diploma ó certificado de aplicación y aprovechamiento. Si los dos discípulos laureados pertenecían á una misma escuela, su maestro seria premiado con quinientos pesos y una medalla de oro que le pondría al cuello el Presidente del exámen; pero si los dos niños eran de diferentes escuelas, entonces, además de la medalla de oro, se daría 500 pesos á cada maestro, y por complemento de honor, tanto estos como aquellos serian convidados á la mesa del director de la *Sociedad patriótica*, en el primer día festivo siguiente al exámen, y le acompañarian despues al paseo público (1).

No faltaron cubanos, que animados de ferviente celo, favoreciesen las miras de aquella corporación; y digno es de mencionarse entre ellos D. Desiderio Herrera, quien hizo en el *Diario de la Habana* del 23 Julio de 1818, la oferta de enseñar gratuitamente á cierto número de niños, y de darles también el papel y lo demás necesario para su instrucción. Tan generosa conducta de parte de un hombre pobre, y muy pobre, á pesar de que era en aquel tiempo uno de nuestros mas entendidos matemáticos, mereció que el Cuerpo patriótico le señalase una corta pensión para que enseñase veinte niños.

Pero en medio de tantos esfuerzos, preciso es reconocer que la enseñanza gratuita para los pobres habia adelantado muy poco; y así debió suceder, porque los escasos fondos con que contaba la *Sociedad Económica* (2) no le permitian fundar nuevas escuelas. Empeoróse esta situación, cuando las angustias del real Erario, emanadas de los trastornos de la Península y del despotismo que de nuevo habia caído sobre ella á fines de 1825, privaron al Cuerpo patriótico de mas de 52,000 pesos, á que ascendía anualmente el 5 por 100 de todos los ramos municipales, que á propuesta del buen intendente, don Alejandro Ramirez, se le concedieron por real orden de 22 de Agosto de 1816, y cuyos auxilios se le quitaron por otra de 8 de Febrero de 1825.

En tan calamitosas circunstancias, aquella corporación ocurrió al ayuntamiento de la Habana, para que este contribuyese con alguna parte de sus fondos al sostenimiento de las escuelas gratuitas, cuya existencia se hallaba muy comprometida. No dejó de poner el cuerpo municipal algunos reparos á la petición que se le hacia, pues así entonces como hoy, sus fondos nunca han bastado para cubrir sus propias atenciones; pero todas las dificultades desaparecieron por las patrióticas razones que le expuso uno de sus alcaldes; y entonces acordó aquel ayuntamiento, en 28 de Mayo de 1824, que por vía de empréstito se suministrasen á la *Sociedad* 100 pesos mensuales para las escuelas de extramuros.

El número de las gratuitas que ella costeaba en toda la Habana, eran cinco de varones y dos de hembras: las primeras con 115 discípulos, y las segundas con 100 niñas; siendo el gasto mensual de esas siete escuelas 690 pesos, mientras que todas las entradas que entonces tenia mensualmente la *Sociedad Económica*, solamente llegaban á 496 pesos repartidos en el orden siguiente:

Por la aduana marítima de la Habana	200 pesos.
Por auxilio del ayuntamiento en calidad de préstamo	100 "
Por donativo del obispo Espada	30 "
Por la pensión que pagaba el diario de la Habana (3)	166 "
	496 pesos mensuales.

Es, pues, evidente, que reduciéndose las entradas

(1) Memorias de la real *Sociedad Económica* de la Habana, tomo 1.º correspondiente al año de 1817.
 (2) Para evitar confusion, debo recordar aquí que la Sección de educación no tenía una existencia propia é independiente, sino que formaba parte de la *Sociedad patriótica ó económica*, y que por lo mismo, esta, y no aquella, era la que disponia de todos los fondos que se le habian señalado.
 (3) Esta pensión provenia de que ese *diario*, llamado en su origen *Papel periódico*, pertenecía á la *Sociedad Económica*, y era redactado por una comisión de su seno. Andando el tiempo ella se separó de su redacción, y reservándose solamente la propiedad, el empresario que se encargó del *diario*, se constituyó á pagarle anualmente 2,000 pesos en compensacion de las utilidades que dejaba de percibir.

anuales de la *Sociedad* á 5,952 pesos, y no bajando de 7,000 los gastos que sobre ella gravitaban, era imposible que pudiese, no ya fundar nuevas escuelas, pero ni siquiera sostener las establecidas. Así fué que muchedumbre de pueblos de Cuba carecían de ellas, y que en 1826 apenas se contaban en toda la isla 140, de cuyo número solo habia 16 gratuitas para los pobres (1).

Del mal nace á veces algun bien. Derrocado el sistema constitucional por el decreto de 4 de Mayo de 1814, el partido absolutista, tan poderoso entonces en la Península, trató de sofocar las ideas liberales en toda la monarquía, y buscando su apoyo en los institutos monacales, que habian sido una de las firmes columnas del despotismo, quiso confiarles la pública enseñanza. De aquí nacieron los decretos de 19 de Noviembre de 1815 y 8 de Julio de 1816, por los cuales se mandó fundar escuelas primarias en los monasterios de ambos sexos. El restablecimiento de la constitucion de Cádiz en 1820 frustró las perversas intenciones del partido absolutista; pero triunfando este de nuevo desde fines de 1825, no pasó mucho tiempo sin que se abriesen las escuelas mandadas establecer en los conventos, y las que duraron en la Habana algunos años. Mas afirmaré yo, por lo que acabo de decir, que ellas fueron perniciosas en Cuba? De ninguna manera: las intenciones del despotismo no eran buenas por cierto; pero los apoyos que él buscaba no correspondieron á sus fines, porque las órdenes religiosas que entonces existían en Cuba, ni ya eran lo que habian sido, ni tenían la influencia que las de España, ni se oponian al progreso de las luces, ni á las ideas liberales que desde principios del presente siglo invadieron aquella isla. En tal estado, y atendida la pobreza en que se hallaba la sección de educación, el establecimiento de esas escuelas gratuitas, lejos de ser un mal, fueron un beneficio para muchos niños pobres de Cuba. De un estado que se formó en Enero de 1850 aparece que entonces habia en los conventos de ambos sexos de la Habana el número de escuelas y discípulos siguientes:

	Escuelas.	Discípulos.	Escuelas.	Discípulas.
Convento de Belen	1	142	"	"
Santo Domingo	1	75	"	"
San Francisco	1	20	"	"
La Merced	1	33	"	"
Monasterio de Santa Teresa	"	"	1	20
Santa Clara	"	"	1	33
Santa Catalina	"	"	1	(2)
Santa Ursula (3)	"	"	2	111
Suma	4	270	5	164

El estado anterior manifiesta que los frailes tenían muy poco empeño en la enseñanza primaria, y que aun la escuela del convento de Belen habia decaído de su primitiva grandeza.

Por fortuna, la situación pecuniaria de la *Sociedad patriótica*, habia ya mejorado algun tanto, pues á fuerza de instancias pudo recabar que de los fondos públicos se le asignasen 8,000 pesos anuales. Reanimado el entusiasmo de la Sección de educación, ella trató de extender su beneficio influjo mas allá del recinto de la Habana. Créanse entonces, con aprobacion del gobierno, *Juntas rurales*, compuestas de los vecinos mas pudientes, de los párrocos y jueces pedáneos de los partidos respectivos, para que fundasen escuelas gratuitas, ora por suscripciones voluntarias, ora por otros medios que fuesen los menos gravosos; pero esas *Juntas*, encontrando en su marcha obstáculos que no les era dado vencer, desaparecieron, dejando tan solo en pos de sí un débil rastro de su existencia.

Por este mismo tiempo hubo algunas ciudades de la isla en que la abandonada enseñanza recibió un impulso saludable. Cuéntase Matanzas en ese número, y como de ella conservo gratos recuerdos, insertaré aquí una nota que escribí en Setiembre de 1827, cuando pisé sus playas por primera vez.

«En punto á instrucción primaria, Matanzas participó de la suerte comun á toda la isla. Para fundar una escuela en 1808 fué preciso que D. Juan José Aranguren promoviese una suscripción entre varios vecinos de la ciudad. Hoy, que estamos en Setiembre de 1827, existen dos: una de empresa particular, en que los discípulos pagan su enseñanza; y otra costeada por el ayuntamiento. El sueldo del maestro es de 2,600 pesos anuales; pero tiene que pagar de su cuenta los ayudantes, que son dos en la actualidad; uno con 51 pesos mensuales, y otro con 34. El Ayuntamiento paga además 68 pesos al mes por el alquiler de la casa del establecimiento, en la que vive el maestro con su familia.»

«Los ramos que se enseñan son lectura, escritura, aritmética, geografía, gramática castellana, y recientemente se acaba de nombrar un profesor con 1,200 pesos anuales, pagados también por el ayuntamiento, para que enseñe latin, francés é inglés. Esa corporación ha comprado para el uso de la escuela: un planetario, un par de globos, celeste y terrestre, de dos pies de diámetro, ocho mapas de todas las partes del mundo, cuatro de vara y media de largo cada uno, y cuatro de una vara.»

«En la escuela se debe enseñar gratuitamente á 100 discípulos pobres: los que no lo son, pagan al maestro cierta cantidad mensual, que nunca pasa de cuatro pesos. El número de discípulos inscritos es de 130; pero ya por enfermedades, ya por otros motivos, solo asisten á la escuela 120 poco mas ó menos. Estas entradas, aunque eventuales, unidas á los 1,580 pesos de sueldo neto que hoy tiene el maestro, y á la habitacion gratuita que se le

(1) Exposicion de las tareas de la real *Sociedad Patriótica* de la Habana en 1825 y 1826 por el distinguido secretario de aquella época, D. Joaquin Santos Suarez.
 (2) Se ignora el número de niñas que se enseñaba en este monasterio.
 (3) He dicho en el artículo anterior, que este convento se estableció en 1803 con religiosas ursulinas procedentes de Nueva-Orleans; y ahora conviene advertir, que en 1819 se fundó otro en Puerto Príncipe con monjas de la misma procedencia, que tambien se dedicaron á la enseñanza de las niñas, conforme á su instituto.

dá, forman una dotacion cual no goza en la isla ningun otro de su clase.»

«Erigióse Matanzas en gobierno separado del de la Habana en 1816. Diósele de jurisdiccion un rádio de seis leguas con tres parroquias auxiliares, y en cada una de las dos, que se llaman Seiba Mocha y Santa Ana, se ha establecido una escuela dotada en 600 pesos de los fondos del ayuntamiento de Matanzas.»

Esto escribí, como ya he dicho, en Setiembre de 1827. De aquella ciudad sali en 1828, y cuando volví á visitarla en Enero de 1861 tuve el gusto de darme con un colegio de empresa particular, que sin ceder la palma á ninguno de la isla, honra á la ciudad que lo posee, y al digno matancero que lo dirige.

Volviendo á entrar en el tercer período, del que por un momento he salido, y contemplando lo que en Cuba pasaba de 1827 á 1850, debo hacer varias observaciones.

1.ª La instrucción primaria ya habia adquirido en algunos establecimientos de la Habana los dos grados en que generalmente se la divide, á saber: *elemental* y *superior*; pues además de los ramos pertenecientes á la primera, se enseñaban otros de que haré mencion en el próximo artículo.

2.ª Estos establecimientos eran todos de empresa particular, en cuyo número se contaban tambien algunos para el bello sexo.

3.ª Las escuelas gratuitas para los pobres, aunque encerradas dentro de los limites de puramente *elementales*, habian mejorado mucho, así en el personal de los maestros, como en el esmero de la enseñanza.

4.ª y última. A pesar de todas las ventajas que se habian alcanzado, aun se quedaban en la mas completa ignorancia millares de niños pobres. Y si esto acontecia en la Habana, que es la capital, ¿cual no seria la suerte de los demás pueblos de Cuba, donde ni habia recursos, ni estímulos, ni empeño en fomentar la pública instrucción?

En 1850 escribí, y fué premiada por la *Sociedad patriótica* de la Habana, una *Memoria sobre las causas de la vagancia en la isla de Cuba, y los medios de atacarla en su origen*. Enlazado intimamente este asunto con la instrucción del pueblo, juzgo conveniente repetir hoy lo que entonces consideré necesario.

«No me detendré, dije yo, á probar que la instrucción pública es la base mas firme sobre que descansa la felicidad de los pueblos. El cuerpo ilustre á quien presento esta Memoria conoce muy bien esta verdad, y los esfuerzos que hace por difundir y mejorar la educación en nuestro suelo, serán en todos tiempos los titulos mas nobles de su gloria. Pero si dignos son de aplauso estos esfuerzos, todavía no han producido un resultado satisfactorio, porque sin recursos la *Sociedad patriótica* para extender su accion mas allá del corto recinto de la Habana, yace tan abandonada la educación en casi todos los pueblos y campos de Cuba, que gran parte de sus habitantes ignoran hasta el alfabeto. Y viviendo en tan misero estado, ¿causará admiracion que muchos pasen sus días en medio de la ociosidad? Yo he visto mas de una vez á varias personas, que por no saber firmar, han perdido las ocupaciones lucrativas que se les habian presentado. Si la gran masa de nuestra poblacion supiera por lo menos leer, escribir y contar, ¿cuántos de los que hoy arrastran una vida vagabunda no estarian colocados en los pueblos ó en las fincas rurales! Porque es incuestionable, que ensanchando la ilustracion la esfera del hombre, multiplica sus recursos contra las adversidades de la fortuna.»

«Establezcamos, pues, para los pobres que no pueden costear su educación el competente número de escuelas en todos los pueblos y campos; y aunque hay parajes donde los niños no pueden asistir diariamente á ellas, por hallarse muy dispersas las familias, y ser muy penoso el tránsito de los caminos en la estación de las lluvias, bien podria introducirse en tales casos el sistema de escuelas *dominicales*, llamadas así, porque el domingo es el único día de la semana destinado á la enseñanza de los niños que no participan de otra instrucción. En varias partes de Europa y en los Estados-Unidos del Norte-América existen estas escuelas, y los millares de niños pobres que aprenden en ellas los rudimentos de una buena instrucción, demuestran de un modo incontestable las grandes ventajas que ofrecen á la sociedad. ¿Y dejarán tambien de ofrecerlas á nuestra patria, si nos empeñamos en establecerlas? No se me oculta, que siendo entre nosotros los domingos días de esparcimiento, se tropezará en los pueblos con algunos inconvenientes: pero además de que son en mi concepto fáciles de vencer, y de que los esfuerzos que hagamos siempre producirán algun bien, mi principal intento es recomendar la fundacion de estas escuelas en aquellos puntos, donde siendo diversas las costumbres, ó no oponiendo á lo menos los mismos obstáculos que en los pueblos, la dispersion de los habitantes rurales nos pone en la alternativa, ó de adoptar este sistema, ó de dejarlos sepultados en la mas profunda ignorancia.»

«Cuando los padres de familia vayan á la parroquia á cumplir con los deberes de la religion, podrán llevar á sus hijos, y reunidos estos en la iglesia, en la casa del cura, ó en la de algun vecino, ejercerán las funciones de maestro, ya el mismo párroco, ya alguno de los concurrentes, pues no hemos de ser tan desgraciados que falten personas caritativas capaces de desempeñar tan benéfico ministerio. Si no hubiere parroquia, ó si habiéndola, no pudieran los niños asistir á ella, la escuela se podrá dar los domingos y días festivos en el punto que los vecinos juzguen mas conveniente. No siempre podrán los padres llevar todos sus hijos á la escuela; pero en tales casos elegirán uno ó mas de entre ellos, para que asistiendo á las lecciones, puedan ser con el tiempo los institutores de sus hermanos, y quizá tambien de sus padres. ¿Cuántos de estos que hoy no entienden ni el alfabeto, escucharían gustosos del lábio de sus hijos los rudimentos de

una instruccion que ya se sonrojan de recibir de la boca de un extraño! Y al decir que si los padres no pueden llevar todos sus hijos á la escuela elegirán uno ó mas de entre ellos, debe entenderse, que no solo hablo de los varones, sino tambien de las hembras. Dia vendrá en que estas lleguen á ser madres de familia; y entonces, cuando las ocupaciones que gravitan sobre el sexo masculino no dejen al padre tiempo suficiente para cuidar de la enseñanza de sus hijos, la madre, dedicada á las tareas domésticas, podrá velar en la educacion de ellos, dándoles dentro de casa los rudimentos que no podrian alcanzar sin el auxilio de las escuelas. Al esmero de la enseñanza doméstica debe atribuirse el fenómeno moral que se observa en Islandia, pues no habiendo en aquella isla sino una sola escuela, exclusivamente destinada á la instruccion de los que hayan de ocupar puestos civiles ó eclesiásticos, es muy raro encontrar alguna persona que á los nueve ó diez años de edad no sepa leer y escribir.

»Si contra toda esperanza, no hubiere alguno que gratuitamente quiera enseñar en nuestros campos, me parece útil asignar una corta pensión, por ser poco el trabajo, al que haga las veces de maestro, cuyo nombramiento podrá recaer en alguno de los vecinos del partido ó distrito donde se establezca la escuela; pues siendo esta respecto de él una ocupacion accesoría que ha de desempeñarse en los dias vacantes, sus servicios probablemente serán mas baratos que los de otro nombrado en distintas circunstancias. Sin embargo, como en esta materia no hay regla fija, siempre deberá procederse consultando la mayor utilidad.

»Pero estos deseos no son suficientes para dar impulso á la educacion pública: es menester adoptar algunas medidas, y las siguientes me parece que contribuirán á tan laudable objeto.

1.ª «Inculquese la necesidad de promover la instruccion primaria en toda la isla, recomendándola por medio de la imprenta, y publicando el número de escuelas, el de los alumnos que asisten á ellas, y la relacion en que estos se hallan con los habitantes de cada pueblo ó distrito. Una demostracion de esta especie producirá mas ventajas que todas las arengas y declamaciones, pues nos enseñará á conocer nuestras necesidades intelectuales, y nos estimulará á satisfacerlas.

2.ª «Tambien convendrá que los párrocos y demás ministros del Evangelio recomienden desde la cátedra de la verdad la importancia de la educacion. Esta medida es necesaria, no solo en los campos, sino tambien en muchos pueblos, porque no habiendo imprenta en ellos, la iglesia es el lugar mas á propósito para inspirar unas ideas, que así por su benéfica tendencia, como por el paraje donde se enuncian, serán acogidas y respetadas.

3.ª «Sería de desear que todas las sociedades y diputaciones patrióticas de la isla nombrasen, si es que algunas no lo han hecho todavía, una seccion, á semejanza de la de la Habana, especialmente encargada del ramo de la educacion primaria; y que en los pueblos donde no existen aquellas corporaciones, se forme una junta compuesta de dos ó tres individuos nombrados por las sociedades respectivas, las cuales deben estar plenamente autorizadas para exigir de la junta, una ó dos veces al año, un informe sobre el estado de la educacion, y remover á las personas que no hayan correspondido á tan honrosa confianza.

4.ª «Debe tambien excitarse el celo de los ayuntamientos, para que poniéndose de acuerdo con las Sociedades económicas, apoyen las ideas de estas con sus iuces, con sus fondos y con su autoridad.

5.ª «Como la enseñanza no puede generalizarse sin recursos para costear las escuelas, es preciso que las Sociedades económicas empleen en ellas casi todos sus fondos, aun con preferencia á los ramos científicos, pues por importantes que sean, no son tan necesarios ni trascendentales como la enseñanza primaria. La accion de esta se extiende á todo el pueblo; y nunca las Sociedades patrióticas llenarán tan bien este nombre, como cuando sus principales esfuerzos se dirijan á sacar de la barbarie á la masa de la poblacion.

»Pero no siendo los fondos de estas corporaciones suficientes para establecer el sistema de instruccion primaria en toda la isla, es forzoso acudir á algunos arbitrios, los cuales me atrevo á indicar, aunque con suma desconfianza.

1.º «Paréceme que si se examinaran detenidamente todos los ramos de nuestra administracion pública, se encontrarían algunos que pudieran aplicarse á las escuelas con mas provecho que á los objetos á que hoy están destinados; y caso que esto no pueda ser, se podrán introducir algunas economías, que disminuyendo los gastos, dejen libre algun sobrante para dedicarlo á las escuelas.

2.º «Suelen los testadores dejar alguna parte de sus bienes para que se destinen á obras pías, reservando á sus herederos ó albaceas la facultad de asignar objetos particulares. En tales casos convendría, que valiéndonos de la imprenta y de cuantos medios sugiera la prudencia, se inclinase el ánimo de los herederos ó albaceas á favorecer las escuelas primarias: bien que es de esperar, que muchos de ellos no necesitarán de insinuaciones para hacer una obra tan recomendable.

3.º «Como hay casos en que nuestros reverendos obispos diocesanos pueden disponer libremente de algunos fondos destinados á objetos piadosos, debemos promovernos de su celo pastoral, que penetrados de la importancia de las escuelas primarias, las protegerán y fomentarán, pues á los ojos de la religion no aparece ningun objeto mas santo ni mas pio.

4.º «Cualquiera que haya observado la marcha del pueblo cubano, habrá conocido que la generosidad de sus habitantes raras veces se ha empleado en proteger los establecimientos literarios, y mucho menos la educacion primaria. Existen en toda la isla varias instituciones civiles y eclesiásticas ricamente dotadas; pero si

buscamos los fondos consagrados al sostenimiento de las escuelas, casi no encontramos otros que los de la establecida en el convento de Nuestra Señora de Belén (1), y los muy escasos de que dispone la *Sociedad patriótica* de la Habana. Es, pues, necesario hacer un llamamiento público á favor de la instruccion primaria, y escitando la generosidad y beneficencia del pueblo cubano, inducirle á que emplee estas virtudes en una obra tan eminentemente patriótica.»

Estos y otros medios propuse yo en 1850 para fomentar en Cuba las escuelas gratuitas en favor de los niños pobres; pero habiendo sido estériles mis deseos y los de otros buenos patriotas, todos deploráramos en silencio la gravedad de tanto mal y la impotencia de nuestros esfuerzos para remediarlo.

(Continuará.)

JOSE ANTONIO SACO.

INDAGACIONES

ACERCA DE LA DOMINACION DE ESPAÑA EN MALTA. DE 1285 A 1530.

Con insercion de documentos auténticos y en su mayor parte inéditos.—Por D. Plácido de Jove y Hevia, cónsul general de España en la misma isla, etc.

MALTA ESPAÑOLA Y SICILIANA.

Epoca feudal.

Muerto en 1286 Pedro el Grande, y siendo en sus últimos dias mas padre que rey, dividió sus Estados dejando en Aragon á D. Alfonso III el Liberal, y en Sicilia á D. Jaime II el Justiciero; pero por muerte de aquel pasó este á reinar en Aragon, dejando en Sicilia como lugarteniente á su tercer hermano don Federico ó D. Fadrique, como fué llamado en sus Estados. Descontentos los sicilianos de que su rey hubiese contraído matrimonio con Blanca de Nápoles, declararon rey al lugarteniente; y hasta fines del siglo XIV estuvo la Sicilia, y por lo tanto Malta, separada de Aragon desde que en 1296 fué el lugarteniente coronado en Palermo. Esta parte pertenece mas propiamente á la dominacion siciliana; pero como españoles fueron los reyes de Sicilia, español el espíritu de su gobierno y españoles hasta los principales empleados, no podemos dejar de seguir la historia de Malta en esta época; pues una interrupcion, sobre dejar la obra incompleta, no daría razon de las causas de muchos hechos que se desarrollan bajo la segunda dominacion propiamente española.

En la introduccion hemos visto descender desde el almirante Brandusio, (1193) una serie de condes de Malta que llegó hasta 1265. La accion administrativa de estos señores ha debido ser muy débil, ya que ni habitaban en el país que les daba título, ni poseían en él grandes rentas, pues todos los feudos que adquirió la nobleza en Malta datan de fechas posteriores. La guaricion de la isla, compuesta en su mayor parte de catalanes, dió origen á una clase privilegiada, y fué el gérmen de la antigua nobleza maltesa, que trasmitió hasta nuestros dias algunos de los apellidos de aquellos guerreros. Por regla general, la actual aristocracia de Malta tiene origen mas reciente, pues data de protegidos por la órden de San Juan; pero aunque no en estado muy floreciente, aun hay familias de origen español; y de las que antes de ahora han llenado un lugar en la historia, nos iremos ocupando segun se presente la ocasion.

Bajo la dinastía siciliana se respetaron los títulos de los señores de Malta, y en tiempo de Federico era, segun los escritores italianos, propiedad de una Doña Lucina, en español Doña Luz, hija, segun unos (Miège), de Nicolás Arrigo, almirante, á quien los alemanes habian dado en feudo la isla; si bien otros creen que Arrigo era conde de Malta por su mujer, hija de Guillermo el Grueso (Abela). Ya casada Doña Luz con D. Raimundo, de la ilustre casa española de Moncada, les dió Federico, en compensacion del condado de Malta, que agregó á la Corona, el de Agosta en Sicilia (Zurita).

Pocos años disfrutó Malta su agregacion á la Corona, pues en el de 1300 fueron concedidas sus rentas al aventurero Rugiero de Flor (Roger de Flor, segun nuestros escritores.) Acaso siguiendo la antigua usanza, se le concedieron como vice-almirante de Sicilia; pero lo muy cierto es que las poseyó hasta su muerte. Despues de ella dió D. Fadrique el señorío de Malta y Gozzo á su hijo D. Juan, duque de Atenas y de Neopatria, confirmando la donacion con su testamento, segun el cual quedaron desmembradas estas islas de la Corona de Sicilia. Murió D. Juan en 1348, despues de haber sido gobernador de Sicilia, en la menor edad de su sobrino D. Luis, y dejó el condado de Malta á su hijo D. Federico, que murió sin sucesion. Con esta ocasion las universidades de Malta y Gozzo, deseosas de salir del dominio privado, suplicaron al rey de Sicilia su reversion á la Corona; y obtuvieron el primer diploma acerca de este asunto, que es el documento mas antiguo que se conserva en Malta.

Mas antes de ocuparme del mismo, exige la naturaleza de estas indagaciones que lo haga del archivo de la isla, del que no solo está el diploma copiado, sino la mayor parte de los documentos que sucesivamente iré copiando, extractando, ó simplemente citando. Existe el archivo en las oficinas, y bajo la superior inspeccion de la secretaría de gobierno de la isla, y á la inmediata custodia del Sr. Vella, archivero, cuyas bondadosas atenciones han facilitado mucho mis estudios. Hay en el archivo dos volúmenes de diplomas: en el uno se han recogido todos los escritos en pergamino, y en el otro los escritos en papel simple. Estos importantes documentos no son, sin embargo, los solos útiles al conocimiento de la época que me propuse investigar: hay además dos volúmenes con las actas originales del Consejo y Universidad de la isla, que comprenden bastantes años de los de nuestra dominacion, y que son un buen manantial para la historia. Existe tambien un libro encuadernado con mucho esmero, en el que de antiguo se han copiado todos los diplomas y concesiones de privilegios hechos á la isla, y muchos de los cuales no se encuentran originales; parece que este volúmen era el que se llevaba al juramento que hacía cada nuevo gran maestro de guardar los privilegios antiguos.

No hay el original del diploma de 1350 de que nos venimos ocupando; pero sí dos traslados auténticos de él hechos, el uno en 1417, y el otro en 1440 por la Universidad de la isla. Ambos están en la coleccion de pergaminos; y por ellos consta que el original habia sido dado en Messina el 7 de Octubre de 1350. Como el documento mas antiguo del archivo, y como origen de otros posteriores, lo he copiado literalmente, y puede verse en el apéndice al núm. 1.º. En él se declara á Malta incorporada

(1) Nótese bien, que solo me refiero á la instruccion primaria, pues los cuantiosos bienes que dejó en Bayamo D. Francisco Paradas no fueron para emplearlos en ella, sino en la enseñanza del latin y de las ciencias eclesiásticas.

para siempre á la Corona, en premio de sus servicios; pero las vicisitudes de los tiempos no permitieron por entonces su observancia.

Hemos visto á los reyes de Sicilia disponer del título y de las rentas de Malta: ahora se nos presenta un ejemplo de haber hecho lo mismo los de Nápoles. La familia de Acciajoli habia sido de las pocas fieles á la reina Juana en su desgracia; y cuando esta llevó la guerra á Sicilia, ayudada por la faccion de los italianos, capitaneados por los Claramontes, contra los catalanes, capitaneados por un Alagon, que luchaban sobre la regencia del rey Luis, despues de la muerte del infante don Juan, un Acciajoli fué el jefe de las expediciones de la reina Juana; no tiene, pues, nada de extraño que, como aseguran algunos autores, le haya concedido el título de conde de Malta; pero lo absolutamente inverosímil es que haya llegado á tomar posesion de su condado, ya que de ninguna manera consta la rendicion de estos castillos.

Abela expone que le habian asegurado que en la cancelleria de Palermo constaba que, por aquellos tiempos habian sido los Claramontes señores de Malta, y atendida la importancia de esta familia, segun mas arriba hemos visto, acaso se les dieron estas islas para satisfacerlos ó para alejarlos. Las emigraciones de los Claramontes deben ser señaladas. Siendo de origen francés, pasaron (véanse Buonfiglio y Facello) sucesivamente de Francia á Nápoles y de Nápoles á Sicilia en tiempos de Carlos D'Anjou, porque sus mujeres no podian resistir al esplendor soberano, y cediendo á sus rayos, encendian la ira de sus padres y esposos.

Por último, la posesion de estas islas por la familia Ventimiglia, aunque indicada por alguno, ha sido por otros tan contestada, que solo me atrevo á señalarla como una opinion.

En tanto, en 1355 murió el rey Luis, sucediéndole su hermano Federico III el Simple, de cuyo reinado conserva vestigios la historia de la isla, así como de su estancia en ella, y son los siguientes:

Illario Conrado, obispo de Malta, obtuvo de él (1) en 1361, que los ministros reales en Malta diesen favor y brazo secular para castigar las desobediencias de los clérigos, que al parecer andaban muy levantados. Y aquí creemos muy oportuno iniciar algunos hechos de la historia eclesiástica de la isla. La iglesia de Malta cuenta la cronología de sus obispos desde San Pablo, instituido por San Pablo, y aunque no conoce los nombres de muchos de sus pastores, pretende que hayan continuado hasta nuestros dias sin mas interrupcion considerable que los dos siglos del dominio sarraeceno. Se incorporó la iglesia maltesa al arzobispado de Palermo desde el tiempo de los normandos. Y terminada esta digresion, debemos hacer observar que el auxilio pedido por el obispo á Federico prueba la ninguna accion administrativa de los que por entonces se titulaban condes y señores de Malta.

En dos épocas distintas consta la estancia de Federico en Malta. La primera, en 1365, está enlazada con la primera noticia acerca de una institucion importante que pasamos á examinar, y es el capitanato de la isla.

Entre las nobles familias catalanas que por entonces habian venido á establecerse en Sicilia y Malta, ocupaba un lugar distinguido la familia Pellegrin, originaria de Villanueva de Panadés, donde poseía bienes. Habia además en Malta dos princesas de sangre real, que conviniendo en que eran hijas naturales del rey, se duda si de Federico II ó del III (2). Una de ellas, doña Margarita de Aragon, fundadora del convento de la Merced y de la que cuenta Abela que era llamada *la Hada*, á causa de sus grandes riquezas, contrajo matrimonio con D. Jaime de la familia citada de Pellegrin, y esto acreció tanto el favor de que los Pellegrines venian gozando, que hizo el Rey á D. Jaime capitán y castellano de Malta; y mas tarde hizo en él vitalicio el primer cargo. La concesion tiene la fecha en Malta el 7 de Abril de 1365.

El capitanato fué siempre la primera autoridad de la isla: presidia la universidad y el consejo que aparece á principios del siglo XV, y era de nombramiento real, por uno ó dos años de duracion. Lo encontramos ahora por primera vez, y bastante á concluir con la accion administrativa de los señores de Malta, si alguna vez hubiera existido. A su lado hallamos ya otro funcionario con el título de Castellano, sin mas atribuciones que la custodia del castillo; pero mas adelante, ejerciendo la jurisdiccion del mismo, ocasionó los conflictos naturales de todas las jurisdicciones particulares y postizas.

La segunda estancia de Federico III en Malta tuvo lugar en 1372; y está probada por haber fechado aquí la concesion de un feudo á la iglesia de la Anunciacion del Gozzo, y por otro á Guillermo Murina, que fué capitán de la isla, despues de don Jaime Pellegrin, y de un príncipe llamado D. Juan de Aragon, que supongo hijo natural de algun rey de Aragon ó Sicilia.

Así habia pasado el reinado de Federico sin mas acontecimiento que un saco dado á algunos puntos de la isla por los genoveses, que piratearon su pretexto de castigar piraterías, y del cual solo hallamos mencion en la historia de Génova.

Muerto el rey en 1377, dejó á su única hija María bajo la tutela de Artal de Alagon. Eran los alagones de las familias aragonesas que habian venido con Pedro III; pues hablando de este rey, dice Facello: «Vino con él Blas Alagon, aragonés entendido en cosas de guerra y señor de muchos Estados,» y en uno de esta familia se hallaba el condado de Malta al fin del siglo de que nos ocupamos, despues de haber pasado por un D. Guillermo, hijo natural de Federico III, que se lo dejó en su testamento, y de un D. Luis segun Zurita, que se cree hijo del anterior.

Pasaron mas tarde estas islas á Guillermo de Moncada, célebre general de Jaime II, y que además influyó mucho para la boda de la reina D. María de Sicilia con Martin de Aragon, hijo de un infante del mismo nombre, en el que recayó mas tarde la Corona de su patria (3).

Fuese ó no por donacion ó reversion de los Moncadas, á la Corona pasó Malta en Julio de 1391 á poder de Artal de Alagon, por cambio que le hizo el rey con Estados en Sicilia; y con cargo de pagarle en cada año un caballo blanco y dos fuentes de plata de peso 50 marcos. Abela nos dice haber visto el documento de la investidura del condado de Malta en favor de Alagon; y que se la dió Ugaldó de Queralt, entregándole una espada como entonces se practicaba; pero habiéndose excusado Alagon con dilaciones y amaños á entregar los Estados de Sicilia, revocó el rey la donacion, produciendo estos cambios repentinos, odios y discordias entre los parciales de Moncadas y Alagones, que fueron funestos para las islas.

(Se continuará.)

PLACIDO DE JOVE Y HEVIA.

- (1) Abate Pirrus—in not mel.
- (2) Id. in Chron. Regn. Sic.—página 96.
- (3) Pino, apoya la posesion de Moncada, con documentos.

Editor, don Diego Navarro.

Imprenta de LA AMERICA, á cargo del mismo, Lope de Vega, 45.

ALMACENES GENERALES DE DEPOSITO (Docks de Madrid).

Los docks de Madrid, á imitacion de los que se conocen en los Estados-Unidos, Alemania, Inglaterra y Francia, son unos espaciosos almacenes construidos hábilmente para recibir en depósito y conservar cuantas mercancías, géneros y productos agrarios ó fabriles, se les consignen desde cualquier punto de dentro ó fuera de la Península. Se hallan establecidos en la confluencia de los ferro-carriles de Zaragoza y Alicante, y gozan el privilegio de que ningun género consignado á ellos es detenido, registrado ni obligado á pagar derechos de aduana hasta llegar á Madrid, siempre que siga su curso por las vias férreas sin salirse de ellas antes de tocar en la estacion central. Y como con dichas líneas de Zaragoza y Alicante se unen ya las de Valencia, Ciudad-Real y Toledo, y muy pronto formará una ramificación no interrumpida la de Barcelona, la de Lisboa por Badajoz, la de Pamplona, la de Cádiz por Sevilla y Córdoba, la de Cartagena y, finalmente, la de Irun, por medio de la circunvalacion, muy adelantada ya en esta órte, viene á resultar que la seguridad en los trasportes de cualesquier géneros dirigidos á los docks ó remesados por ellos, la cantidad inmensa en que pueden obtenerse fácilmente los pedidos y hacerse los envíos á otros puntos, la rapidez, en fin, con que permiten verificarse todos estos movimientos, llamados por algunos evoluciones comerciales, constituyen puntos esenciales de otras tantas cuestiones importantes, resultas satisfactoriamente en virtud solo de la eleccion de sitio para el establecimiento de dichos almacenes. Tambien la solidez de la construccion obtenida por una direccion hábil y materiales excelentes; la dificultad grande de incendiarse, siendo, como son, casi en su totalidad de hierro y de ladrillo; el espacio andén que por todas partes le circuye, y, adonde, atracados como á un muelle los wagones y trenes enteros de mercancías, permiten hacer pronta y cómodamente su descarga; la inmensidad de sus sótanos, cuyo pavimento asfaltado y en declive hácia unos grandes recipientes, revela la idea de que hayan de servir para contener vinos, licores y otros líquidos expuestos á derramarse de sus vasijas; un sistema completo de ventilacion, observado en las rasgaduras de puertas y disposicion de las ventanas; la proximidad, por último, á la intervencion de consumos y á las oficinas de la Aduana, son condiciones importantes que hacen á los docks de Madrid admirablemente apropiados para el objeto á que se les destina.

En cuanto á las ventajas que está proporcionando su establecimiento á la agricultura, á la industria y al comercio, no es posible imaginarlas todas y mucho menos describirlas; pero las disposiciones generales que preceden á una tarifa repartida por la Compañía al público, y la aclaracion de dichas disposiciones, que hacemos á continuacion, darán clara luz sobre las mas importantes de todas ellas. Las disposiciones aclaradas son las siguientes:

1.ª La Compañía de los docks de Madrid, recibe como depósitos en sus almacenes, cuantos géneros y mercancías sean conocidos por de lícito comercio en esta plaza, á excepcion únicamente de aquellos que por su índole especial, contraria, y aun nociva á otros varios, ó por ser perjudicial en cualquier sentido á los intereses de la Empresa, creyese esta que debía rehusarlos.

2.ª Una vez hecha cargo del depósito, dicha Compañía responde de la custodia de los géneros depositados hasta donde racionalmente pueda exigirse, ó como si dijéramos, fuera de un terremoto, de un motin popular, ó de otro cualquiera de esos accidentes rarísimos que no está en la mente del hombre el prever ni en su mano el evitar.

3.ª Tambien responde de los estragos causados por el incendio, en virtud de tener asegurados bajo este concepto sus almacenes y todas las mercancías, y de que la clase, calidad, y aun el estado de conservacion de los géneros declarados y constituidos en depósito sean los mismos el día de su salida que lo fueron el de su entrada; siempre que dicha clase, calidad y estado se hubiesen puesto de manifiesto este día, hasta donde lo creyese necesario para su examen el representante de la Empresa, y exceptuando tambien los naturales deterioros que pudieran resultar por la calidad ó efecto propio de la índole de la mercancía.

4.ª La Compañía de los docks se encarga asimismo de satisfacer los portes adecuados en los ferro-carriles por el género, de verificar su aforo si se le exige, y de reclamar á quien corresponda la indemnizacion debida en el caso de que hubiese avería ó resultase falta en el número ó en el peso; para lo cual se hará constar el estado aparente de los envases que contienen la mercancía, el peso total ó bruto de los fardos, tonelles, cajones, etc., y todas las demás circunstancias necesarias, al tiempo de penetrar dicha mercancía en los almacenes.

5.ª Para recibir los géneros, colocarlos en el sitio mas conveniente á su especie, despachar al dueño de ellos ó comisionado en su entrega, pesarlos cuando sea preciso, presentarlos al despacho de la aduana y consumos, satisfaciendo los derechos que adeudaron, cargarlos en los trasportes, transmitirlos á sus destinos, si estos fueran del rídido de Madrid, ó entregarlos al domicilio donde viniesen consignadas, cuando lo han sido para algun punto de esta poblacion, se observará un órden de turno rigoroso con todos los depositantes.

6.ª Como es natural, esta Compañía exige el pago de ciertos derechos por los servicios que presta, y para ello tiene establecida su correspondiente tarifa; pero, permite tambien que el dueño de un género depositado en los docks, tarde seis meses en abonarla dichos derechos por almacenaje y cualesquier otros gastos. Cuando este plazo ha trascurrido, se hace indispensable una órden del Director, para poder prolongar el depósito en estado de insolvente.

7.ª La Compañía de los docks se encarga tambien de la venta de los géneros que se la envíen con este objeto, y de la compra y remision de los que se la pidan, procurando en uno y en otro caso hacerlo con la mayor ventaja para la persona de quien recibió el encargo.

8.ª En el acto de recibirse los géneros en depósito, se expide un boletín de entrada ó llámese resguardo talonario, en donde están expresados: El nombre del propietario.

El número de la especie y la marca de los envases.

El peso en bruto reconocido y declarado.

Este documento proporciona al agricultor, al

industrial, al comerciante, al dueño, en una palabra de los géneros depositados, muy luego y próxima, mente el valor que tengan estos en aquella fecha en la plaza; á lo menos, debe esperarse así de un papel negociable en virtud de las garantías y privilegios que se observan en la ley de 9 de Julio de 1862.

9.ª La Compañía de los docks anticipa, mediante un interés módico, el 50, el 60 ó el 70 por 100 del valor de la mercancía depositada, segun su especie, á aquellos de sus dueños que lo soliciten.

10 y último. De las mercancías no afectas á responsabilidad, por haberse abonado todos los gastos que ocasionaron, y los derechos de almacenaje, peso, medida, recuento, etc., puede disponer el propietario siempre que quiera, y en virtud solo de una órden escrita.

NOTA. Entre la multitud y diversidad de géneros depositados en los docks, desde el 1.º de Setiembre, en que se inauguraron, figuran por una cantidad de 1.218,505 kilogramos, el azúcar, cacao, té, café, canela y otros frutos coloniales; habiendo sido los principales almacenistas en Madrid de dichos géneros, los que inauguraron el establecimiento y mas ocupado le han tenido constantemente con sus mercancías.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LINEA TRASATLANTICA.

SALIDAS DE CADIZ.

Para Santa Cruz, Puerto-Rico, Samaná y la Habana, todos los días 15 y 30 de cada mes.

Salidas de la Habana á Cádiz los días 15 y 30 de cada mes.

PRECIOS.

De Cádiz á la Habana, 1.ª clase, 165 ps. fs.; 2.ª clase, 110; 3.ª clase, 50.

De la Habana á Cádiz, 1.ª clase, 200 ps. fs.; 2.ª clase, 140; 3.ª clase, 60.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

SALIDAS DE ALICANTE.

Para Barcelona y Marsella todos los miércoles y domingos.

Para Málaga y Cádiz, todos los sábados.

SALIDAS DE CADIZ.

Para Málaga, Alicante, Barcelona y Marsella, todos los miércoles á las 3 de la tarde.

Billetes directos entre Madrid, Barcelona, Marsella, Málaga y Cádiz.

De Madrid á Barcelona, 1.ª clase, 270 rs. vn.; 2.ª clase, 180; 3.ª clase, 110.

PARQUERIA DE BARCELONA.—Drogas, harinas, rubia, lanas, plomos, etc., se conducen de domicilio á domicilio á mas de 500 pueblos á precios sumamente bajos.

Para carga y pasaje, acudir en

MADRID.—Despacho central de los ferro-carriles, y D. Julian Moreno, Alcalá, 28.

ALICANTE Y CADIZ.—Sres. A. Lopez y compañía.

LIBRERIA, MOYA Y PLAZA, SUCESORES de Matute, Carretas, 8, Madrid.

Gran surtido de obras de medicina, cirugía, farmacia, jurisprudencia y legislación, marina, ciencias exactas, literatura, religion, comedias antiguas y modernas, etc., etc.

Se admiten obras en administracion, comisiones para su compra y venta; suscripciones de toda clase; se sirven pedidos para provincias y Ultramar.

RÓZPIDE Y COMPAÑIA,

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

MADRID.—Jacometrezo, 62.

Los propietarios de la Península é islas adyacentes que deseen obtener fondos con la garantía de sus bienes rústicos y urbanos, por un plazo hasta de diez años y con el derecho á reembolsar en cualquiera época anterior al vencimiento de la hipoteca el todo ó parte de las sumas tomadas, pueden dirigir sus pedidos á la Direccion del Banco, ó sus representantes en las respectivas provincias, de quienes obtendrán asimismo los Estatutos y cuantas otras noticias deseen.

Las personas que aspiren á constituirse, con capitales completamente afianzados, rentas exactamente satisfechas, tambien podrán conseguirlo por medio de las obligaciones hipotecarias del propio Banco, cuyas ventajas y seguridades son:

1.ª Disfrutar una renta anual de 6 por 100, pagadera por semestres y que cobrada por adelantado de los propietarios, se deposita simultáneamente en las cajas del Estado.

2.ª Tener el capital é intereses representados y garantidos por la cifra colectiva de las fincas rústicas y urbanas hipotecadas al Banco, é importantes cuando menos doble suma de la que representen las obligaciones emitidas por el mismo.

3.ª Contar con la compra y venta constante de estos valores por sus condiciones de seguridad y de fácil trasmision.

4.ª Optar á una amortizacion infalible y continua, por ser únicamente con las mismas obligaciones con lo que pueden cancelarse las hipotecas.

5.ª Estar á salvo de depreciacion las cantidades que representen las expresadas obligaciones, por ser siempre admisibles por todo su valor en los pagos al Banco, para la liberacion de las fincas.

6.ª La responsabilidad de diez millones de reales efectivos en la Gerencia.

7.ª La fiscalizacion del gobierno en las operaciones, por medio de un Delegado régio.

8.ª La admision de los negocios tan solo por el Consejo de Administracion, compuesto de los cinco mayores rentistas, y con una garantía en junto de dos millones de reales.

9.ª El examen de las hipotecas por un abogado consultor y por peritos oficiales.

Y 10.ª La facultad de convertir las obligaciones

en intrasferibles, evitando así, en ciertos casos, la enagenacion del capital de los rentistas.

Los pedidos de obligaciones tambien podrán dirigirse á la Direccion del Banco, y á sus representantes y corresponsales de los Sres. Rózpide y compañía, en provincias, Ultramar y principales capitales de Europa.

LA NACIONAL, COMPAÑIA GENERAL española de seguros mútuos sobre la vida, para la formacion de capitales, rentas, dotes, viudedades, cesantías, exencion del servicio de las armas, pensiones, etc., autorizada por real órden.

Domicilio social: Madrid, calle del Prado, 19.

Director general: Sr. D. José Cort y Clair.

Esta compañía abraza, por el sistema mútuo, todas las combinaciones de supervivencia de seguro sobre la vida.

En ella puede hacerse la suscripcion de modo que en ningun caso, aun por muerte del asegurado se pierda el capital impuesto, ni los beneficios correspondientes.

Un delegado del gobierno, y un Consejo de administracion nombrado por los suscritores, vigilan las operaciones de la Compañía.

La Direccion de la Compañía tiene consignada en las cajas del Estado una fianza en efectivo para responder de la buena administracion.

Son tan sorprendentes los resultados que producen las sociedades de la índole de La Nacional, que en recientes liquidaciones ha habido suscritores que han sacado una ganancia de 30 por 100 al año sobre su capital, sin riesgo de perderlo por muerte. Aun reduciendo este tipo á 20 por 100, y suponiéndolo permanente, en combinacion con la tabla de Depariciens, que es la que sirve para las liquidaciones de la Compañía, una imposicion de 1,000 reales anuales, produce en efectivo métrico los resultados consignados en la siguiente tabla:

Table with columns: Edad del asegurado, En 25 años, En 20 años, En 15 años, En 10 años, En 5 años. Rows show values for different ages from 1 to 80.

LA PENINSULAR, COMPAÑIA GENERAL española de seguros mútuos sobre la vida, autorizada por real órden de 24 de Febrero de 1860.

Capitales, dotes, reversiones del servicio militar, rentas á voluntad, viudedades, jubilaciones, asistencia para estudios, rentas vitalicias.

CONSEJO DE VIGILANCIA.

Excmo. señor duque de Villahermosa, grande de España de primera clase y vice-presidente del Congreso de diputados.

Sr. D. Jaime Girona, banquero y propietario.

Muy ilustre Sr. D. Antonio Ochoteco, magistrado jubilado de la audiencia de Madrid y propietario.

Excmo. Sr. D. Joaquin Aguirre, ex-ministro de Gracia y Justicia, diputado á Córtes y abogado.

Sr. D. Antonio Murga, propietario.

Sr. D. Aniceto Puig, jefe de administracion de primera clase, ex-diputado á Córtes y propietario.

Sr. D. Santiago Alonso Cordero, ex-diputado á Córtes y propietario.

Sr. D. Vicente Rodriguez, diputado á Córtes y propietario.

Sr. D. José Reus y García, ex-diputado á Córtes, propietario y abogado.

Delegado del gobierno, Sr. D. Joaquin Helguero.

Director general, Excmo. Sr. D. Pascual Madoz, ex-ministro de Hacienda, diputado á Córtes y propietario.

Abogado consultor, Sr. D. Simon Santos Lerin.

Situacion de la Compañía en 31 de Diciembre de 1862.

Número de pólizas, 7,774.—Capital suscrito, 51.105,487.

LA PENINSULAR abraza por el sistema mútuo todos los ramos de seguros sobre la vida.

Hay asociaciones para capital sin riesgo, capital de supervivencia, capital por muerte, renta á voluntad y renta vitalicia.

Sus fondos se invierten en deuda pública ó en imposiciones sobre fincas construidas por la Compañía y adjudicadas por 15 años á crédito representado por obligaciones hipotecarias al 6 por 100.

Los caudales se consignan en la Caja de depósitos. Los títulos adquiridos ó creados se depositan en el Banco de España.

Los derechos de administracion se cobran en cuatro plazos iguales de año en año.

Una fianza administrativa responde de la buena é íntegra gestion de la empresa.

Las oficinas se hallan establecidas en Madrid, calle del Sordo, núm. 27, cuarto segundo derecha, donde se dan prospectos, ó se remiten á los puntos donde se pidan.

Hay delegados especiales que pasarán al domici-

lio de las personas que lo soliciten para dar aclaraciones.

GRAN CAJA DE AHORROS SOBRE EL 3 POR 100 DIFERIDO.—Caja universal de capitales.

Compañía de seguros mútuos sobre la vida.

Autorizada por el gobierno de S. M. en virtud de real órden de 8 de Junio de 1859, previos los informes favorables del Consejo provincial, del excelentísimo Ayuntamiento, de la sociedad económica matritense, del tribunal y de la junta de comercio de Madrid y de acuerdo con el dictamen de la seccion de Gobernacion y Fomento del Consejo de Estado.

Fundador.—Sr. D. Francisco de P. Retortillo.

Delegado régio.—Sr. D. Manuel Baldasano, diputado á Córtes.

Director general.—Sr. D. José Luis Retortillo.

JUNTA INTERVENTORA.

Excmo. Sr. marqués de Peralas.—Ilmo. Sr. don José Eugenio de Eguizabal.—Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.—Sr. D. Francisco Gaviria.—Excelentísimo señor marqués de Mirabel.—Sr. don Joaquin Zayas de la Vega.—Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martinez.—Sr. D. Sabino Ojero.—Ilmo. señor D. Antonio Navarro y Casas.—Señor marqués de los Ulagares.—Excmo. Sr. marqués de Villaseca.—Ilmo. Sr. D. José de Gelabert y Hore.—Excelentísimo Sr. D. Mariano Perez de los Cobos.—Excelentísimo Sr. D. Ventura Diaz.—Excmo. señor D. Pedro Goosens.—Ilmo. Sr. D. Lorenzo Nicolás Quintana.—Sr. D. Angel Barroeta.

Número de imponentes en 31 de Diciembre de 1862: 7,766.—Capital suscrito: 51.856,697.—Títulos depositados en el Banco de España: 10.136,000.

Direccion general.—Madrid, calle del Príncipe, 12.

La Caja Universal de Capitales es la única que permite al suscriptor retirar su capital é intereses antes de llegar la época que fijó para su liquidacion.

Tambien lleva al suscriptor derechos mas módicos que otras sociedades.

Su gestion está asegurada por una fuerte fianza depositada en el Banco de España.

Los socios tienen derecho á examinar, cuantas veces quieran, todos los libros de la Compañía y enterarse de todas las operaciones verificadas.

Se dan gratis los prospectos, en Madrid, en la Direccion general, calle del Príncipe 12, y en las casas de los inspectores y agentes de la Compañía.

AYER, HOY Y MAÑANA.

Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899, por don Antonio Flores.

Esta obra, cuya publicacion se suspendió en 1853, sale de nuevo á luz, corregida considerablemente, aumentada la parte primera, de la cual en aquella época se agotaron dos numerosas ediciones, y se continuará sin interrupcion hasta su conclusion.

Se ha publicado el tomo 1.º, que comprende los cuadros siguientes:

Dos palabras de buena crianza, ó nadie pase sin permiso del portero.—La gaceta de la capital en 1800.—Las gradas de San Felipe el Real.—A pares como los frailes.—Una madrugada en 1800.—El corral de las comedias.—La botillería de Canosa.—Una visita, un visitero y un visiton.—Un visiton.—Pasatiempos honestos.—Juegos de prendas.—Las prendas del juego.—El duelo se despide en la casa mortuoria.—El siglo de los faroles.—La ronda de pan y huevo.—Un convento de frailes.—La sopa boba.—El derecho electoral en 1800.—A capítulo van los frailes.—Un capítulo general.—El pecado mortal.—Un viaje en 1800.—Las vísperas de un viaje.—La primera jornada.—La comida de la aldea.—La fiesta del santo.

Toda la obra constará de seis tomos en 8.º de mas de 300 páginas cada uno. Precio 10 rs. tomo en Madrid y 12 en provincias.

Se venden en Madrid en el establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8; en la librería de Moro, Puerta del Sol; en la de Durán, Carrera de San Jerónimo; en la de Baylli-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso, núm. 8; en las de Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Poncejos; en la Americana, calle del Príncipe; en la de Guaitero, calle de Preciados; en la publicadad, Pasaje de Mathieu, y en la de Hernando, calle del Arenal. En provincias por conducto de los corresponsales, ó enviando letra del importe.

NO MAS ACEITE DE HIGADO DE BACALAO.

Segun los certificados de los médicos de los hospitales de Paris, consignados en el prospecto y la aprobacion de varias academias, este jarabe se emplea, con el mayor éxito, en lugar del aceite de hígado de bacalao, al cual es realmente superior.

Cura las enfermedades del pecho, las escrófulas, el linfatismo, la palidez y lo blanco de las carnes, la falta de apetito, y regenera la constitucion, purificando la sangre. En una palabra, es el depurativo mas poderoso que se conoce. Nunca fatiga el estómago ó los intestinos como el yoduro de potasio y el yoduro de hierro, y se administra con la mayor eficacia á los niños sujetos á los humores ó á los infartos de las glándulas.—El doctor Cozenave, del hospital de San Luis, de Paris, le recomienda de un modo particular en las enfermedades de la piel, juntamente con las píldoras que llevan su nombre.

GRAN DEPOSITO DE ARMAS.

Especialidad en revolvers de las fábricas de Eibar. Despacho, Carretas 27, pral., Madrid.

LA AMERICA, CRONICA HISPANO AMERICANA.

LA AMERICA se imprime en excelente papel, forma elegante é impresion esmerada, excediendo el tamaño de cada número, de once pliegos de papel soldado.

Cuesta en España 24 rs. trimestre.

En el extranjero y Ultramar 12 ps. fs. por año.

Se reciben los anuncios y suscripciones, en Madrid, en la librería de Moro, Puerta del Sol, números 5, 7 y 9.